



XII CONCURSO NACIONAL®  
DE NOVELA Y CUENTO



LA VLADIMIR MARINOVICH  
MENCION DE HONOR  
ESCLAVITUD  
DE PEDRO  
CLAVER



LA  
ESCLAVITUD  
DE PEDRO  
CLAVER



LA VLADIMIR MARINOVICH  
MENCION DE HONOR  
ESCLAVITUD  
DE PEDRO  
CLAVER

© Vladimir Marinovich, 2015  
© Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia  
ISBN: 978-958-8845-53-1

Marinovich, Vladimir  
*La esclavitud de Pedro Claver* / Vladimir Marinovich  
1 ed. Medellín: Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia, 2015.  
254 p.; 21 cm

Mención de honor categoría Novela  
XII Concurso Nacional de Novela y Cuento  
Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación editorial: Vicepresidencia de Comunicaciones Corporativas  
Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia  
Diseño y Diagramación: Tragaluz Editores  
Impresión y terminación: Marquillas S.A.

1. NOVELA COLOMBIANA. Título.

Impreso y hecho en Colombia / *Printed and made in* Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o por cualquier propósito,  
sin la autorización escrita de la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia.

*A la memoria de Olga, Ante,  
Matija, Henrique y Elías.*





# Índice

<b>11</b>	De un manuscrito
<b>15</b>	Capítulo uno
<b>31</b>	Capítulo dos
<b>45</b>	Capítulo tres
<b>61</b>	Capítulo cuatro
<b>85</b>	Capítulo cinco
<b>103</b>	Capítulo seis
<b>121</b>	Capítulo siete
<b>149</b>	Capítulo ocho
<b>183</b>	Capítulo nueve
<b>205</b>	Capítulo diez
<b>237</b>	Epílogo



# De un manuscrito

“¡Dejadme, padre, no hagáis eso!”, exclamó la esclava, y vio al venerable siervo de Dios que se le doblaba para lamerle las llagas...

*Adán Lobo, doctor en medicina.*

Entre los milagros que se iban mencionando en el proceso de beatificación y santificación, esta testigo reveló uno que la hizo honorable por el resto de su vida: “Y lo salvó de una mala muerte, después que lo hubo regresado del más allá y preparado para la segunda muerte con una confesión en la misma cama...”

*María, de nación carabalí, esclava de doña Elena*

Preocupado por la suerte de los condenados a muerte, este testigo recordó uno en especial, el “condenado a ser quemado por moneda falsa”, “hombre importante y de autoridad”, cuyo “nombre y nación” nadie se atrevía a pronunciar, pero que sin embargo el padre lo preparó para el bien morir, aun con las prevenciones de un gobernador “poco afecto a la Compañía”.

*Nicolás González, religioso de la Compañía de Jesús*

“No hago a Vuestra Alteza relación de las causas abajo declaradas porque en esta ocasión van compulsadas...”, explicaba el inquisidor mayor a la Suprema, en un oficio en el que incluía la causa número once del padre Pedro Claver.  
*Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Cartagena de Indias (1660), libro 1020, folio 311*

“¡Milagro! ¡Señores! ¡El padre muerto abre y cierra la mano!”, exclamó uno de los asistentes al masivo sepelio, desde las bancas de la pequeña iglesia, adonde se subió para comprobar lo que estaba viendo.  
*Juan de Ribarola, mendigo*

CON ESTAS DECLARACIONES, Y OTRAS QUE NO QUIERO relacionar aquí, quizás tuve una breve orientación de lo que pudo ser el apostolado del padre Pedro Claver. Salvo la de la Inquisición, estas declaraciones fueron tomadas de su proceso de beatificación y santificación, *Sac. Rituum Congregatione. Sivè Eminentissimo, & Reverendissimo Domino Card. de Abdua Cartagenen. Beatificationis, & Canonizationis Ven. Servi Dei Petri Claver. Sacerdotis Societ. Iesu. Positio super dubio an sit signanda Commissio pro introductione Causæ. Romæ, Typis. Rev. Camerae apost. MDCXCVI. Superiorum Permissu. 452 pág, 28x21*, cuya grata traducción se la debemos al sacerdote jesuita Tulio Aristizabal, con el acompañamiento investigativo de la historiadora Ana María Splendiani.



En ese entonces, la compilación estuvo a cargo de uno de los calificados del Santo Oficio del Tribunal de Cartagena de Indias, fray Juan Guerrero, quien también hizo parte de la historia amurallada e inquisitorial de la ciudad. La redactó en latín e italiano, de acuerdo a las normas tridentinas, y en ella participaron más de ciento cincuenta personas de las todas edades y condiciones, con orígenes tan diversos como el testimonio de un residente o de un visitante que quiso elevarlo de una vez al altar de los bienaventurados, ya fuera negro, mulato, indio, esclavo, libre, liberto, mahometano, intérprete, portugués de origen judío, tratante de esclavos, negociante de esclavos, caballero, comendador, médico, cirujano, licenciado, escribano, gobernador, general, maestro de campo, castellano, almirante, capitán, sargento, alférez, soldado, provincial, párroco, religioso, secretario del Capítulo, familiar de la curia eclesiástica, receptor del Santo Oficio, notario del Santo Oficio, alcaide de las cárceles de la Inquisición, mendigo, limosnero, galeote, enfermo, mayordomo, zapatero, orfebre.



Otros documentos que tampoco puedo ocultar sobre su existencia y que me acompañaron en esta difícil labor de soltar la historia de la evidencia documentada a la recreación imaginada, fue la obra que escribió uno de sus compañeros de claustro, o más bien su predecesor, Alonso de Sandoval SJ, *De Instauranda Æthiopum salute* (Sevilla, 1647), que trata sobre la vida espiritual de los negros llegados al puerto negrero.



La misma suerte corren las dos cartas que escribió el mismo Pedro Claver, el relato que nos regaló el rector del claustro Juan de Arcos sobre el funeral de su compañero de rito, y las primeras biografías de ese entonces, la del provincial del Nuevo Reino de Granada, Alonso de Andrade SJ, *Vida del venerable y apostólico Padre Claver* (Madrid, 1657), y la de José Fernández SJ, *Apostólica y penitente vida del venerable padre Pedro Claver* (Zaragoza, 1666).



La bibliografía sería más extensa si me extendiera al tema y al imaginario de ese momento, como a la antropología de los negros esclavos, por lo que solo enumeraría unas cuantas: *Documentos coloniales. Originados en el Santo Oficio del Tribunal de la Inquisición de Cartagena de Indias*, Rotbaum Itic Croiture; *Cincuenta años en el Tribunal de Cartagena de Indias, 1610-1660*, Ana María Splendiani y otros; la que se encuentra dispersa en Archivo Nacional de Colombia (Bogotá) y en Archivo General de Indias (Sevilla, España)...



En cuanto a la ambientación astronómica, fases de la luna, eclipses y demás fenómenos celestes, me remito al programa informático que desarrolló el doctor Monzur Ahmed, [www.ummah.net/ildl/mooncalc.HTML](http://www.ummah.net/ildl/mooncalc.HTML), como a los convertidores de fechas, calendario gregoriano, juliano, judío y musulmán.



# Capítulo uno

ERA MEDIODÍA, A PRINCIPIOS DE MAYO, Y EL PREGONERO, voceando aquí y allá por el portal de Las Negras, por la plaza del Esclavo y hacia el concurrido mercado público, anunció el fin de la subasta. La multitud se arremolinó a la entrada de la factoría para indagar sobre el desenlace de la transacción y entre los curiosos apareció lo que parecía ser el último postor dispuesto a ganarse la mercancía: el capitán Diego Vega de Mazapán. El depositario de bienes se sintió reconfortado por la suma y le pidió al pregonero que la informara por última vez al público.

–¿Quién da más –preguntaba el pregonero bajo la sombra del portal de Las Negras– por estas treinta y una cabezas de esclavo, grandes y pequeñas, en la forma como están, y de contado?

Nadie respondió.

–¿No hay quien puje ni quien dé más por este lote de esclavos secuestrado por la Inquisición? Pues... –continuaba el pregonero– ¡A la una...! ¡A la dos...! ¡A las tres...! ¡Qué buena prole tenga el que lo compró! –y el toque de un tambor congo puso fin a la subasta.

Pero no todo llegó allí. Las preguntas comenzaron a circular entre la multitud, que se indagaba por la verdadera naturaleza de la transacción, sospechosa de que estuviera manipulada por los mismos señores inquisidores, como el precio de la cabeza de esclavo. El depositario de bienes comenzó a dar lectura de los esclavos que le iba a entregar al capitán Vega de Mazapán. Cada esclavo, con su nuevo nombre cristiano, se presentaba al nuevo dueño según las instrucciones que le daba el pregonero en la misma lengua de los angolos. Tenía que reír, mugir, cantar, silbar, mover los brazos y las piernas hasta donde le permitían los grilletes, y terminar la presentación enseñándole el estado de sus dientes, aunque la mayoría de ellos los tuvieran cortados...

El depositario de bienes comenzó con Juan, que al final enseñó de tacha un dedo de la mano paralizado; siguió con Jerónimo, un lobanillo en la mano; con Pedro, unas raras manchas en la cara; y se detuvo con Gonzalo, con fiebre, lo que dividió a la multitud entre si valía o no la pena comprarlo aun cuando dedujeran de su precio final un cuarenta por ciento.

La lista prosiguió con otros trece aun presentando tachas: siete, faltándoles dientes; una, dos dedos en el pie; otra, un ojo; y llamaron a Lorenza, sin ninguna lesión aparente, aparte del entrecejo marcado por una cicatriz, pero era loca y sordomuda, lo que obligó al pregonero a moverla y a mondarle los dientes al nuevo dueño.

Algunos se atrevieron a tasarle un precio, mientras otros sugirieron sacarla de la lista porque aún regalada valía mucho, pues no tenía cura, ni aún con todas las sangrías que se le pudieran aplicar ni con la certera combinación de todos los remedios conocidos, a no ser que fuera tratada por el único religioso que tenía el don de curar las enfermedades más inverosímiles...





Al otro lado de la ciudad, sobre las murallas meridionales, un reconocido padre de la Compañía de Jesús se disponía a dar la última misa del día en la pequeña iglesia del claustro. Desde la noche anterior se había preparado para tal fin, primero confesándose en la celda del padre Alonso de Sandoval; y después de la medianoche, a la una, saludando al Santísimo en la pequeña iglesia; a las dos, meditando los misterios de la fe en su propia celda; a las cuatro, aplicándose el cilicio; a las cinco, consagrándose a la oración mental; y solo entonces, a las once, después de haber confesado al tumulto de negros desde las seis de la mañana, era cuando iba a dar la misa. “Hijo”, le había advertido al hermano Nicolás González en la sacristía, “si entra mucha gente antes de la elevación, toca la campanilla para reiniciarla de una vez, para que ningún marinero ni ningún enfermo se quede sin oírla completamente”.

La misa del padre Pedro Claver era una de las más concurridas de la ciudad, a la que asistía gente de baja condición, y a la que el mismo padre no le perdía ningún detalle litúrgico. Esa mañana había trabajado el doble de lo que habitualmente trabajaba en el confesionario y al terminar no fue a la sacristía para quitarse los ornamentos, tomar un poco de aire fresco e ir al refectorio por el desayuno, sino que regresó al coro para agradecer al Santísimo la oportunidad que le había dado de compartir ese rato eucarístico con las Especies que había consagrado en el altar, de las que aún conservaba el sabor del pan y del vino. “Me alivio cuando te veo”, le hablaba al resto de especies que había guardado en el tabernáculo del altar, “porque todo para mí era esperarte”. Se sentó en una de las gradas del coro y abrió el pequeño diurno atado a la cintura. Recitó ahí mismo las devociones de la sexta, las mismas que rezaban los hermanos de la congregación a las doce en punto. Se puso de pie y, sin darle la espalda al tabernáculo, solo

iluminado por la apacible lamparilla de aceite, dio con la capilla de la Virgen del Milagro en una de las naves laterales de la pequeña iglesia, donde se dispuso a meditar el misterio de la Inmaculada Concepción. Entonces se le arrodilló a la imagen tenida por milagrosa y que conservaban dentro de un altar de ilusorios espacios barrocos –baldaquín, columnatas, marco dorado con hojillas de oro y rodeado por una sarta de flores recién cortadas, e iluminado por una serena lamparilla de aceite–, como si con ello hubieran querido revelar la verdadera transcendencia de ese misterio de la limpia concepción, más allá del conocimiento humano... Después de recitarle el oficio en latín, se dirigió a la Madre para que lo ayudara en el tercer ejercicio espiritual del día, que consistía en un meticuloso examen de conciencia de sí mismo. Tardó una hora en esos actos, aún con la fatiga encima, y de ahí se dirigió al desolado comedor, no para tomar el desayuno, sino el almuerzo del segundo turno, donde saludó a los pocos comensales que había en la mesa, a los que sin embargo les renovó los votos por su condición religiosa, pobreza, castidad y obediencia, y el cuarto por su profesión, trabajar por los esclavos hasta la muerte.

Nadie dudó de sus palabras, ni siquiera los postulantes que apenas lo veían como un cadáver penitente por los rincones del claustro, todo descarnado, el rostro macilento, los párpados hinchados y los ojos enrojecidos de tanto llorar en los ejercicios contemplativos, y vestido con la misma sotana de siempre, la más gastada y descolorida de todas las que habían usado los hermanos. Se dirigió a su puesto, a una mesa rústica y sin manteles, y se acomodó en el último puesto. Desde allí mostró a los comensales la nueva lista de penitencias que iría a cumplir para ese mes, fatigando más a los que esperaban el almuerzo en la mesa, pero en eso apareció el

rector padre Sebastián de Murillo, que de inmediato se dio cuenta de que no llevaba puesto debajo de la sotana la obligada camisilla de sudoración, sino el cilicio de crines de caballo que le debía tener el pecho excoriado.

El rector Sebastián de Murillo no dijo nada, sabiendo lo áspero que era con sus palabras, pero tuvo la rara sospecha de que tampoco tenía puesto las bragas que el Colegio le entregaba, sino las que él mismo cosía de los costales de harina. Sin embargo, el rector le recibió la lista y dio por iniciado el almuerzo desde un extremo bendiciendo la mesa, a la que todos le respondieron la fórmula, para dar paso a un breve silencio en el que apareció frente al comedor un novicio para recitar el paternóster. La voz era delicada, la misma que se imaginaba el padre a sus quince años de edad, cuando fue tonsurado en la iglesia de Verdú el 8 de diciembre de 1595, y todos en la mesa finalizaron la oración con la sonora palabra amén. Se sentaron a comer, alrededor de la humeante comida, pero esta vez entretenidos con la lectura de un ejemplo de la vida del fundador de la Compañía, Ignacio de Loyola, leído de un gastado ejemplar del *Flos sanctorum*.

Pero en el almuerzo de ese día, con el que el padre Claver solía romper el ayuno, no le sirvieron los bollos de maíz tierno que solían regalarle ciertas familias ilustres con el permiso del rector y que para todos era alimento de indios y negros, sino pan blanco, por lo que le molestó aún más al rector De Murillo cuando lo vio solo comiendo los mendrugos de pan que iban dejando los hermanos en el plato, y ni siquiera había mirado la comida que le habían servido en forma especial –caldo de huevo, carne picada, pasta de ajo, requesón con miel–. “¡Por la templanza!”, se decía el padre, mientras se comía el último bocado de pan.

Tocaron la quiete y en ese corto recreo fue a encontrarse con el padre Alonso de Sandoval. Tomó uno de los pasillos laterales del

patio enclaustrado, esquivando los andamios que levantaban la segunda planta del Colegio sobre un lienzo de muralla, y entró en una pequeña sala donde funcionaba en forma provisional la biblioteca.



En el tiempo que lo esperaba en la biblioteca quiso terminar sus pensamientos con un breve coloquio con la Madre, a la que le preguntó por qué en el tercer ejercicio espiritual tuvo esa rara aprensión de pecado con respecto al lote de esclavos vendido en el portal de Las Negras el pasado 5 de mayo de 1636. Había oído sus voces, las que por varios días no lo dejaban dormir, por lo que siempre tuvo la sensación de que habían sido cautivos en forma ilegal y no en la forma como lo justificaba cierto teólogo español...

En eso apareció el padre Alonso de Sandoval, que se alegró de verlo sobre un ejemplar de su libro publicado hacía más de nueve años en Sevilla (1627), con un título tan largo como los que se daban en la época, *Naturaleza, policía sagrada y profana, costumbres y ritos, disciplina y catecismo evangélico de todos los etíopes*, y que emocionado le indicó las páginas adonde podía aclarar partes de sus dudas. Era sabido que el padre De Sandoval nunca quiso controvertir en su obra si había o no razones valederas para justificar la esclavitud entre los negros, pues la respuesta se la dejaba a los teólogos y juristas, por lo que le recordaba las palabras que habían dicho ciertos santos, como Agustino, Crisóstomo y Ambrosio, de que en el principio Dios no pobló la tierra de señores y esclavos, sino el hombre fue el que hizo esa división, y que la primera servidumbre se dio por Cam que desobedeció a su padre, a lo que Dios lo castigó tiznándole la piel, y quizás de allí provino el negro como hijo de malos padres. No solo le

exponía esta tesis con prevención, sino la de ciertos padres de Angola y de Brasil, que los compraban sin escrúpulos con tal de que pudieran ganar la salvación, pero en lo que no estaba de acuerdo, y se lo repetía una y otra vez, era en la comparación que había hecho un fraile de Guinea de que ese negocio era como el de la vaca y el cerdo, pues los morenos tenían un comportamiento similar al del ser humano, se enamoraban, se casaban y hasta se hacían curas, sobre todo los que provenían de los puertos de Guinea –berbesí, yolofe, fulbé, mandingo–, considerados como los esclavos de buena ley más fieles, más hermosos, más trabajadores y más alegres, aunque la mayoría de ellos profesara el islamismo, y que tampoco se quedaban atrás los esclavos de los otros puertos africanos –arará, mina, congo, angolo, carabalí, lucumí, biojó–, conocidos como los esclavos de baja ley, levantiscos, supersticiosos, con la costumbre de marcarse la piel, limarse los dientes, perforarse las orejas, atravesarse la nariz, estirarse los labios o deformarse el cráneo...

–Ahora los vemos trabajando en las murallas –proseguía el padre Alonso de Sandoval–, y eso podría ser la cuarta justificación para traerlos aquí, que depende, desde luego, de las tres que propuso el padre Luis de Molina, porque en la primera es preferible la esclavitud del prisionero que su muerte por condena; en la segunda es preferible la esclavitud del reo que su muerte por condena; en la tercera es preferible su compra que su muerte por hambruna. Qué es preferible para los tres: ¿su muerte o su esclavitud? Ahora bien –prosiguió, abanicándose con el bonete del hábito–, por algo Bartolomé de las Casas los mandó a traer para resolver la escasez de mano de obra y la supervivencia de los indios, pero en aquel momento no se hablaba de esclavitud negra y el papa Paulo II solo alcanzó a prohibir la esclavitud de los indios, quizás inspirado en las leyes de Burgos que les suavizaban el

trabajo... Entonces llegaron los negros y ganamos el privilegio de redimirlos del dolor, pues ninguna orden se ha atrevido a quitárnoslos por lo difícil que es trabajar con ellos, idiomas, costumbres, creencias, estados de ánimo, etcétera, etcétera... ¿Acaso Malaquíás no se dirigió al señor y al siervo, como hermanos y al mismo tiempo hijos de Dios? –y el erudito concluyó con una parábola del Evangelio–: “El rey hizo el convite esplendoroso y, habiéndose excusado algunos, permitió que ciegos, locos, lisiados ocuparan sus puestos” –y con un paso de las Escrituras–: “Y Dios salvará al hombre y al asno”.

Pero, ¿había una manera de condenar la esclavitud en el Nuevo Mundo como lo estaba en el Viejo Mundo?

Al padre Alonso de Sandoval se le iluminó la frente de recuerdos y trajo a colación la consulta que le hicieron una vez dos armadores, si era justo o no el trabajo que hacían ellos de traer esclavos desde Angola, con tal de que los negros pudieran ganar la salvación, en un trayecto en el que pasaban mucho trabajo y arriesgaban su propia vida y su capital de trabajo, a lo que el mismo padre De Sandoval les preguntó si era justo o no traerse la lámpara de los franciscanos al otro lado de la isla amurallada, y que en cuanto la justicia los aprehendiera y los condenara a la horca por ladrón, como a ese que se robó la lámpara del convento de los dominicos, pero que en últimas la misma justicia los absolviera aceptándoles el alegato de que habían pasado mucho trabajo y arriesgado su propia vida y su propio capital de trabajo de aquí a allá, cruzando el inestable puente de San Francisco, entonces la traída de esclavos es justa...

Pero desde afuera comenzaron a oírse las voces de los que esperaban la sopa boba frente a la portería del claustro, cuyo olor mantenía agitados a los indigentes.



Después de pedirle la llave al hermano portero, el padre Pedro Claver abrió la puerta a los indigentes y a todos los saludó con efusión, a los ingleses y holandeses en latín, a los niños acariciándoles la cabeza. Los juntó en el corredor del patio enclaustrado y les hizo recitar el acto de agradecimiento, a pesar del hambre, el vapor de la sopa y la sofocación del día. Después les hizo formar una fila para que se lavaran las manos con el agua del pozo y de uno en uno le fue sirviendo la sopa de caridad, en medio de la agitación de los hambrientos y de los niños que no esperaban más. Al final, ninguno había dejado de agradecer al padre Claver el milagro de esa sopa que había recibido en una ciudad donde todas las cosas por sí mismas eran milagrosas, incluso el vaso de agua, a lo que el padre sin embargo no estuvo de más recordarles las procesiones que se irían a dar por esos días en favor de la Inmaculada Concepción, cuya aprobación papal mantenía dividida a la clerecía por esos años. Y como era de esperar, el Colegio regresó a los sopores del mediodía. Era la hora de la siesta, de la que nadie se salvaba, contra la que el padre luchaba fuera de la celda, ya fuera limpiando las improvisadas mesas del comedor, botando el desperdicio o fregando las letrinas que habían empleado los comensales. Pero esta vez, a las tres, lo sacó del sueño la campanilla de la portería. Era el limosnero de la leprosería que había llegado en mula, no con la lista de las cosas que necesitaba el hospital, sino con la urgencia de que estuviera allá cuanto antes.



Si para todos, el camino de la leprosería producía terror, el que menos emplearían para cultivar gracias espirituales, para el padre Pedro Claver fue uno de los más importantes dentro de su vida espiritual.

El recorrido era pesaroso, polvoriento, soleado, a veces congestionado de gente que injuriaba o blasfemaba en el trayecto, como los marineros y los mercantes de la plaza del Mar y del portal de Los Moros, como los esclavistas del portal de Las Negras, los carboneros de la boca del Puente, los vendedores de plátano del puente de San Francisco, los menesterosos de la isla del arrabal de Getsemaní, los milicianos de la puerta de La Media Luna, los pordioseros del camino real, los defensores de las primeras baterías del castillo de San Felipe de Barajas... Esa tarde, el camino real estaba atestado de gente que entraba y salía de la urbe por el puente levadizo de La Media Luna, de arrieros que trajinaban las bestias y los hatos, de postillones que cargaban la correspondencia del Nuevo Reino de Granada, por lo que el padre se tapó los oídos con algodón, y doblando a la derecha, por una bifurcación del mismo, tomó un atajo que lo llevó al estrecho camino de la leprosería en ese momento desolado, hasta que dio con la portería solo defendida por una vieja puerta de reja y por el terrorífico nombre del hospital, donde lo recibieron el portero que le tomó el sombrero y el manteo, y el capellán que lo actualizó de las últimas novedades. Y un poco retirado, sin que se atrevieran a acercarse, y vestidos con los sombríos mantos de su enfermedad, estaban los enfermos de lepra, unos de pie, otros en muletas o en gruesos bastones, otros en pequeños carros de ruedas porque les faltaban las piernas o porque estaban totalmente deformes, a los que sin embargo el padre se les acercó para saludarlos con un abrazo, mientras oía de sus despedazadas bocas la triste noticia de que una de sus compañeras había partido para siempre.

En el piso yacía la negra Criolla Portobelo a la espera de su mejor entierro. Estaba desnuda, llena de moscas, y sus carnes empezaban a descomponerse. El padre Pedro Claver entró para cubrirla con el



manteo, pero el médico del hospital, don Mendo López del Campo, lo detuvo en la entrada del pequeño bohío considerando la corrupción del aire en el interior y el riesgo de que contrajera uno de los más terribles males.

El padre hizo caso omiso de ello obligando a los presentes a rezar con premura la salutación angélica. Cuando se dobló al cuerpo de la difunta, le recogió las gastadas castañuelas que hacía repicar desde el monte cuando iba a pedir limosna en el camino real para que nadie se le acercara por su nefasta condición, y que juntándoselas al cuerpo recordó la última vez que la visitó y ella le confesó las dudas que tenía sobre el origen de su lepra, si era por la purga de sus pecados, por haber tomado la chicha de los indios o por tener la piel negra... Entonces el padre le acercó el crucifijo para que lo adorara, mientras le limpiaba la boca llena de baba, la lengua cubierta de costras y la nariz tapada de moco... Pero en ese instante, el médico López del Campo le interrumpió los pensamientos, revelándole el estado en que se encontraba la difunta antes de morir, sin cejas, sin pestañas, sin pelo, con los ojos vueltos pus, sin manos y sin pies; y que viéndola en ese estado, con los órganos ya afectados, llamó al capellán para que le ungiera los óleos.

Sin embargo, el padre no le creyó su sincera preocupación por el alma de la difunta, pues no podía olvidar la poca devoción que tuvo en el responsorio, no la de un incrédulo que se hacía pasar por un ferviente creyente, sino la de alguien que imitaba el movimiento de los demás mientras se hacían la señal de la cruz...

Le preguntó:

- ¿De dónde es vuestra merced?
- Del reino de Portugal.
- ¿Con quién aprendió medicina?

El médico se asustó y pensó en aquel 21 de septiembre, día de San Mateo, cuando lo llamaron a socorrer a seis negros a punto de morir de un rayo en la plaza de Santo Domingo. En eso apareció el padre, que sí los pudo reanimar calentándoles el cuerpo con el man-teo, como al último que sacaron del pozo y lo daban por muerto, pero que al abrir los ojos preguntó por el sitio a donde había caído, y habló del misterioso viaje al más allá, y lo que había visto arriba, nubes poblándose de gente, pájaros convirtiéndose en rayos, espíritus gritando los truenos, nganga comunicándose con los muertos y a Nzambi sustentando el universo desde arriba; y que uniéndose a la alegría de los sobrevivientes, también agradeció al padre con grandes palmadas, a lo que la multitud presente ahí atribuyó el hecho a un triunfo de los misterios de la teología sobre los secretos de la medicina...

De modo que el médico López olvidó responderle y el padre atacó de nuevo:

—¿Qué vínculo tiene vuestra merced con el licenciado Juan Meza Rodríguez?

Entonces el médico Mendo López del Campo entendió la pregunta, se refería a uno de los suyos, al último judío aprehendido por la Inquisición, al que tuvo que avaluarle el lote de esclavos que le subastaron en el portal de Las Negras, y que nunca pudo olvidar ese día, 5 de mayo de 1636, porque hubo luna llena como a las cuatro de la mañana, la más hermosa cuantas hubiera visto en las Indias, la que parecía poner fin al mes de la Pascua judía, y en la que se comprometió con los demás paisanos a protegerse entre sí de la Inquisición ocultando sus verdaderas identidades, mientras se cumplían las profecías de Bandarra, de que para el año cuarenta iba a llegar el Encubierto, lo que para los judíos era la llegada de su segundo rey David en el reino de Portugal para el año 5400...

–Lo conozco, padre Pedro Claver –se repuso el médico López al instante–. Soy cristiano viejo desde que nací, como lo fueron mis padres, mis transversales y mis colaterales. Soy casto en el sentido lato de la palabra, sin mancha hebrea ni mora en la sangre...



Pero, ¿quién se atrevía a alzar a la difunta del piso para amortajarla en la mesa?

Entre todos la alzaron a la mesa. Como lo suponían, la difunta era un saco de huesos. Justina y Margarita se encargaron de aromatizarla y amortajarla, tratando de ocultarle los últimos restos de la enfermedad. Trajeron la caja mortuoria, bastante rústica, y la pusieron al lado de la difunta. Era la única caja que tenía el hospital, en la que enterraban a los lazarinos sin recursos, y que nunca parecía perder su grandeza caritativa. La metieron ahí y todos, por última vez, persignándose y guardándose para sí un recuerdo de lo que pudo ser de su verdadero rostro, la despidieron con la mano. Clavetearon la tapa y como no había tela negra para cubrirla, el padre Pedro Claver prestó el manteo. Entonces, la procesión se armó a la salida del bohío, con el padre a la cabeza, abriéndose paso entre los dobles de la desvencijada campana de la capilla de bahareque, dejando atrás los 117 bohíos que había para igual número de pacientes de todas las edades y género. Llegaron al otro extremo del patio, donde estaba la capilla, y en la sacristía el hermano Nicolás González le dio los ornamentos y el padre le cantó a la difunta la misa de cuerpo presente como a todo personaje importante, con incienso y música del Colegio.

Eran las cinco y el entierro, con corona, ofrenda, flores y velas, se despidió con la misma campana desvencijada y con el resto de leprosos que no podía caminar. Le dieron la vuelta a la capilla de bahareque, donde estaba el camposanto de los lazarinos. El camposanto estaba sucio, abandonado, lleno de monte, de cruces, de mosquitos, de mariamulatas y de cangrejos que huían al rumor de las pisadas. Los sepultureros sacaron la difunta de la caja y la depositaron en el fondo de la tumba de piedra, sobre el piso de tierra, y la cubrieron con cal.

Todos, sin excepción, le regalaron una última mirada y comenzaron a arrojarle flores, agua bendita, puñados de tierra; cuando le metieron las castañuelas y las pertenencias en un saquito de lana cruda, estas arrancaron las últimas gotas de lágrimas a los concurrentes. El sol parecía bajar a su propio lecho de descanso, pues una inmensa sombra se proyectaba desde las mismas murallas del arrabal sobre el reposado caño de San Lázaro. El padre, concentrado en las oraciones, cubrió la tumba con el manteo y la iluminó con el encendido de las cuatro velas dentro de su respectiva naranja. Al final puso el plato de la ofrenda sobre el manteo, sobre el bordado monograma IHS, y quiso que el capellán la repartiera entre los presentes la hogaza y el vino que había en el plato de barro.



Regresaron al hospital, al pie de una datilera, el padre se puso a atender a los pacientes que buscaban un consuelo. Empezó a repartirles las cosas que había traído en el fardo y que eran para el tratamiento de la lepra: dátiles, tamarindo, tabaco, espliego, piedra lipe, tijeras, navajas. En el momento en que se despedía del último, ocurrió un hecho sin precedentes y que nunca se dejó de mencionar durante el proceso

de beatificación y canonización del padre Pedro Claver: el cantor de la Catedral, don Francisco de Riberos, mientras llevaba la limosna del hospital en caballo, no lo vio tanto recogándole el moco nasal del leproso sino con el rostro iluminado de grandes resplandores. Se dijo: “¡Dios mío! ¿Qué veo?”. Y siguió contemplando la visión por quince minutos, sin que le disminuyeran los resplandores como un pequeño sol entre la umbrosa vegetación. Se santiguó y al final se comprometió a besarle la mano en cuanto lo viera salir, pero cuando lo vio regresar por el camino real, hacia la oscura puerta de la Media Luna, prefirió no hacerlo, no tanto porque lo vio como el ser más pobre y despojado de toda aspiración mundana, sino como un verdadero intercesor de almas, por lo que no quiso dañar esa bella imagen que guardó para el resto de su vida.





# Capítulo dos

HABÍA EMPEZADO EL AÑO 37, Y PARA EL 20 DE FEBRERO, a las siete de la noche, después de las letanías de los santos, nada hizo presagiar que el toque de campanilla de la portería provendría de un importante funcionario de la Inquisición que necesitaba los auxilios de un sacerdote para salvar el alma de un desventurado moribundo, quizás en pecado de herejía.

El nuncio de la Inquisición se abrió paso por entre las oscuras y estrechas calles que lo conducía al barrio de San Sebastián, cargando la linterna y dejando atrás el toque de campana de la pequeña iglesia con que despedían al Santísimo, y que parecían despertar a los adormilados pájaros del campanario. El nuncio encabezaba la procesión delante de la cruz, de los cirios y del palio que parecía entechar la urgente y piadosa diligencia. Venía luchando contra las recias brisas de febrero, ya fuera tapándose los ojos, ya fuera acomodándose el hábito o poniendo el cuerpo a la masa de aire que parecía tumbar el palio y las luces. A pesar del corto trayecto para llegar a las cárceles secretas, todos se encomendaron al Ángel de la Guarda, sobre todo

el padre Sebastián de Murillo, que llevaba sobre los hombros el paño humeral que lo señalaba como el portador de la santísima custodia. No había luna, solo arena arrastrándose por todas partes, y las calles parecían estar vigiladas por la más brillante y pagana de las estrellas del firmamento, Sirio. Poco a poco, el trayecto se iba llenando de gente que aparecía como fantasma desde las casas vecinas al tintineo de la campanilla de plata que hacía sonar el padre Pedro Claver, y los que estaban en las aceras, como en los balcones y en las ventanas, se hincaban de rodillas para adorar al Santísimo, cuya custodia de piedras preciosas refulgía con la penetrante luz de la estrella de Sirio. Era claro el sentido de urgencia que llevaban los socorristas, y la comitiva, un poco numerosa, no dobló a la izquierda, hacia las Casas de Inquisición, sino que continuó derecho por el costado oriental de la plaza de la Inquisición, en el que se encontraban el edificio y la plazoleta del Cabildo, y por el frente de la Catedral, hasta doblar por la conocida calle de los depósitos de esclavos, donde se topó con una compañía de milicianos que de inmediato saludó al Santísimo, saludo del que tampoco se hubiera salvado ni el propio rey.

Después de los honores de rigor, la comitiva se dirigió al final de la calle, hasta la plaza de Santo Domingo, donde entró por la puerta de un estrecho zaguán y en donde dio con las cárceles secretas de la Inquisición. Cada celda de las diecisiete que conformaban el pedregoso bloque, estaba asegurada por una gruesa puerta, y cada preso, dentro de ella, se iluminaba con la única vela que le daba el Tribunal por la noche, lo que le daba una particular ambientación al patio de las cárceles secretas. La celda del licenciado Blas de Paz Pinto estaba en el fondo, en el bloque de las celdas de cien pies, las más grandes, pero estaba sin luz. Entraron en silencio, sin que el vestuario produjera el mínimo roce de sus telas, y lo primero que respiraron del ambiente



fue el apósito de su pie recién amputado; luego, aunque no le podían meter luz, el padre pudo distinguir de entre la penumbra el ineludible crucifijo encima de la cabecera de la cama... Pero lo que más le llamó la atención de esa escena fue la forma como moría el paciente contra la pared, como si apuntara con su mirada la sagrada ciudad de Jerusalén... Quiso amonestarlo al oído, pero sabía que no lo podía hacer porque lo incitaría a una oleada de contracciones que incluso le haría quebrar los huesos. Entonces se puso a reflexionar sobre la doble vida que llevaban los judíos conversos cuando eran atrapados por la Inquisición, cuando judaizaban en secreto, cuando contribuían con la Cofradía de Holanda y cuando creían en las profecías de Bandarra, que vaticinaban el fin del imperio español y la Casa de Austria en un baño de sangre entre cristianos e inquisidores para el año cuarenta... Pero le molestaron los comentarios de que el licenciado Blas de Paz Pinto había renegado del agua y de la crisma, había desagraciado la cruz puesta de humilladero en la plaza de Los Jagüeyes, había escupido la imagen de Nuestra Señora del Rosario en el convento de las teresianas, había puesto en la entrada del servicio un lienzo con la imagen de un santo mozo con diadema y hábito franciscano, y sobre la misma imagen el trapo del servicio, y había despreciado al entonces inquisidor don Agustín de Ugarte Saravia porque le tocó besar el anillo de la santa dignidad en el mismo convento de las teresianas... No solo esto, era sospechoso de varias cosas más, como pegar los pasquines contra el Santísimo en el rollo de la plaza del Esclavo y recibir la carta de los judíos de Constantinopla en la que les pedían ultrajar imágenes, azotar el crucifijo, profanar las iglesias, propalar las doce objeciones sobre la venida Jesús como Mesías y enfrenar la Trinidad con la Shemá con expresiones como, “¡Escucha, oh Israel, el Señor Nuestro Dios es Uno y no Trino!”, por lo que se preguntó por la

sinceridad de sus actos cuando coleccionaba cuadros que cualquier creyente creería en su inocencia, como pinturas de temas bíblicos, madonas, retratos de santos y de papas, crucifijos de todos los estilos y época...

Tocaron el Ángelus desde la Catedral, lo que hizo convulsionar al licenciado De Paz en una dolorosa contracción y al padre Sebastián de Murillo a administrarle el Santísimo con urgencia. Como no pudo, llamó al padre que tampoco pudo hacer nada y que se angustió, no tanto porque tuviera la boca mellada y paralizada por el tétanos, con esa horrible mueca que parecía burlarse de todo lo divino que había en su intención, sino porque no se pudiera salvar en ese momento. Apelo al último sacramento, el de la extremaunción, por lo que le signó los ojos, los oídos, la nariz, la boca y las manos, pero sin el tafetán, y quiso encomendarlo al oído, pero se abstuvo, aun cuando quedó con la sensación de que al licenciado De Paz aún le faltaba otra mano para ganarse la salvación, y que la lucha por convertirlos hacía parte de su labor espiritual.



Era domingo de carnaval y nada hacía cambiar de planes a los feligreses para ganarse la indulgencia plenaria desde muy temprano, que para esos días solía publicar la Iglesia. Tampoco se sustraía a ese tipo de práctica los miembros de la casa del capitán Juan de Urbina, en la plaza de Los Jagüeyes, donde todos esperaban la llegada del padre Pedro Claver. Afuera, la casa del capitán De Urbina se parecía a las que se levantaban en el reino de Andalucía –paredes blancas, ventanas balaustradas y la imagen de Jesús sobre el portón y la de san José en el frontón–. Esta vez hubo

un sobresalto cuando el criado Manuel Cabo Verde avisó de la cercanía del padre Pedro Claver por la calle de Nuestra Señora de los Remedios del mismo barrio de Santo Toribio, y todos se pusieron nerviosos para recibir al Santísimo dentro de la casa.

Entonces la puerta del zaguán chirrió, lo que llenó de terror a todos, y en cuestión de segundos el Santísimo estaba en el comedor. El capitán De Urbina lo saludó con el quite de sombrero, le regaló las mejores alabanzas y lo condujo al estrecho oratorio ricamente iluminado de cera, y nadie quiso perderse la oportunidad de rezarle el *Ánima Christi* cuando lo pusieron en el altar. Cuando terminaron, el padre se volteó y saludó a todos como si estuviera bendiciéndolos.

Entonces el ambiente se tornó favorable para la devoción, por lo que el padre comenzó a explicarles el porqué de ganarse la indulgencia plenaria para ese día y en la forma como se debía ganar, visitando al menos cinco sitios sagrados. Desde allí dirigió las oraciones y, solo faltándoles por visitar el segundo sitio sagrado pues el primero había sido el oratorio de los De Urbina, se prepararon para su visita a la Catedral.

Y en la sala, toda la atención se dirigió al estrado donde se encontraban las mujeres, la parte más vistosa de la casa –alfombras, cortinas, paredes colgadas, cuadros labrados y el par de cornucopias de doble candelabro cuyas luces de esperma refulgían sobre el fondo de un espejo– y la parte más olorosa –todas las fragancias de agua de rosa provenían del vestido de las De Urbina–. Cuando el padre Pedro Claver y el hermano Nicolás González se sentaron cerca de la alfombra que los separaba de las mujeres en la tarima, surgió un duro silencio en el que nadie se atrevía a hablar, aunque hubiera temas por tratar, como la corrupción de los señores inquisidores, el creciente negocio de la esclavitud, el acoso de los cimarrones a los vivanderos,

el pillaje de los piratas a las naves que transportaban la plata del rey para financiar sus guerras en Europa...

–¡Qué cosa! ¡La gente solo piensa en el carnaval! –rompió la tensión el padre después de reacomodarse en la butaca.

–Sí, los negros entregados a sus propias mojigangas –cortaron los miembros de la familia–: el arará, bailando como la serpiente; el carabalí, disfrazado con máscaras de tiburón; el biojó, con máscaras de toro; el mina, tocando tambores; el angolo, bailando como en su tierra; el lucumí, pintándose la cara de achiote; el yolofe, con sus mone-rías, imitando el paso de los caballos y, de puerta en puerta, pidiendo guarapo para sus borracheras; y el congo, entronizando a su nuevo rey y a su nueva reina en sus propios cabildos...

–No solo los negros, padre Pedro Claver –intervino una de las hijas del capitán desde el estrado, doña Isabel de Urbina, sentada entre los cojines de su silla ratonera–, también los mulatos y los blancos, sobre todo estos últimos, burlándose de los ganapanes y de los mesterosos, disfrazándose de fraile, de ministros, de madama, tirándose naranjas, copos de estopa, salvado, huevos aromáticos o trapos sucios, y amarrándoles a los perros en la cola objetos que causan risa a la gente de pocas luces y letras...

Al igual que su madre y sus hermanas, doña Isabel de Urbina, hija del capitán Juan de Urbina y de doña Andrea de Herazo, se vestía de la manera más recatada, con un jubón que le aplastaba los pechos y parecía asfixiarla por el cuello, con una saya sin pasamanos y de poco ruedo el verdugado, y con un peinado de doble rodete a los lados, y con el inseparable abanico de fondo floral; y como le tenía una gran confianza al padre, a pesar de sus dieciocho años de edad, se atrevió a hablarle de la gran fiesta que hicieron los funcionarios de la Inquisición en la estancia del fiscal del secreto en el canal de Boca Chica.

Eran las bodas de doña Catalina de Uriarte, hija del secretario del secreto, con el notario del secreto, don Luis Blanco de Salcedo, donde hubo de todo, vino, aguardiente, música, comedia, comida y postre por tandas de hasta treinta personas a la vez; salvo el inquisidor mayor, el licenciado Martín de Cortázar y Azcarate, al parecer por su mal carácter o por sus achaques de salud, todos los funcionarios del Santo Oficio pasaron allá Navidad, Año Nuevo y Reyes, sellándose al final dos nuevas alianzas, la unión en matrimonio de los Blanco con los De Uriarte sobre los asuntos inquisitoriales, y el acercamiento de la Iglesia con la Inquisición para controlar todos los asuntos que tenían que ver con la vida colonial.

Y haciéndose más interesante la conversación, el capitán De Urbina se refirió a la forma como el secretario Juan de Uriarte administraba el arca del tribunal, cuyas llaves debían estar en las manos de tres ilustres y no en las de él, pues con ella pagaba sus propias cuentas y se apropiaba del producido de los bienes confiscados y vendidos por la Inquisición, y que lo vieron varias veces entrar de noche en las cárceles secretas para tomarles las declaraciones a los reos y pedirles que vendieran tal propiedad a tal persona y a tal precio, y que de ahí debió de sacar la dote de dieciséis mil pesos para el matrimonio de su hija doña Catalina con el notario del secreto, don Luis Blanco de Salcedo, la de seis mil de su otra hija doña Úrsula para entrar en el convento de las hermanas clarisas descalzas, aparte de la celda que le construyó, las propinas y el ajuar de novicia, y que para los primeros días de diciembre, o más concretamente para el día de la Inmaculada, lo vieron desde la plaza de la Inquisición pasar por el balcón a la cámara del secreto con una luz y sacar por la puerta falsa varios talegos del arca triclave, y que para nadie era un secreto la forma como ayudó a los judíos presos para que salieran libres, a Francisco Rodríguez Freyle,

revelándole el nombre de las personas que depusieron contra él; a Manuel de Fonseca, haciéndole pagar una saludable penitencia de setecientos pesos a la Inquisición; a Antonio Rodríguez de Ferrerín, una multa de doscientos doblones, aun cuando estuvo testificado por ocho personas; a Luis Gómez Barreto, el más rico, que se sospechaba le había financiado las bodas de su hija doña Catalina, revelándole el nombre de las personas que habían declarado contra él, a los licenciados Juan Meza Rodríguez y Blas de Paz Pinto, para que los tachara de enemigos y les invalidara el testimonio, cuando era sabida la amistad que había entre los tres, sobre todo con el primero, que le ayudó a esconder cuatro cajas de reales de oro para que no se las fuera a confiscar el Tribunal; y que no sabía por qué no había ayudado a Francisco Rodríguez de Solís, amigo de los gobernadores, pero que sin embargo le cambió de su lote de esclavas a la más hermosa, Magdalena, por otra que tenía en casa y de avanzada edad...

No solo había hecho esas cosas, proseguía el capitán Juan de Urbina, que por su baja estatura no parecían ser peores, sino que hacía todos los oficios del Tribunal, desde el más bajo, ayudante de las cárceles secretas, al más alto, inquisidor mayor, y que era desmedido y soberbio, y de mala conciencia que decretaba por sí mismo lo que le convenía y lo que no le convenía, que ni el mismo inquisidor mayor, el licenciado Martín de Cortázar y Azcarate, se atrevía a contrariarle, que se jactaba de llevar tres años sin confesarse, que amenazaba al que lo fuera a denunciar ante la Suprema con un traspie hasta la quinta generación, pues solo le bastaba escribir dos letras en un pedazo de papel para que lo recordara por el resto de su vida, así sea censurándolo, excomulgándolo o, en el peor de los casos, haciendo promulgar la cesación a divinis para toda la ciudad y provincia por tiempo indefinido...

No solo se asustó el capitán De Urbina por la cesación de todos los oficios divinos, sino su familia, pues no habría misa, ni aun a puertas cerradas, ni sepultura ni bautismo al más ilustre...

A la pregunta de cómo se comportaba el secretario Juan de Uriarte con el esclavo, salió a relucir el hecho de que no les daba carne, día de descanso, hamaca, ropa ni medicina, sino palo y azote, y que a las embarazadas las ponía a trabajar como a cualquiera en penitencia, y que tampoco se salvaba de ese tipo de comportamiento su mejor amigo y cómplice, el fiscal del secreto, el licenciado Juan Ortiz, a pesar de su formación religiosa, como la vez que se despertó enfurecido porque el negro Ventura se había comido una porción de la mejor carne de su finca, y con una macana lo golpeó por el hombro hasta inutilizarle el brazo por siempre, a pesar de haberle pedido perdón en el nombre de Jesús, y que tampoco se salvó el pregonero que le ayudó a vender el lote de esclavos en el portal de Las Negras el 5 de mayo de 1636, Jusepe Angola, dañándole los riñones, pues lo dejó metido en el cepo por un año.

Todos se santiguaron, pero no el yerno del capitán Juan de Urbina, don Pedro de Estrada, a la vez juez, contador y oficial de Su Majestad Católica, que se preguntó con qué plata había comprado el capitán Diego Vega de Mazapán el lote de esclavos en la subasta del recordado 5 de mayo.

–¡Con el producido de los bienes secuestrados por la Inquisición en La Habana! –se respondió a sí mismo el yerno del capitán De Urbina.

Luego se preguntó por el comportamiento que habían tenido los mismos inquisidores al manejar como caudal propio los ingresos que tenía la Inquisición por concepto de canonjía, pena, penitencia, depósito de pretendiente y anata...

Pero el aroma de un chocolate recién hervido echó al olvido la amargura del momento, aun cuando era incuestionable la poca

preocupación de esa persona para ganarse la indulgencia plenaria, por lo que el padre Pedro Claver, a veces preocupado por el desarrollo de la conversación, recordaba las palabras de su maestro espiritual en el Colegio Monte Sión, el hermano Alonso Rodríguez, de que era preferible saborear las cosas del Cielo que las terrenales...

Y el yerno del capitán De Urbina se atrevió a criticar a la Inquisición, que se contradecía con los edictos que publicaba para castigar al hereje, y expuso de ejemplo al limosnero que andaba por ahí, judío, y no le hacían nada, como a los artesanos de la misma religión, a los protestantes amancebados con cristianas, a los forzados musulmanes en su infernal secta, a los esclavos que practicaban la brujería desde la misma Inquisición, a los cimarrones que habían huido en rebelión a los campos y a los casi desaparecidos indios kalamarí que adoraban al Sol y a la Luna...

–¡Claro, como ellos no tienen ningún real, poco les importa abrirles procesos! –exclamó el mismo yerno del capitán De Urbina, haciendo ruido con las patas de la butaca sobre el piso de ladrillos.

Pero la conversación parecía perder su impulso. De repente, oyeron el primer canto de un extraviado gallo; luego, las voces de los que arreaban el agua de los jagüeyes en la plaza. La luz del día comenzó a sobreponerse a las fulgurantes luces de las cornucopias, y el padre Pedro Claver, anticipándose al toque de campana de la Catedral, les pidió que estuvieran preparados para la partida.

–Estas cosas suceden –retomó la palabra el capitán Juan de Urbina–, en personas que en verdad han caído en delitos de herejía y no les pasan nada. ¿Es justo lo que nos pasa, padre Pedro Claver, nosotros que diezmamos, ofrendamos, damos limosnas, colaboramos con la cera de las procesiones y con las bulas, aparte de lo que tributamos a la Armadilla que persigue a los cimarrones y a La Armada



que transporta la plata del rey, no pueda yo reasumir mi puesto en la Inquisición porque a Andrea le apareció en su genealogía un padre al que calumniaron de prácticas judaizantes?

Todos guardaron silencio, no el capitán De Urbina, que se puso de pie como con ganas de decirles a los funcionarios del Santo Oficio, “¡Borrachines!”, el término más ofensivo que se empleaba contra ellos, o blasfemar fuera de sí y decir, “¡Voto por Cristo que ese secretario del secreto es un bellaco!”, pero se contuvo, lo que llenó de admiración al padre, que lo vio grande y por encima de las calamidades. Las razones eran claras si se tenía en cuenta la cadena de frustraciones que venía padeciendo el capitán en los últimos años, la pérdida de la familiatura en la Inquisición y la demora de unos dineros que le había secuestrado el mismo tribunal como acreedor de varios procesados, y la pérdida de su empleo en La Armada de Su Majestad Católica por la escasez de naves, pues las pocas que habían sobrevivido se hundieron, fueron apresadas por los piratas o no podían andar por su obsolescencia.

—¡Es la misma mentira con que me acusaron de doble matrimonio! —exclamó el mismo capitán De Urbina de pie, y haciendo relucir sus pesadas hombreras sobre el apretado jubón—. ¡Y lo que me costó ese viaje a Madrid para defenderme ante la Suprema! ¡Pero eso sí! ¡A él no le pasa nada, cuando no hace vida maridable con su legítima mujer, doña Antonia Narváez Nufío, y la hace con otras, sin importar si son casadas, viudas o doncellas, como cuando estuvo con tres al mismo tiempo, madre, hija legítima e hija natural, y embarazó a la segunda, como tampoco le pasa nada al otro amigo de andanzas, al abogado de los reos de la Inquisición, el licenciado Rodrigo de Oviedo y Luzón, cuando por la línea materna de su legítima mujer tiene un abuelo de mala sangre por judío...! ¡Lástima que no esté vivo el gobernador don Francisco de Murga, porque ese sí los hubiera

metido en cintura, como la vez que le quitó de las manos del verdugo de la Inquisición al negro Fernando Cabamoche que lo venía azotando por las calles! –y con la cara aún colorada y como soltando el último aliento de sus agitados pulmones, remató la conversación de esta forma–: ¡Está demostrado, padre Pedro Claver, que el secretario del secreto es el mismo diablo por los cuatro costados!

Corrían los carnavales y era muy conocida la lucha que tenía el padre Pedro Claver contra las llamadas costumbres paganas, por lo que se abría paso entre los que gozaban las fiestas por las calles y plazas, a los que les recordaba la indulgencia de las cuarenta horas con exposición del Santísimo en la pequeña iglesia, y las últimas disposiciones publicadas por el Cabildo en las que les prohibía el consumo de aguardiente y de guarapo a determinadas horas, los bailes lascivos, el juego de azar, el sortilegio, el vestuario africano y la cita de los enamorados en los lugares públicos... Y cuando regresaba por la tarde, llegaba con los pies hinchados, a veces con un cuadro de Jesús Nazareno en el hombro o con el saco de las semillas de jaboncillo para fabricar los rosarios... De modo que lo veían animado para los carnavales.

Una tarde, transitando por la concurrida calle de Nuestra Señora de las Carretas, encontró a una negra llorando en el piso. En ese momento pasaba una libre por ahí y aprovechando su vínculo como padrino de confirmación, le preguntó por lo que le había pasado.

–¡Un chapetón le dio una bofetada y le tumbó el canasto de huevos! –le respondió la ahijada, Isabel Mier.

Eran los huevos de agua aromática que la criada iba a vender para los carnavales, muy solicitados para las fiestas, a los que el padre Pedro Claver sin embargo le buscó una solución. Con la punta del bastón le recompuso el canasto y, de uno en uno, le fue entregando los

huevos sin ningún tipo de rajaduras, tal como estaban al principio, sobre los que le dijo al final:

–¡Aprende, mujer, cómo el Dios de los blancos consuela a los pobres cuando se ganan el pan con el sudor de su frente!

Y la multitud desconcertada por el final de los huevos rotos, que lo atribuyó a un milagro, no tuvo mejor momento que comprárselos a la criada en el mismo sitio, no para la batalla de huevos aromáticos que se iba a dar en la plaza del Esclavo, sino para guardarlos como reliquias, lo que paralizó el bullicio de las fiestas de esa calle por dos horas.





# Capítulo tres

ERA MIÉRCOLES DE CENIZA Y NUNCA SE SENTÍA TAN comprometido el padre con las Cuaresmas que, desde la medianoche del último día de carnaval, daba por iniciado el periodo de sus grandes penitencias. Entonces elevaba la oración de agradecimiento al Altísimo, se flagelaba la espalda, se aplicaba el cilicio y abría la única ventana que daba al Levante, por donde recibía una ráfaga de aire fresco; y cuando veía a los serenos perderse sobre el baluarte de Los Cestones, sobre el trozo de muralla donde se levantaba la segunda planta del Colegio, se entregaba a la contemplación, escudriñando ese pedazo de cielo débilmente iluminado, al que le hubiera gustado cantarle con palabras del místico Juan de la Cruz:

*Morada de eterno cielo,  
templo de caridad y hermosura,  
¿qué desventura tiene mi alma  
vivir en esta cárcel baja y oscura?*

Y regocijado le pedía permiso al Señor para realizar las tareas del nuevo día. Cerraba la ventana, se dirigía con el candelero a la oscura escalera de madera y bajaba al patio enclaustrado, donde se reunía con el hermano Nicolás y los criados en la estrecha puerta que los conducía a la capilla del Milagro. Entraba, y lo primero que hacía era saludar al distante Santísimo acompañado por la única lamparilla del altar. Se despedía de Él, sin darle la espalda, y llegaba a la capilla del Cristo de la Expiración recién iluminada por los criados, donde le hacía un ofrecimiento al Hijo, y cruzaba a la capilla del Milagro, donde le hacía otro a la Madre.

Como era habitual a esa hora, con un firmamento solo iluminado por unas cuantas estrellas, el hermano Nicolás y los criados se disponían a abrir la iglesia, sin que pudieran eludir el ruido de sus propias pisadas en un recinto lleno de silencio, y desde el exterior comenzaban a entrar las primeras voces de las que venían a confesarse desde muy temprano. Las visitantes, en fila, entraban por la puerta principal, y se dividían por grupos, uno iba a la nave principal para saludar al Santísimo y los otros a la capilla del Milagro y de la Expiración respectivamente, y regresaban a la nave de esta última donde se acomodaban en la pequeña tarima de bancas que les organizaban los criados para que no se fueran a sentar en el piso frío y húmedo. El tumulto iba creciendo con la llegada de más mujeres de todas las edades, la mayoría de humilde condición. Cada visitante, según el color de la piel, se reunía por grupo, pero las negras se reunían por castas, recordando sus lenguas maternas... En ese tiempo, aparecía el padre con el candelero para después arrodillárseles en medio del corro de las negras. Les mostraba la imagen de la hermosa mujer envuelta por las llamas del Infierno y les explicaba por qué una de ellas podría estar allí si no cumplía con los preceptos que había

aprendido. Enrollaba la imagen y desde la oscura garita comenzaba a atender a la primera confesante. Era sabido que las primeras en confesarse eran las más enfermas y ancianas, por lo que se disponía a escucharlas detrás de la rejilla.

Pero no todo se reducía al duro aliento de la confesante, al pobre manejo del idioma o a las olvidadas oraciones, sino al temor que sentían de sus antepasados porque ya no le rendían culto como en sus aldeas africanas...

Terminando con el primer grupo, les imponía la ceniza y les daba la comunión en el coro. Al final, el hermano Nicolás les regalaba el rosario, la estampa, la galleta o la ración de vino, y la cédula de confesión firmada por el propio padre, con la que la penitente podía recibir los sacramentos durante la Cuaresma en cualquiera de las iglesias de la ciudad.

A las cinco, con las últimas sombras de la purpúrea madrugada, venía la primera misa que daba el rector en el claustro y el padre dejaba de imponer la ceniza y dar la comunión. A las seis de esa crucial mañana, los criados terminaban de traer el resto de confesantes en sillas de manos, entre ellas a las consentidas Justina, Margarita, Jacinta, Alfonsa... A las nueve, todo el mundo sentía los efectos del sol sobre el muro lateral de la nave, por lo que se veían obligados a sacar sus abanicos de mano, y las negras a rascarse las cabezas llenas de piojos, y el padre a frotarse las narices con el vinagre de menta y espliego que le daba el hermano Nicolás en un pañuelo para que no se fuera a desmayar por el intenso olor a sobaquina que se sospechaba provenía de la angolitas, y ya para las once, era cuando se disponía a dar la última misa del día.

Entonces aparecían las distinguidas damas, con mantillas y delicados vestidos, y el hermano Nicolás González empezaba a acosarlo para que las atendiera. El padre Pedro Claver las miraba a la distancia,

entre ellas a las que estaban con el grupo de las De Urbina y de las Delgado... Las veía elegantes, empingorotadas, haciendo correr con sus abanicos los ricos perfumes la distante cuenca mediterránea – agua de rosa, agua de azahar, agua de romero, agua de espliego–, pero le insistía al hermano Nicolás que no tenía cabeza para ninguna de ellas porque la confesión de una de ellas equivalía a todas las que había hecho hasta ese momento, que más bien la hicieran con los otros padres del claustro, pero el hermano Nicolás González lo presionaba porque las negras les iban a ceder el turno a las distinguidas damas.

Cansado, lo llevaban cargado al comedor. Esta vez, el hermano Nicolás se puso de acuerdo con el despensero para que le aumentara la ración de vino y así pudiera aguantar la segunda jornada de confesión por la tarde. Era sabido que el padre nunca dejaba de ayunar los miércoles en honor de la Virgen y que ahora, para el tiempo de la Cuaresma, los aumentaba a los viernes y sábados.

Se arrodilló en medio de los comensales para tacharse a sí mismo de infractor de las reglas y comenzó a besarles los pies a los pocos que había en la mesa; cuando terminó, se sentó a la mesa con los ojos bajos, como si estuviera celebrando en el altar, y solo tomó de la mesa una pequeña ración de sopa de pan que luego amargó con disimulo con un picadillo de hojas de salvia.

Después del almuerzo no aprovechaba el tiempo para la siesta, sino que se iba al confesionario para continuar con su labor. Comenzaba a atender a los estudiantes de las escuelas hasta las seis de la tarde y solo a las nueve de la noche, cuando tocaban a silencio, recibía de rodillas la ceniza de otro padre e iba al refectorio por la cena.

Una vez, estando de refitolero el hermano Manuel Rodríguez, le preguntó si tenía un poco de aceituna. Era extraña la petición, pues nunca se la realizaba, mucho menos para ese tiempo litúrgico, como



tampoco aceptaba las conservas de frutas, los platillos de ensaladas y las raciones de vino extras que a veces le ofrecían para los días especiales. Por lo tanto, el hermano refitolero se puso contento, acercó la luz de la despensa y le sirvió un colmado cucharón que el padre empleó para su propia sopa de pan. Al día siguiente fue por otro poco, y así lo hizo al otro día, hasta que el hermano refitolero se dio cuenta de lo que estaba pasando... Entonces lo regañó desde el mostrador:

—¡Las boté, padre mío! Y sabéis ¿por qué? ¡Porque estaban podridas y malolientes, y lo mal que se ve un religioso comiendo aceitunas podridas!

Cuando llegaban los lunes, los miércoles y los viernes, el padre se desocupaba un poco más temprano del confesionario para repartir las disciplinas al pie de la escalera del claustro. Eran los días en que los feligreses iban a oír el ejemplo y a cantar el Miserere en la tribuna de la iglesia, a los que el padre, sentado sobre el manteo y en el primer peldaño de la escalera, se las entregaba para los que quisieran flagelarse al final de los actos. Los domingos no iba al confesionario para atender a los que estaban sin confesión, sino que salía a pescar almas por las calles, iba con los criados y con el grupo de niños de las escuelas en una procesión que se agrandaba en el trayecto y que parecía acabar con la suela de sus zapatos. La encabezaba uno de los criados del Colegio portando el estandarte de la fe y la guiaban por los costados varios de ellos portando las cruces de madera, y desde atrás la dirigía el padre recitando las oraciones, cantando la doctrina, tocando la campanita de plata e invitando a todo el mundo. La romería cruzaba calles, plazas, y se detenía en el cruce de las Cuatro Calles, y de ahí arrancaba a la isla del arrabal de Getsemaní hasta detenerse en la puerta de La Media Luna, para que los enfermos de lepra pudieran adorarla desde el otro extremo del puente levadizo,

paralizando así el flujo de personas y de bestias, y después regresaba al circuito amurallado para su primera estación en la plaza del Esclavo por la boca del Puente.

Entonces, los vendedores ambulantes hacían corro en la plaza para el piadoso concurso de preguntas y respuestas entre los criados. La contienda comenzaba entre Ignacio Angola y Alonso Angola, los dos montados sobre su respectivo banco en extremos opuestos, y se preguntaban por los mandamientos, por los deberes, por los misterios, en un castellano bastante pulido, y que despertaba cierta admiración entre los concurrentes.

Así concluía el padre Pedro Claver la estación, felicitando a los criados, y premiando al que supiera del público con una medalla de indulgencia, y al que no supiera, con un golpe de llave en la cabeza.

Subía al banco para sermonear a los concurrentes, y fue en una de esas tardes en que vio a un par de negras detrás del portal de Las Negras como celebrando un chiste. Las llamó y les preguntó el motivo por el que se le escondían hacia el mercado público y las negras, primero rastrillando a propósito el piso con sus babuchas rojas y después luciendo con coquetería el atuendo de las yolofe –turbante, camisión, saya plisada de vivos colores, y flores en las orejas–, contenían sus risas, por lo que las reprendió con la imagen del Infierno, indicándoles los tormentos por los que pasaba esa mujer cuando se relajaban las costumbres en Cuaresma.

–Mirad la forma como se visten estas hermanas –se refirió a las que lo acompañaban en la procesión, sin tocado, con camisa de lana cruda, saya y babuchas desteñidas–. ¡Y mirad la forma como está mi sotana! –se las mostró remendada, descolorida, pegajosa y enmohecida por el polvo de la procesión.



Pero esta vez, el sermón no estuvo dirigido a las negras, sino a una distinguida dama. Era viernes de Lázaro, cuando la distinguida dama hacía gala de su vestuario en la pequeña iglesia...

–¡Disculpe! –se le cruzó el padre Pedro Claver en el trayecto–. ¡No veo razón para que Vuestra Señoría entre con el guardainfante puesto!

La distinguida dama se confundió y no sabía qué hacer, y comenzó a inspeccionarse a sí misma; se miró el armazón hueco que le sostenía la saya guarnecida de oro y plata y que había comprado en la última feria de galeones en la plaza del Mar, se tocó el entramado de alambre de su rico peinado barroco donde lucía trenzas, rizos, plumas, gasa y los pinjantes de perlas, y se palpó el jubón emballado que parecía el peto de una armadura; y sin saber a dónde ir, pues el espacio entre las bancas no se lo permitía por el ancho de su guardainfante, se pegó al muro de la nave lateral donde se arrodilló en el reclinatorio de la capilla del Milagro, como si llevara debajo de la cintura una glamorosa campana de alambre, lo que ruborizó al hermano Nicolás González cuando se le acercó por detrás y le vio por debajo de la cola de la saya la blancura de sus pies y el par de chapines forrados de cordobán...

–¡El padre Pedro Claver me ha insultado! –se le volteó la distinguida dama–. ¡Y delante de las negras!

El hermano Nicolás le pidió perdón por lo sucedido y le prometió arrancarle una disculpa al padre en cuanto se calmara. Cuando se volteó, el padre Pedro Claver lo rechazó desde el confesionario:

–¡Si no vienen vestidas como de costumbre, haré cerrar la iglesia!

Pero las quejas de la distinguida visitante subieron al segundo piso e hizo bajar al entonces rector padre Francisco Sarmiento que, después de haberse disculpado ante la dama, se volteó para regañar al padre delante de todos:

–¿Qué ves de malo en eso? ¡Si ves pecado en ello, para eso tienes el confesionario, o si lo prefieres, el púlpito!

El padre bajó los ojos, aunque por su mente pasaron palabras que podían contradecir el uso del guardainfante y hacerle saber a la distinguida visitante lo horroroso que se veía con ese atavío de los mil demonios, y que más vestirse bien, se veía lasciva, indecente y “embarrigada” con ese aparatoso abultamiento de alambre con el que se podía hasta esconder un embarazo, pero no dijo nada.

Al día siguiente, como a las tres de la mañana, en cuanto el hermano Nicolás González dejó de rezar en la sacristía, el padre Pedro Claver se le acercó para hablarle de la fiesta que tuvo la noche anterior en su solitaria celda, en la que asistieron solamente seres espirituales, y era la reconciliación de los esposos Obediencia y Cristo, la primera hasta hacía poco rebelde con su Amante ofendido...

El hermano Nicolás entendía.

–Ahora –el padre se le acercaba a los pies como un felino–, estoy como Judas a los pies de Cristo...

El hermano Nicolás González se apartó en forma brusca, casi tumbando la veladora del recinto. Le respondió:

–Si es por lo de ayer, sé que a vuestra reverencia le molesta el vestuario de ciertas feligresas, pero debe entender que ese celo puede hacer que ciertas personas no nos vengan a visitar...

El padre Pedro Claver calló por un momento, y con una mirada de tristeza, le prometió que en cuanto la viera se disculparía por lo ocurrido y le diría que su verdadero celo era porque todas vinieran a

cumplir con sus preceptos, aun cuando el vestuario no estuviera de acuerdo con su parecer...

Y se puso el freno en la boca.



“¡Oh, la bella mortificación!”, meditaba las palabras de su maestro espiritual, el hermano Alonso Rodríguez, al rayar la medianoche de ese sufrido Jueves Santo; no había dormido en toda la noche meditando la Pasión, y recordando los consejos de su maestro de que la perfección del alma no solo se lograba con la soberana plegaria, sino también con el dolor infligido a su propio cuerpo. Se despidió del Santísimo en la pequeña iglesia y subió a la celda ansiando los primeros minutos de ese Viernes Santo de luna llena. La lumbre estaba encendida, calentando aún más el estrecho cuarto, y no se recostó en la estera de juncos para descansar, sino para mortificarse aún más con el calor que le producían los cuatro cobertores de lana cocida con que se había arropado.

Encendió la luz de la mesa, leyó un punto del libro del padre Luis de la Puente, un paso del libro del padre Bartolomé Ricci, un comentario del libro del padre Alonso de Andrade y se puso a meditar.

“¡Oh, mi dulce Jesús!”, se decía sobre la lámina del Pretorio, y se anudó la soga al cuello. “¡Quiero sufrir como tú sufriste en la cruz!”, y los ojos se le inundaron de lágrimas. Se había inspirado en los ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola, en los que el alma, esclava del Señor, como en una relación idílica, se unía con Cristo, su verdadero Amante. “¡Eres todo mío y soy todo tuyo!”, y se imaginó los sitios que iba a meditar: el Pretorio, la Vía dolorosa, el Calvario. Oyó las voces de los que insultaban al procurador si soltaba

a Jesús, del prefecto que le pronunciaba la sentencia de muerte y de los ancianos que le reclamaban la sangre de Cristo. “Oh, amadísimo Jesús”, se decía, “¿cuál fue tu delito para merecer tal castigo?”.

Y compungido se quitó la sotana, se flageló la espalda hasta completar los 33 latigazos según la tradición, haciendo titilar la luz de la mesa y llamando la atención de los centinelas del baluarte de Los Cestones. Se decía: “Por los moros... Por los negros... Por los protestantes... Por los ortodoxos... Por los pecadores...”; y cuanto más intenso era el dolor, más teñía de sangre la disciplina. Terminado con el paternóster del paso pasó a la siguiente lámina del libro del padre Ricci, donde Jesús era sometido a la corona de espinas. Se caló una hecha de las ramas de un rosal y comenzó a bajarle el primer hilillo de sangre desde el cráneo. “¡Oh, cabeza ensangrentada!” se decía delante de la lámina y oyó las voces de los que se le acercaban al oído de Jesús para burlarse de su situación: “¡Dios te salve, rey de los judíos!”.

Se quitó los cobertores y desnudo se imaginó pío ante los ojos del mundo. Se puso la sotana, tomó la cruz que había hecho de los materiales de la segunda planta, la abrazó, la besó, y consideró las maravillas que habría de obrar en la salvación... La puso sobre el hombro, como si con ello se hubiera echado la carga de los pecados del mundo. Terminado con el paternóster del paso, se imaginó la Vía Dolorosa y vio a Simón de Cirene más cerca de Jesús que Juan y que la misma María, y se preguntó: “¡Oh, mi amado Jesús!, ¿hasta cuándo estaré yo en este mundo difícil y caduco?”. Entonces, se levantó del piso con la cruz en el hombro, se quitó la sotana y se acercó a la mesa para probar el vino que había preparado con hiel; lo sintió horroroso, tal como lo debió sentir Jesús, y se imaginó el sitio en que lo irían a enclavar, el paso más difícil y estremecedor de todo ejercitante, y que no hubiera

dudado en experimentarlo en su propio cuerpo, cuando lo alzaron en el Calvario y la cruz se bamboleó en el aire...



A las cuatro de la mañana, una luz recorría la segunda planta. El hermano Nicolás González y el rector Sebastián de Murillo espiaban la oración de los internos de celda en celda. Al entrar en la del padre Pedro Claver, el rector retrocedió espantado, casi tumbándole la candela al hermano Nicolás. Este le preguntó por lo que había visto, pero el rector no le quiso decir nada. Pero dos cosas tenía por seguro el hermano Nicolás y era que el padre debía de estar meditando un paso de la Pasión y que el rector no se sorprendía con ninguna posición por extraña que fuera, pues se sabía muchas de santos y hombres piadosos. De nuevo le preguntó:

–¿Será que vuestra reverencia lo vio postrado, crucificado, con la corona de espinas, con la soga al cuello, con el freno en la boca, o levitando?

–¡Lo vi tan postrado, que no tengo palabras para describirlo!



–¡Cristo ha resucitado! ¡Aleluya! –exclamaba la multitud dentro de la pequeña iglesia al concluir la vigilia pascual. Cientos de luces comenzaron a encenderse para celebrar el regreso de Jesús a la vida, como un triunfo de la luz sobre la oscuridad. El pequeño recinto parecía estallar con las voces de los que estaban felices y con el resplandor de las luces. El padre también se animó, encendió su cirio pascual y saludó a todos los que pudo a lo largo y ancho de la iglesia, y a partir

de entonces ya no decía la misa despacio ni afligido, ni revestido con el ornamento más pobre, sino rápido y contento, con el ornamento más rico, el de camelote morado con florecillas blancas, y la casulla de lama blanca, con la que ocurrió un milagro que el hermano Nicolás González guardó para la posteridad.

A las tres de la tarde del mismo día y aún achacoso, tenía una tarea por realizar y eran los espléndidos almuerzos que repartía en el patio enclaustrado entre el frescor de las parras, de las granadas y de los guineos, y con la música de los criados como Diego Folupo, Cosme Biozo y Ventura Cocolí, para todos los que se hubieran ganado la indulgencia de ese tiempo litúrgico. La comida era abundante y variada, cada plato tenía la forma, el olor y el sabor de la región de la donante, fuera vasco, castellano o catalán... Había pucheros, pastelones, caldo de gallina, sopa de perdigón, pasteles, frituras, aceitunas y vino. Habían llegado las libres Úrsula, Bernardina, Margarita y Justina, y otros más que tampoco dejaron de ser los preferidos, y el padre, como si con ello no hubiera acabado aún con las penitencias que se había impuesto para Cuaresma, se sentó en el borde del patio junto con los demás esclavos y libres que no pudieron encontrar un puesto en la mesa...



Era la Cuaresma del año 38, y tres recados salieron del Santo Oficio: el primero, estuvo dirigido al obispo; el segundo, al gobernador; y el tercero, al comandante de La Armada. Con el primero no hubiera tenido ninguna importancia si no fueran por los duros enfrentamientos que había entre la Iglesia y la Inquisición, a los que el propio secretario del secreto Juan de Uriarte allanó el camino colmando de regalos al obispo, como financiándole las correrías por la provincia...



Pasaron los ocho días de ese miércoles mitad de Cuaresma y la ciudad se llenó de gente de todas partes, de las villas, de las estancias, de las islas. Las discusiones se centraban sobre la bandera roja que iría a aparecer en los balcones de la Inquisición, pues se rumoraba la ejecución de un judío en la hoguera. En esos días los familiares del Tribunal pregonaron en bando la salida del próximo auto de fe, al tiempo que resaltaban las buenas intenciones que tenía el inquisidor mayor, don Martín de Cortázar y Azcárate, con ese castigo público, como honrar y glorificar a Dios, y como extirpar las últimas herejías recién descubiertas. Llegó la víspera y ya comenzaban a sentirse las nuevas disposiciones entre la población, pues habría indulgencia para los que participaran, agradecimientos para los que barrieran y adornaran el frente de sus casas, y castigos para los que trataran de sabotear la procesión, ya fuera portando armas, acercándose a la plaza en bestia o en coche, vendiendo comida, tirando basura, tratando de hablar con los reos en la procesión, o gritando al leerse las sentencias.

Al día siguiente la ciudad se despertó con el ruido de los cañonazos y de los tambores de la guarnición. Era jueves, Día de la Encarnación de la Virgen, 25 de marzo, y todas las milicias comenzaron a concentrarse en la plaza de la Inquisición, pero dejando en la mitad una espaciosa calle entre la misma puerta del Tribunal y la puerta de la Catedral. Entonces, la plaza estalló cuando dieron las seis de la mañana desde la Catedral. Los miembros del Tribunal abrieron el portón, y por ahí comenzaron a salir los padrinos y los penitenciados. En la fila derecha estaban los familiares de la Inquisición y en la izquierda los ilustres, y entre los dos la fila de los penitenciados. Delante de ellos apareció el alcaide con el pendón de mando, entre el clamor de los asistentes. Estos se movieron a los lados, presas de la curiosidad, contra el cordón de milicianos que trataba de mantenerlos a raya, y los

que sabían leer, leían en voz alta los datos del penitenciado escritos en el pecho del sambenito, como nombre, condena y sentencia.

Eran doce los penitenciados que salieron a la plaza, todos en sambenito, y a todos derritiéndoseles la vela de los penitentes en la mano, pero algunos llevaban por aparte la mordaza sobre la boca, la soga al cuello o la coraza de las hechiceras sobre la cabeza... Pero lo que más llamó la atención fueron los judíos, en especial el negro que llevaba el nombre del licenciado Blas de Paz Pinto en el pecho. Entonces la multitud empezó a sospechar lo que le había ocurrido hacía un año, su muerte en las cárceles secretas y su entierro en total secreto en la Catedral, y surgió una breve discusión sobre el lugar en que debía de estar su alma, acaso en el Limbo, adonde llegaban los justos del Antiguo Testamento, y en donde más tarde los iría a ascender a los cielos el Mesías cristiano, porque el licenciado De Paz había dejado una estela de obras que nadie dudaría de sus bondades y de su fe por el cristianismo, aparte de que sabía latín y conocía el Evangelio, como sabía organizar las procesiones de la Inmaculada Concepción y de san Antonio por ser el mayordomo de ambas cofradías, decorar los altares y las iglesias según el tiempo litúrgico, coleccionar pinturas religiosas de todos los estilos y formas, y poseer dos agnusdéis de oro bendecidos por el mismo papa Urbano VIII en Roma...

Ya no había duda de que nadie iba a ser relajado al brazo seglar, pues el capotillo de los condenados a muerte, el de color negro con escenas infernales, no lo traía nadie puesto, como tampoco apareció sobre los balcones de la Inquisición la bandera roja. En eso apareció el padre con la limosna de los penitentes y se confundió con su fila en la plaza de la Inquisición. Era la misma que igualaba con la procesión de los flagelantes de Semana Santa por su efecto moralizante y que aprovechó para amonestar al mulato Vicente de Paz por sus reniegos de Dios, a la negra Ana Rodríguez de Villena por sus fétiches para la

felicidad, a la negra Paula de Eguiluz por su unguento de sapo que la hacía volar como las brujas y a los judíos por vituperar la Cruz, ultrajar las imágenes, prestar dinero bajo la garantía de una hostia, en especial al licenciado Juan Meza Rodríguez, que no sabía persignarse y se había limpiado el trasero con una hoja foliada del Santo Oficio, y tuvo intento de arrojarle la bacinilla a las imágenes...





# Capítulo cuatro

LA CASA DE LA MULATA MARCELINA GELIZ ERA DE TECHO bajo, de cal y canto, sin cochera, con una sola ventana a la calle, pero con un patio suficiente para alojar setecientos esclavos a la vez, tanto en las recamaritas donde estaban las literas como en el corral donde pasaban el día. Se encontraba en la empinada calle de Nuestra Señora del Tránsito, frente al convento de Santa Clara, a menos de una cuadra de las soleadas murallas y del reluciente mar Caribe, en el barrio de Santo Toribio.

En ese entonces el padre Pedro Claver cruzaba un costado de la plaza de San Diego, cuando se topó con las repentinas brisas marinas que provenían del norte, del baluarte de Santa Clara. Siguió luchando con la brisa con el sombrero debajo del brazo y los ojos entornados por la arenilla. Pero estaba desencantado, porque el obispo fray Cristóbal Pérez de Lazárraga le había mostrado en secreto la bula que había promulgado el papa Urbano el pasado 22 de abril de 1639, en la que prohibía a los blancos esclavizar a los indios de las Indias Occidentales, sobre todo a los del Paraguay y Brasil, y los

esclavistas le habían pedido su ocultamiento por las repercusiones que podía tener con los negros...

Y absorbo el padre en el comedor de la mulata Marcelina, no se dio cuenta cuando esta se le arrodilló para besarle el anillo de la mano, en un ceremonioso acto de subordinación que no despertaba ninguna duda sobre su propósito, pero que sin querer le golpeó la mano con el collar de largas ristras de piedras multicolores. Salvo los coloridos cuadros de san Sebastián en el zaguán y el de santa Apolonia en el comedor, ambos de estilo barroco, como los espejos de la sala y el despliegue de las cortinas en el estrado, la casa estaba desteñida por el salitre, tanto en el piso como en las paredes, como en las piezas de bronce que desnudaban sus verdosas pátinas. Al entrar en el patio, los perros comenzaron a ladrar y el olor de la inmundicia no lo detuvo ningún instante, pues solo le preocupaba el contacto físico con los esclavos. Entró en la recamarita de los enfermos, donde encontró en el piso a una negra quejándose de un dolor de costado; se le acercó y pudo oír de entre sus quejidos el chapurreo de las palabras Jesús y María. Se alegró de ello, la cubrió con el manto y comenzó a limpiarle el rostro con trapo y vino, y poco a poco le fue identificando las señales de su origen popó: la frente marcada por un arco y una flecha que le llegaba a las orejas. Ya no tenía duda de su origen y llamó al criado Feliciano de los Ríos para que le tradujera las palabras que le iba diciendo, a las que después la esclava se dispuso a contar su vida, por lo que el padre supo que nunca se había bautizado a pesar de haberle expresado gestos de adoración al crucifijo que le había acercado al rostro.

Al otro lado yacía un negro de gran flacura, lleno de golondrinos debajo de los brazos. El padre se sentó en el piso para hablarle por

señas, para espantarle las moscas y lavarle las axilas inflamadas con agua de romero, y por las señales de su casta, frente marcada por un rombo, supo de inmediato su origen bañón.

Un poco retirado, resollaba un lucumí de piel rayada como la cebra, sobre una estera. La mulata le había dicho que no se le acercara, pues tenía el mal de Loanda. Pero el padre se le acercó a pesar del terrible aliento de sus encías podridas, y le pidió al intérprete que le dijera desde la distancia lo bien que le iría en estas tierras si se hacía amigo de ese Señor clavado en la cruz.

Terminado con los enfermos, quemó un poco de incienso en el brasero, y regresó al oratorio para bautizar a la niña que había nacido en alta mar. La nombró Margarita, no tanto porque se refería al nombre de la reconocida santa y mártir, sino porque la vio brillar como una perla entre el lodazal de miseria. Como de costumbre, anotó sus datos en el cuadernillo, nacida frente a las costas de Cartagena, de padres gentiles, bozales, guineos y cautivos en guerras africanas y no en tiempo de paz, sin señales tribales y esclavas que la identificaran como oriunda de Guinea, de piel tirando a pardo... Y ya un poco cansado, se dirigió al armazón de gruesas tablas para atender al resto de cautivos que no dejaban de curiosear por las roídas tablas.



Los esclavos, 710 en total, no dejaban de preguntarse por las intenciones del misterioso visitante. Lo veían taciturno, oscuro con el vestuario, débil con su bastón, pero piadoso en sus gestos, y se preguntaban si acaso él no era el enviado de sus distantes dioses o el Amanse del Dios de los blancos, y si el crucifijo que llevaba en el pecho no estaría habitado por un sinnúmero de espíritus protectores. El padre Pedro

Claver los saludó con la mano extendida, del mismo modo como lo hubieran hecho de nuevo los conquistadores con los indios nativos, y les regaló una bendición al aire, y ellos le respondieron fascinados. Los esclavos estaban encadenados, sucios, el pelo apelmazado y la piel apostemada, y algunos murmuraron la llegada de ese extraño visitante como la salvación de sus penas. Pero al cruzar el corral, el padre tuvo un repentino recuerdo de su vida pastoral: recordaba las quejas de las distinguidas damas porque los hacía entrar en misa en ese estado de miseria, porque los abrazaba en ese estado de suciedad y porque les besaba las heridas sin ningún tipo de escrúpulos... “Sí”, se respondía en la soledad de sus pensamientos, “si bien es cierto que la pureza de un alma está en su blancura, tampoco es menos cierto que debajo de la piel negra se puede encontrar la blancura de esa alma, porque es la culpa, y no el color de la piel, lo que la mancha”.

Cruzó el umbral y comenzó a hablarles en angolo, y los que le entendieron, le respondieron muy ilusionados. Y los criados, trece en total, comenzaron a reproducir el saludo del padre Pedro Claver en 55 lenguas sospechosas de estar allí.

La respuesta fue mayoritaria entre los araráes cuando Feliciano de los Ríos se les presentó en adjá, ewé y fon. Los cautivos se sintieron aliviados por el derrumbe de la barrera idiomática y se pusieron atentos a las palabras que podían oír y a las órdenes que podían recibir, a pesar de contar con el feroz aspecto físico entre los esclavos –cara, pecho y brazos labrados como la piel de un cocodrilo–. De los Ríos comenzó a repartirles merengues y agua fresca, y cuando comenzó a explicarles la importancia de estar vestidos delante del padre, todos los araráes ajustaron sus paños sobre sus partes vergonzosas. Siguieron el ejemplo el resto de naciones, arrastrando sus oxidadas cadenas de un lado a otro, y algunos se atrevieron a mostrarle las heridas que



les había producido el hierro en el cachete o el látigo en el cuerpo. El padre Pedro Claver ordenó a que los desherraran, lo que motivó a que los popóes, los congos, los carabalíes hatam, los sosés y los zapes, conocidos como los esclavos más pusilánimes, se preguntaran por el destino de sus vidas. Uno a uno, Feliciano de los Ríos, Antonio Congo, Thomé Carabalí, Ignacio Sosé y Lorenzo Zape comenzaron a explicarles que en ningún momento los blancos se los iban a comer en un banquete, ni a convertirlos en betún para las naves, ni en aceite para las lámparas, ni en pólvora para las municiones, ni les iban a sacar la sangre para pintar los estandarte de la fe, pero eso sí, los iban a convertir en seguidores de Cristo, nombre que apenas comenzaban a pronunciar. Entonces, el padre, con la ayuda de los criados, comenzó a curarles las heridas con pólvora y piedra de Buga, y las más graves con polvo de tierra de China, y las llagas con sebo y cáscara de cangrejo; a un lado estaban las mujeres, al otro los hombres, todos ellos sentados en bancas, tablas, esteras o simplemente en el piso. “Primero”, pensaba el padre de pie, “les hablaré con las manos haciéndoles gestos de amistad, dándoles regalos, y después les preguntaré por su origen, su casta, su cautiverio, y si recibieron el agua y los beneficios que ella trae, si concientizan para el bautismo”.

Pensando en esa forma quiso terminar la primera parte de su apostolado para un sábado. Primero les hizo levantar la mano para la señal, a quienes les pidió unir el índice con el pulgar. Tardó varias horas en el ejercicio, repitiéndolo todas las veces que podía.

–¡Por la señal! –repetía el padre cansado.

–¡Por la señal! –repetían los esclavos por grupos en su propia lengua.

–¡De la Santa Cruz! –continuaba el padre Pedro Claver.



A los pocos días dos esclavos se le habían muerto. Al primero lo habían enterrado fuera de la urbe, en el muladar de los que no habían recibido el agua; al segundo lo encontró semidesnudo en el piso de tierra, con la boca llena de moscas, las manos entrecruzadas en el pecho en una rara actitud de piedad, y el cuerpo cubierto por el vaho de la putrefacción. Se sentó a su lado para taparle la cara, y lo último que vio del lucumí fueron sus apagados dibujos en la frente, lo que le pareció el momento de rezarle el responsorio. Le roció agua bendita y se lo entregó al carpintero para que le tomara las medidas y a Justina para que lo amortajara cuanto antes.

Esa tarde quiso aprovechar la novedad para explicarles lo que eran el Infierno y el Purgatorio. Los esclavos se acercaron a las imágenes, lo que levantó toda clase de comentarios sobre las almas atrapadas en el fuego. Todos estaban de acuerdo de que la suerte de esas almas dependía de la araña, de la cabra, de la tortuga o de cualquier otro animal que le hubiera llevado a tiempo el último deseo del difunto de quedarse en el mundo de los vivos o en el mundo de los muertos a sus ancestros. El arará no podía entender por qué estaban ahí entre las llamas y no en el reino de Mawu a su lugar de origen, por lo que sugirió el sacrificio de una gallina para que salieran de allí... El mina no creyó en tal sufrimiento porque las consideraba irreductibles a las llamas, imperecederas al tiempo y pequeñas partes del gran espíritu Nyame que el artista quiso impresionar con una trampa pictórica... Pero la discusión se fue más lejos cuando el congo, siempre llamando al padre por el nombre de “patele”, pues se le hacía difícil pronunciar los sonidos de la d y la r de la palabra padre, preguntó por el destino de la otra alma que aparecía en el sueño, y más atrás el carabalí bibí se preguntó por el destino de las otras tres que también le pertenecían al ser humano, la del cuerpo, la del pensamiento y la de la

personalidad... Entonces, la confusión se hizo grande cuando todos querían hablar al mismo tiempo y en su propia lengua, contra lo que el hermano Nicolás González se vio obligado a tocarles la campanilla. Al rato, un lucumí alzó la voz y dijo que el alma de su paisano muerto esa mañana, en esos momentos debía estar cruzando ríos, pantanos y esteros hasta alcanzar el reino de Orún, donde tomaría otro nombre, Changokoya, con el significado de poderoso espíritu guía de Changó, lo que exasperó el ánimo de los demás esclavos que también querían hablar sobre sus propias historias...



Al otro día, pasó a explicarles los misterios.

–He aquí el primero, el de la Trinidad –les dijo, quitándose la capa por encima del hombro–. ¿Qué veis aquí?

–¡El manteo del padre Pedro Claver! –clamaron las voces a los traductores.

El padre, con la capa abierta, comenzó a doblarla en tres partes iguales. “Este es el Padre... Este es el Hijo... Este es el Espíritu”. Y desplegándola en el aire, dijo:

–¡Así es el Dios de los blancos! ¡Tres personas distintas y un solo Dios verdadero!

Hizo repetir el ejercicio entre los cautivos. Varios de ellos lo repitieron encantados, probándose la capa sobre los hombros, como si estuviera impregnada de magia, y porque al menos estuvieron vestidos como a la española por unos instantes.

–Pero Mawu-Lisa no está dividido en tres partes –le dijo el arará, después de medírsela en los hombros, después de doblarla en dos partes, una para Mawu y otra para Lisa, aun cuando dudara de

su verdadera naturaleza, para algunos gemelos de uno y otro sexo, para otros hermafroditas.

Y todos los esclavos quisieron experimentar con la capa, preguntándose por la naturaleza de su propio Dios, también invisible, hacedor del universo y dueño del destino, aunque no se le adorara, ni se le rindiera culto, ni se le levantara altar, y tuviera diferentes parentescos con los demás dioses, pero capaz de mandarles un sol inclemente como el de esa tarde, por lo que el padre se vio obligado a callarlos.

El mandingo, bastante serio, y viendo en esa diversidad de nombres las distintas formas como se podía llamar al Altísimo, pidió al intérprete que le tradujera los 99 nombres con que el Corán se refería a Dios y que enumeró de memoria. Y todos miraron hacia arriba, hacia las primeras manifestaciones de lluvia. El mina buscó de entre las nubes el misterioso taburete de oro que los haría unir en una sola nación ashanti libre, mientras que el congo le fabricó a Nzazi un nkisi, y recomendó el encendido de una fogata para mermar el parpadeo de los relámpagos. En eso corrió un ventarrón por encima del patio, doblando los árboles y arrastrando la hojarasca del vecindario, lo que hizo levantar un clamor entre los esclavos, sobre todo entre los lucumíes que bufaron un raro sonido por las aletas perforadas de sus narices. El padre Pedro Claver trató de meterlos en las recamaritas de barro, pero en ese instante los bambaras, sintiéndose en la necesidad de alabar a los espíritus de las aguas lluvias, treparon al cocotero para fabricar con sus hojas sus propias máscaras. Entonces, hombre y mujer, por pareja, comenzaron a bailar con sus máscaras en forma de V, imitando los saltos de un antílope, ululando y batiendo palmas, y arrastrando la atención de todo el almacén. Al caer las primeras gotas de lluvia sobre el techo de palma que resonaba y removía el aroma de la tierra húmeda, trajo alegría a los esclavos, que para algunos era la

saliva de Dios, para otros la orina, para los biozos el momento de enterrarla bajo tierra en una totuma, y para los lucumíes el momento de levantarle un altar a Gwalu y celebrar el milagro de esa agua dulce y fresca que hasta ese momento no habían probado desde que salieron de sus tierras y que comenzaron a disfrutarla con la boca abierta...



Al día siguiente pasó a explicarles el segundo misterio, el de la Encarnación en María. Todo el mundo se aproximó para ver la lámina de la Virgen y el Niño, y quedaron encantados por la maternidad de esa imagen que en cierta forma satisfacía los deseos de toda pareja africana de tener hijos; el carabalí bibí se abrió paso entre el tumulto, como con ganas de discutir, y le pareció ver en esa imagen a Ison y Abasí, y contó la historia de Ison, diosa de la fertilidad y de la Tierra, que también tuvo a Abasí sin conocer varón, y sin perder la virginidad. Y se fue armando un alboroto entre los carabalíes brichi y bibí, este le dijo al otro que no se pavoneara de esa historia porque sus dioses se regían bajo el mandato de Chukwu, lo que obligó al hermano Nicolás González y a los criados a separarlos, y al padre a callarlos con la estampa del negro deforme entre las llamas del Infierno.

—¡Así terminan las almas de los negros que no hacen caso! ¡Y mirad lo horrible que se ve el gran espíritu malo de los blancos al otro lado!

Todos quedaron callados, cuando algunos creyeron que las llamas de ese sitio era la réplica del armazón en el más allá. Aprovechando la quietud de los esclavos, el padre Pedro Claver les preguntó por la forma como debía ganarse el Cielo, a lo que los angolos, los primeros en responder, dijeron que subiendo por una cuerda desde un árbol, o en el lomo de una araña...



A los pocos días, comenzó a hablarles acerca de las virtudes espirituales. Les había explicado lo que era la Fe, la Esperanza y la Caridad. En la primera les habló de la existencia de un camino sin calles, sin senderos, sin señales, pero que era posible transitar en él con ciertas instrucciones. Lo mismo sucedía con el mar, sin ruta, sin señales, pero que trazada en una carta de marear era posible llegar a puerto seguro. ¿Esperanza? Era la confianza que debían tener para llegar a tierra aun cuando la nave zozobrara. ¿Caridad? Era el amor que se le debía tener a Dios, al prójimo y a sí mismo. Y para llevarlo a la práctica, hizo que el mina-ashanti se reconciliara con el mina-fanti; el lucumí con el arará; el carabalí bibí con el carabalí brichi; el mandingo con el fulbé; el berbesí con el yolofe; el nalú con el biojó; elocolí con el sosé; el bañón entre sí, pues, sobre estos últimos, la mayoría de ellos se habían denunciado ante su propio rey Casamanza que los cautivó y vendió a los blancos.

Y fue en una de esas tardes lluviosas en la que apareció el capitán Antonio de Subiza como con ganas de acabar la confianza que tenía el padre con los esclavos.

–¿Qué pasa aquí –le reclamaba el caballero de la orden de Santiago, delante del mayordomo y de la mulata Marcelina, y sacando el pecho a través de la gruesa capa escarapelada con la cruz roja de su Orden–, vuestra paternidad todo el tiempo de pie o sentado en ese odre vacío y maloliente y sin ninguna autoridad, mientras que estos malditos perros negros –desenvainó la espada dorada de su combativa Orden, obligándolos a arrodillársele y a besarle los pies– sentados en esas sillas altas con apoyaderos?

–Lo que pasa, excelentísimo señor –le respondió el padre Pedro Claver a su compadre, devolviéndole el mismo tratamiento de nobleza como cuando él lo trató de vuestra paternidad–, es que estos son

los verdaderos dueños del negocio y no mi persona como lo cree la gente. Si no fuera así, ellos no tendrían autoridad sobre los esclavos bozales, y los bozales no creerían en la palabra que me irían traduciendo de mí.



Siendo sábado, los convocó para el bautismo al pie del higuerón. Y toda la atención se centraba en el luminoso collar de la mulata Marcelina, como en su exquisita argentería en la camisa. Los postulantes, afeitados, motilados y lavados, llevaban los mejores vestidos que les consiguieron de caridad –camisa de estopilla, zaragüelles y babuchas–; y las postulantes, también lavadas y con el pelo al rape –camisa de plantilla, saya del mismo color de la tela y babuchas–. Al otro lado estaban las yolofes y las mandingas vestidas más allá del sobrio vestido de sus compañeras de almacén, pues lo habían teñido, y se habían empolvado y untado la cara de afeite y aromatizado con agua de romero, y adornado la cabeza con turbante y las orejas con coral. Sin embargo, el padre se alegró de ello y, después del padrenuestro, comenzó a explicarles la alegría que le producía al hombre blanco cuando un negro se bautizaba con fe y les mostró el cuadro en el que un padre de la Compañía bautizaba a un negro con la sangre de Cristo que le manaba de un costado en la cruz, mientras que al otro lado estaban los reyes, los emperadores, los papas y los cardenales aprobando el acto...

–¡Así es como los quiero ver! –y mandó a traer el agua que habían traído del pozo de la plaza de San Diego para explicarles que esa solo servía para los menesteres de la casa, para lavarse las manos, para bañarse y para regar las plantas, mientras que la otra, la que tenía en

el altar, en la jarra de plata, era la única que les servía para limpiarse del pecado. Luego les preguntó quién estaba arriba.

–¡Dios! –respondieron todos levantando la mano al mismo tiempo, algunos sin poder pronunciar bien la palabra en castellano.

Después les preguntó si querían ser moros, gentiles, bárbaros, hijos del demonio, y siguió explicándoles la forma como debían cambiar de creencia, desprendiéndose de todo lo que les representaba su pasada vida, y tomó de ejemplo la serpiente que se desprendía de su vieja piel cada cierto tiempo, y se pasó la mano sobre su propio cuerpo, arrancándose imaginariamente la piel.

Y no contento con el ejercicio, se acercó a cada uno de ellos para verificar la sinceridad de sus actos. Preguntó al carabalí por qué se cortaban los dientes, a lo que respondieron que para diferenciarse de los caballos que comían con todos los dientes, y para parecerse más a los cocodrilos que comían con los dientes afilados...

Al padre no le agradaron las respuestas y prefirió callar. Pidió a los esclavos que no creyeran más en fetiches ni adoraran animales, plantas, termiteros, ojos de agua ni piedras de ninguna clase, porque para eso estaban los santos como los únicos intercesores para llevarlos a la gloria eterna. Que tampoco creyeran en el mosquito, en la araña, en la cabra como mensajeros de dioses, ni en el cangrejo habitado de espíritus, ni en la brujería, ni en la hechicería, ni en los sortilegios, ni en los oráculos, ni creyeran que conservando los huesos de los animales y de las personas les traían suerte, ni hicieran sacrificios ni libaciones a sus dioses, ni practicasen ningún tipo de rito, ni creyeran que comiéndose la carne de un animal ganaban sus atributos, ni honraran a sus muertos con cantos, bailes y lloros, ni se marcaran la piel, ni se perforaran las orejas, la nariz, ni se estiraran los labios y el cráneo, ni se afilaran los dientes como los tiburones,



ni anduvieran, ni miraran de esa forma, ni le hicieran caso a los tambores de los cimarrones que por las noches los incitaban a la rebelión desde el otro lado de las murallas como en los tiempos de Domingo Biojó. A la comadrona lucumí le dijo que el mejor nombre que pudo recibir la recién nacida era Margarita, porque, aparte de ser hermoso y provenía de la exquisita lengua latina con el significado de perla, recordaba el dolor de esa santa mártir llamada así, y no Aina, como le había sugerido, y que en yoruba significaba: “Niña nacida con el cordón umbilical alrededor del cuello”; ni Nwakasi, como lo había sugerido la carabalí brichi, aunque ese nombre le hacía recordar el nacimiento de esa niña como el regalo más precioso que toda mujer podía recibir de arriba; ni Chukwuemeka porque Chukwu fue generoso con ella después de verla sufrir en el parto; ni Ajua, como lo pidió la mina, porque había nacido lunes; ni Amaka porque era hermosa; ni Abeni porque era menuda y graciosa; ni Donyen porque era bella; ni Fátima porque recordaba a la hija de Mahoma; ni ningún otro nombre que tuviera que ver con sus raíces.

En un acto de total purga, decomisó toda la parafernalia que habían acumulado los esclavos en el almacén: talismanes, fetiches, rosarios de musulmán y rosarios de Ifé, esterillas para la oración, máscaras, piedras, cáscaras de huevos, conchas de tortuga, huesos de animal, muelas de cangrejo... Entonces, ante esa pila de cosas le echó fuego. Después les mandó a borrar toda la caligrafía árabe y todos los símbolos ashanti que habían pintado con carbón en la paredes y en las tablas del almacén...

Pero el jefe de los mandingos se llenó de ira y pidió la palabra:

–Mi verdadero nombre es Abdalah –proseguía–, que significa “servidor del Señor” en la lengua de Alá, y no lo voy a cambiar por

ninguno otro... En cuanto a la adoración de Dios, debe realizarse directamente a Él y no a través de intermediarios –se detuvo mientras le terminaban la traducción–. En cuanto al primer misterio –alzó la voz–, ¡no creo que Dios esté dividido en tres partes! –y guardó silencio por un rato–. En cuanto al segundo misterio –se agarró la barbilla con vehemencia–, particularmente pienso que Jesús fue en un gran profeta, que en Él sea la paz, hijo de la mujer más pura de la Creación, puesto en el vientre de María, como pusieron a Adán en el Edén... En cuanto a los misterios de la Pasión, creo que Jesús, que en Él sea la paz, no tuvo necesidad de morir en esa forma, sino que ascendió a los cielos para su regreso al final de los tiempos...

Pero nadie se atrevía a hablar, y los berbesí, los yolofes y los fulbés, los esclavos de buena ley, como si el olor del chocolate los tuviera desesperados, abandonaron la posición del mandingo y se decidieron a bautizarse. El mandingo, aún más contrariado por la soledad de su discusión, acusó a sus antiguos compañeros de renegados circuncisos y dio un paso adelante para exclamarle al padre su artículo de fe:

–¡No hay más divinidad que Alá y Mahoma es su mensajero!

Después de haberse hecho un corto silencio, el padre Pedro Claver comenzó a llamar por señas a los que querían bautizarse, a los que les hizo formar una fila, una de hombres y la otra de mujeres, y por tandas de diez, les decía el nuevo nombre que iban a tomar, teniendo de padrinos los criados y el mayordomo del almacén... Atrás iban quedando nombres tan familiares entre los esclavos como Ozo, Emeka, Ifasen, Rapuokwu, Kojo, Ndingo... Entre las esclavas, como Kaka, Chinwemma, Amele, Nowa, Chi-Chi, Kona... Para luego llamarse entre los hombres Antonio, Francisco, Ignacio, Domingo... Y entre las mujeres María, Isabel, Catalina, Magdalena... Cuando recibían el agua, los unos con los

otros ensayaban el nuevo nombre que apenas sabían pronunciar entre risas y bromas, mientras recibían del hermano Nicolás González la medalla de plomo, en una cara la imagen de María y en la otra de Jesús, como si con ello se hubieran ganado el verdadero pasaporte que los ayudaría a convivir con los blancos en el mayor puerto negrero de las Indias Occidentales...

Un mandingo, aun moliendo el nuevo nombre en su conciencia, no quiso desayunarse hasta saber el resultado de su libertad; no la que ganó espiritualmente, le decía, sino la que ganaban los cristianos cuando eran apresados en sus tierras y abrazaban la fe islámica. Al padre le agradó la pregunta y puso su atención en el canto de un pájaro cerca de las ramas de un higuerón.

–¿Qué ves en esa jaula?

–Un pájaro cantando –le respondió el mandingo.

–Ese pájaro me recuerda al alma humana que, estando aprisionado dentro de su jaula, sin embargo canta y canta hasta sentirse libre de los barrotes que lo aprisionan...

Todos quedaron callados.

–¿Y cómo se pueden romper esos barrotes a punta de canto? –le preguntó de repente el mandingo con cierta picardía en sus palabras.

El padre sonrió y todos vieron cómo la criatura trinaba con más fuerza desde la jaula. Pero el mandingo trató de adelantarse a la respuesta y le dijo:

–No quiero que me digáis, “Dios creó al negro después del blanco para que lo ayudara en los quehaceres...”

El padre sonrió, y mirándolo a los ojos, le dijo:

–Solo hablo del alma humana aprisionada en su cuerpo.

Para llegar al despacho del gobernador don Melchor de Aguilera, en la plazoleta del Cabildo, solo era cuestión de recorrer las dos

cuadras y el costado de la plaza de la Inquisición que lo separaba del claustro en el mismo barrio de Santa Catalina. Entonces, el padre Pedro Claver se identificó en la arquería delante de los maceros, cruzó el espacioso zaguán, dio con el aljibe del patio central cargado de lluvia, y subió por la empinada escalera con la ayuda del hermano Nicolás González entre largas pausas. Llegó agitado, con el corazón acelerado, y se secó el sudor de la cara antes de entrar en el despacho. Lo recibió el primer mandatario que le besó la mano, a lo que el padre permitió con cierta amargura.

–Es un honor teneros en mi despacho –le dijo el mandatario todo sonriente y delante del dosel nunca visto antes, coronado por las mejores sedas de oro y de plata levantinas, y que lo acreditaba como el gobernador de la ciudad y provincia de Cartagena de Indias, el guardián de la más importante Llave de las Indias, la Llave del Reino de la Nueva Granada, del Chochó y del Darién.

Lo invitó a tomar asiento y el padre, con el sombrero debajo del brazo, se sentó en una silla de apoyabrazos, no sin dejar de curiosear la armadura de par y nudillo con que estaba hecho el techo de teja roja. Juntó las manos y no le respondió a las palabras del jefe de la plaza de que en realidad era el único santo viviente que se desvelaba por la suerte del negro, y el único que podía hacer regresar a los muertos al mundo de los vivos. No solo lo aduló por los milagros atribuidos a él, sino que se comprometió a olvidar el incidente que tuvo con uno de los padres de la Compañía que se había metido en los asuntos del siglo ayudando a escapar de la horca a un negro moro por el asesinato de un esclavo negro, en complicidad con los franciscanos que lo ayudaron a escapar de la plaza del Esclavo a su convento en el arrabal, contra lo que no pudo hacer nada a pesar de haberlo sitiado por mucho tiempo y contar con todos los recursos de una plaza fuerte.

—¿Qué le atrae a vuestra paternidad estos lares?

El padre percibió el cinismo de sus palabras cuando él debía saber el motivo de su visita, pues fueron muchas las peticiones que le había dirigido el Colegio para que le permitiera la asistencia espiritual a un condenado a muerte en las cárceles reales a punto de ser ejecutado esa misma mañana; y diciéndole el padre que la palabra “paternidad” solía guardarla en el bolso que llevaba debajo del manteo, y que esta vez no venía a defender a su inoportuno compañero de apostolado, ni a pelear con el despacho por la demolición de la segunda planta del claustro por orden del rey, sino a que le permitiera la asistencia de dicho reo en capilla, cuyo nombre nadie se atrevía a pronunciar por su nobilísima condición.



Pero antes de regresar al claustro, el padre Pedro Claver entró en las cárceles reales para darle las nuevas al condenado a muerte. Al menos eran buenas, pues el gobernador don Melchor de Aguilera aceptó conmutarle la pena de morir en la hoguera por la de morir en el garrote y al día siguiente. Le dejó, para su último día de vida, un libro sobre el bien morir, otro sobre la confesión, aparte del rosario, la corona de espinas, la disciplina y el cilicio. Al día siguiente, entró con el hermano Nicolás González y lo primero que percibió de las cárceles fue el rancio olor de los orines trasnochados. Era el olor de las bacinillas sin recoger, lo que no le impidió cruzar el único corredor de las cárceles reales. Las celdas perdieron su quietud cuando lo vieron pasar, pues lo llamaron para implorarle un favor, para que les consiguiera un abogado de oficio, o simplemente para que les dijera unas consoladoras palabras.

En ese momento, el alcaide de las cárceles apareció en el soleado corredor delante de los maceros y se dispuso a saludarlo con la mayor de las efusividades; era el capitán Vicente de Villalobos Tovar, conocido como el “Bargel”, y se le acercó para besarle la mano, aunque fuera de manera simbólica.

El padre cruzó el corredor con él y llegó a la única celda de los condenados a muerte en el fondo del patio; la puerta se aflojó con el quite de las cadenas y el quejido de los goznes. Adentro, todo estaba en penumbras, y el reo se puso de pie para que le amarraran las muñecas.

–¡Que Dios os dé un buen día! –lo saludó el padre desde el vano de la puerta.

Entró y lo cogió por los brazos. Adentro, aún se respiraba el olor de los desechos humanos. Los dos salieron como viejos amigos por el corredor y entraron en el pequeño oratorio para la gran confesión. El perilustre reo, compungido, empezó a desahogarse con el padre y le habló de los libros que leyó, del rosario que empleó, de la corona, de la disciplina y del cilicio que se aplicó, y le siguió hablando de las cosas que había aprendido en el umbral de su vida y que tomaron otro cariz a la hora de la muerte...

El padre Pedro Claver lo felicitó y le pidió que se mantuviera así hasta el final, porque la muerte no era otra cosa que un rato de oscuridad, o la caída una estrella por el Poniente, o el término de un viaje, o la salida de una cárcel, o el fin de un destierro...

Al cabo, el perilustre reo perdió el control de sí mismo y se puso a recordar, sollozando, los seres que iba a dejar y el mal momento en que le entró la codicia en su corazón, por lo que el padre tuvo que calmarlo, diciéndole lo dichoso que sería la persona si supiera el día y la hora de su muerte porque incluso le daba tiempo para arreglar las cosas, y que no quedaba otra opción que estar agradecido con

Dios por la corta vida que le dio y con la Iglesia por la oportunidad de salvarse.

Le pidió que le besara el crucifijo, porque ese madero era el que lo iba a sacar de la gran borrasca. Enseguida, lo preparó para la confesión y le pidió no acordarse de nada ni de nadie que le molestara. Al final, lo absolvió y le entregó el boletín de confesión.

De regreso a las cárceles reales, por la tarde, lo preparó para el suplicio. El corredor se llenó de funcionarios y de reos que no dejaban de llorar cuando lo revestían con la túnica de pintas moradas y le ataban las muñecas con la soga. El hermano Nicolás González no soportaba la escena y tuvo que apartarse en un rincón para llorar a solas. En ese tiempo, el padre no dejaba de mostrarle el retablo de la Virgen María y pedirle resignación.

Afuera, la plazoleta estaba atestada hasta en los balcones. El padre Pedro Claver salió junto con el hermano Nicolás González que no dejaba de echar agua bendita por los lugares donde debía pasar el perillustre reo. Un suspiro soltó la multitud cuando lo vio aparecer con los ojos bajos, y un clamor cuando lo subieron en el borrico de albarda. Tenía enfrente la puerta del Perdón de la Catedral y el reloj de sol que daba las cuatro en punto; cabizbajo, el perillustre reo se dejó arrastrar por la multitud y por el pregonero que arreaba la bestia y que no dejaba de gritar por la calle: “¡He aquí al ilustrísimo reo con pena de muerte por haber falsificado monedas!”. Llegaron a las Cuatro Calles, donde hicieron una breve estación sobre la brevísima calle del Esclavo, y bajaron a la plaza del mismo nombre donde se le agregó la gente del arrabal por el puente de San Francisco. Como las normas obligaban a que los reos condenados a muerte fueran expuestos el mayor tiempo posible al escarnio público, la procesión continuó por la travesía del mercado, hasta llegar al Mercado

atestado de gente en los balcones del portal de Los Mercaderes y en los parapetos del baluarte de San Pedro Apóstol. Entonces, el perillustre reo se vio obligado a pronunciarse sobre su propia pena delante de todos, y a arrepentirse por las cosas que había hecho sobre todo al rey, y de ahí siguieron a la puerta del Boquete donde se le agregó más gente del arrabal por el caño de La Matuna; y haciéndose la procesión más grande, dobló por la calle del Boquete donde se le agregó la gente del barrio de Santo Toribio, y dobló de nuevo a la izquierda por la calle de la Moneda, donde hicieron una breve estación frente a la casa donde el perillustre reo acuñaba las monedas para el Nuevo Reino de Granada, como si con ello lo estuvieran obligando a recoger sus últimos pasos. Sin embargo, el recorrido se extendió con siete calles más hacia el noroeste, hacia la parte más rica de la ciudad, donde se concentraban los balcones más grandes del barrio de Santa Catalina, dejando atrás la ceca y el barrio de San Sebastián, y pasaron por la Catedral, por el Cabildo y por la plaza de la Inquisición, y en la esquina de las Casas de Inquisición, con el sol en reposo, el perillustre reo recibió una rociada de agua bendita del hermano Nicolás. Continuaron por la calle de Nuestra Señora de la Barquera, la más corta de todas las calles, y el reo no sabía si su cabalgadura era o no señorial sobre una calle llena de gente ilustre. Tomaron la calle de Nuestra Señora de Guadalupe, teniendo de fondo la muralla del baluarte de Santo Domingo, y el reo, deseando el momento en que la tierra se lo fuera a tragar, cayó desfallecido sobre el cuello del animal, lo que hizo suspender el patético himno de la muerte. El pregonero lo ayudó a enderezarse sobre la bestia, y el padre Pedro Claver, a pocos pasos del reo, le pidió que le besara el crucifijo, y que gozara de los vituperios, de los baldones y de las afrentas que pudiera oír en el camino.



El perillustre reo lo besó desde la cabalgadura, delante de todos, sin perder el color de la vergüenza, y nunca creyó que su causa fuera a arrastrar a tanta gente, ni aun cuando se dieron los autos de fe de las brujas y de los judíos hacía poco tiempo, ni cuando las iglesias se llenaban los Jueves Santo, o cuando se daban los pecaminosos carnavales. Sin embargo, el padre lo animó, refrescándole la cabeza con agua, y dándole otro pedazo de galleta con vino para que no se fuera a desmayar.

En eso apareció el bargel que dio la orden de continuar. Entonces, cruzaron por la abovedada puerta del baluarte de Santo Domingo, conocida como la Puerta del Sol. Era la única salida que tenía la urbe por el Poniente y hacia la península de Boca Grande. Al otro lado, y en contra de los relucientes muros del fuerte, estaba el pequeño suplicio, y frente a este, el cuarteto del Colegio y la tribuna. Ésta estaba llena de gente noble y de la clerecía, de gente que esperaba con ansiedad la llegada del perillustre reo. En eso apareció el reo y toda la tribuna se puso de pie, y los que estaban arriba de las murallas, se sentaron sobre los merlones y los cañones. El cuarteto calló su música, mientras lo bajaban del borrico. El padre dirigió las oraciones desde el suplicio, y al final el hermano Nicolás González roció con agua bendita al condenado, y al garrote como instrumento de la muerte. Toda su grandeza no estaba en el tamaño, sino en su estructura, de gruesos palos y sin ningún tipo de pulimento sobre la superficie, como para que el condenado no pudiera gozar ni de la más mínima comodidad en la silla. Entonces, el bargel leyó la sentencia contra la brisa que le hacía volar el papel, y al final dio la orden de ejecución. El padre Pedro Claver se le acercó al condenado para consolarlo, para que le besara el retablo, pero este no podía corregir su temblorosa y torcida boca. El sol le hería los ojos, y nadie de la tribuna pareció buscarlo con la mirada.

A pesar de todo, no tenía los gestos de un delincuente común, por lo que nadie se atrevió a insultarlo ni a arrojarle piedras o frutas. El padre le secó la cara con el pañuelo y le remojó otro pedazo de galleta. Se volvió:

–¡Ojalá pudiera irme con vuestra señoría al Cielo!

Después se volteó para entregarle al hermano Nicolás González el manteo y el sombrero que parecían despedazarse con la brisa. Quedó en sotana, mostrando sin pudor su descolorida y remendada tela, lo que motivó al superior de la orden de los dominicos a que todos sus miembros tomaran de ejemplo esa escena sin par. Comentó:

–¡Esto es ser un religioso de verdad! ¡Un verdadero operario de la igualdad y la humildad!

El bargel pidió silencio, a lo que surgió un breve toque de tambor que mantuvo en suspenso a la audiencia; en eso apareció el verdugo a caballo, aparentemente retrasado, levantando tras de sí la arena de la playa con los cascos del animal, pero nadie se atrevió a aclamarlo. Todo en él era rojo, la capucha, el traje, los zapatos, incluso los ojos que parecían estar inyectados de sangre. Se acercó al condenado con la señal de la cruz, y lo sentó en el suplicio en medio de un silencio total. Al cabo, el tambor dio la orden de ejecución y el padre Pedro Claver, a pocos pasos del condenado, le recogió las últimas palabras sobre la forma como lo debían enterrar –vigilia cantada por doce capellanes, ataúd alquilado, con la gente más pobre y los esclavos atrás–, y sobre la forma como le debían repartir la ofrenda a los lazarinos –pan, aceite y vino– para que con sus oraciones, las más conmovedoras cuantas pudieran ascender de sus labios, lo ayudaran a salir cuanto antes de las penas del Purgatorio...

Resonó el tambor y el ejecutor, detrás del reo, le cubrió la cabeza con el capuchón. Le rodeó el cuello con la cuerda y se la fijó al palo

que sobresalía del espaldar de la silla; el padre, con las manos juntas, se apartó hacia atrás. Subió la tensión, al parecer el ejecutor tenía problemas con las cuerdas que se le zafaban cuando le daba la vuelta al torniquete. Corrían los segundos, se hizo el minuto, todo se había vuelto una eternidad. De repente, el grito de ahogo, y la cabeza del condenado hacia adelante, como la de un muñeco desnucado, pero que para sorpresa de todos, esa misma cabeza cubierta por la bayeta de repente comenzó a toser... El padre se le acercó para auxiliarlo y le levantó el grueso capuchón, y todos vieron ese horrible rostro amoratado como un lirio, y esa gruesa lengua a punto de estallar en la boca. Sin embargo, el padre Pedro Claver lo reconfortó y le pidió que se entregara de nuevo a la muerte y que tuviera cuidado con las trampas que solía tender el diablo en esos instantes, pues era astuto y le podía prometer más años de vida y más bienes de los que nunca pudo tener, y que para contrarrestarlo, debía llevar siempre en la mente la brevedad de esta vida y la eternidad de la otra.

El perilustre reo recuperó la compostura y sintió dentro de su túnica el boletín de confesión que le había hecho el padre en el respaldo de una estampa de Mateo, patrón de los financistas, lo que lo llenó de consuelo. Vio por última vez a los músicos del Colegio que le iban a cantar el responsorio y se los imaginó cantándoselo durante el velatorio, y cuando le cubrieron la cabeza con la bayeta probó por última vez el salado de la arena en la boca...

Pero todo era silencio, y algunos no soportaban la escena y miraban con terror al mar y a la caída de la tarde, pero otros, por el contrario, abrían más los ojos para tratar de capturar ese brevísimo instante en que el alma del condenado partiría para siempre del cuerpo que le daba alojamiento.

Tras el segundo intento, el padre Pedro Claver lo preparó de nuevo para la muerte. Mientras se prepara el verdugo le decía:

–Cantad conmigo el “Miserere mei Deus...”.

–¡Cuidado, padre! –le gritó uno de los dominicos desde la tribuna.

Entonces, el padre se volteó:

–¡Hermano, si estoy obrando mal consolándolo, al menos no lo estoy salvándolo de una mala muerte!

Solo en el cuarto intento, después de que le habían atado el pecho y las piernas, el perillustre reo dejó de existir. El verdugo se dirigió al bargel para anunciarle el cumplimiento de su deber y este, para verificarlo, se acercó al desnucado cuerpo para llamarlo tres veces por su nombre. Entonces se volteó al público para hacerle anunciar que se había hecho justicia en nombre de su majestad Felipe IV y se acercó a la tribuna para recibir las felicitaciones de los que se alegraron por la ejecución. Les agregó:

–¡Creo que el supliciado con la asistencia del padre no tuvo necesidad de ir al Purgatorio ni por un cuarto de hora!



# Capítulo cinco

COMO PRESAGIO DE MALOS TIEMPOS, LA POBLACIÓN SE acostó con el despertar de un terrible eclipse para la madrugada. La noche había sido calurosa, con cielo cerrado, pero con la diferencia de que el Sol iba en pos de la Luna sobre el relumbrante Poniente...

Al amanecer, los trasnochados ojos se fijaron en la naciente constelación Escorpio que empezaba a opacarse con la luz del nuevo día junto con su principal estrella, Antares. El terror crecía con los minutos, como si se acercara el Juicio Final, y a la media hora surgió la Luna con los cuernos a un lado, tapando al pálido planeta Mercurio, y no pasaron cinco minutos cuando surgió el Sol con su imponente luz, posándose sobre el lomo de la Luna...

–En cierta forma el mundo es un huevo –les explicaba el padre Pedro Claver a los criados cuando le preguntaban sobre la conformación del sistema ptolemaico en el universo–. Siendo la Tierra el centro de ese mundo, las nubes vienen a ser como la membrana de esa yema, y encima de esta vienen las otras esferas, las que emplean ciertos cuerpos para su recorrido circular, la Luna, Mercurio, Venus,

el Sol, Marte, Júpiter, Saturno, el Zodíaco y la esfera más importante de todas, la que da el movimiento a las otras, el *Primum Mobile*...

Sin embargo, la preocupación ya no era entre los criados porque el Sol se iba a engullir a la Luna, sino entre los religiosos que veían en el fenómeno la intervención divina en los asuntos de la Corona, como la rebelión de Cataluña, la separación de Portugal, la revuelta de los Países Bajos, el levantamiento de Italia, pero, sobre todo, la escasez de plata para financiar las guerras del rey en Europa, pues no había naves que la transportaran a la Metrópoli... Entonces, el padre Juan Manuel, a pesar de su carácter irascible, y el padre José de Urbina, calmado y devoto como su hermana doña Isabel, pidieron silencio a los concurrentes y pusieron su atención sobre el primer instante de conjunción de los dos cuerpos a punto de eclipsar en una tenebrosa oscuridad... El padre De Urbina, valiéndose de un astrolabio, de un compás, de un papel y de un reloj de arena, empezó a explicarle al escribano la posición astronómica del evento con respeto al entonces meridiano de Toledo, haciendo que los criados se sintieran aún más confundidos con la terminología numérica y se retiraran de la plataforma del baluarte de Los Cestones, al pie de la adormilada bahía de Cartagena de Indias.

El padre Pedro Claver comenzó a calmarlos:

–No se trata del mundo que inventaron sus dioses, como el de Mawu-Lisa, con la figura de una gran serpiente enroscada, o el de Olorún, cuyos inicios se dieron en la Casa de Adobe, sino el de Claudio Ptolomeo en comunión con las Escrituras...

Estaba contento, porque era otra forma de catequizar a los esclavos, lo que últimamente lo había entristecido, desde que había mermando el tráfico de esclavos por la guerra de separación de los portugueses, y el padre general Muzio Vitelleschi le había rechazado la propuesta de trabajar con los negros en los puertos africanos.

De repente, la ciudad se llenó de voces: desde los patios los esclavos gritaban contra la sombra que se agigantaba sobre la Tierra, y hubo quienes se arrodillaron, quienes pegaron la frente en el suelo, quienes se dedicaron a aporrear las baterías de cocina, quienes se lanzaron a los panderos y tantanes, y quienes azuzaron a los perros... Los congos comenzaron a tocar sus tambores, mientras que los mina-ashanti se dieron a la tarea de aplaudir y los mandingos de incitar a los suyos a que cantaran y bailaran para ganar la misericordia de Alá...

Entonces, el padre Pedro Claver les preguntó a los criados el porqué de esa algarabía desde los alrededores de la urbe, a lo que le respondieron que los araráes lo hacían para celebrar la venganza de Liza sobre Mawu que la había engañado convirtiendo sus hijos-estrella en peces; los mina-ashanti, para festejar el amoroso encuentro de sus dioses; los angolos, para ahuyentar la tenebrosa sombra que les traía desgracias y guerras; los mandingos, para impedir que la mano del gigante gato se interpusiera entre los dos astros... Era martes 13 de noviembre de 1640, día de San Diego, y a las siete y quince se hizo la oscuridad y las campanas se lanzaron al vuelo, y hubo quienes previeron el fin del mundo... Los pájaros regresaron a sus guaridas y el círculo de luz se hizo tan hiriente que algunos vieron abrirse por ese lado del cielo a los jinetes del Apocalipsis en dirección a los hornos de las canteras de la isla de Karex, donde se presumía vivía el Diablo...

–Todos los eclipses son dañosos –cortó el padre Juan Manuel con el astrolabio en la mano–, sobre todo los solares. Habiéndose dado la ocultación del Sol a veinte grados de la constelación Escorpio, cerca de la cola del Dragón, ofenderá el reino vegetal; y como Escorpio es acuoso, y Marte ígneo, entonces tendremos lluvias y sequías, como cataclismos y hambre, y sucesos dados por el libre albedrío como la guerra, la muerte de príncipes o reyes, o la subida de un tirano.

Sobre este punto, los padres estuvieron de acuerdo por las cosas que estaban pasando en la urbe, como el duelo de sermones entre los que apoyaban y rechazaban la Inmaculada Concepción; el cruce de excomuniones entre el fiscal del secreto Juan Ortiz y el canónigo Matías Suarez de Melo; el envenenamiento del inquisidor Martín de Cortázar y Azcárate por parte del fiscal Juan Ortiz y el secretario Juan de Uriarte, y la rivalidad entre los dos para ocupar la plaza del fallecido inquisidor; la creciente alianza entre los De Uriarte y los Blanco sobre los asuntos inquisitoriales; la cesación a divinis por parte del secretario del secreto Juan de Uriarte para presionar la salida de su mejor amigo de una cárcel privada, el abogado de los reos de la Inquisición, el licenciado Rodrigo de Oviedo y Luzón; la intervención de los judíos en la guerra de Portugal; la posesión del nuevo inquisidor mayor del Tribunal de la Inquisición de Cartagena de Indias, por parte del fiscal del secreto Juan Ortiz; la revelación del doctor Mendo López del Campo, en una carta póstuma a los padres de la Compañía, de que había engañado a los cristianos de distintas formas, judaizando en secreto, y esperando la llegada del Encubierto en un baño de sangre entre cristianos e inquisidores; la demolición de la segunda planta del Colegio, como lo tenía estipulado el propio rey; el auge de los bucaneros en la cercana isla de Santa Catalina, al acecho de las riquezas que salían del puerto de Cartagena, desde la misma Llave de las Indias, a la Metrópoli...

Sin embargo, el padre Pedro Claver tomó la lente ahumada y miró con fascinación la conjunción, y sintió ahí la mano de Dios a través del Primum Mobile, a través del primer motor que daba impulso al universo, tal como se lo había explicado el padre Juan de Urbina. En ese entonces se hablaba de la pureza de los cielos redondos y nobles



por su naturaleza circular y esférica, de la existencia de un mundo finito, inmutable y cerrado por una bóveda de estrellas fijas, por lo que se estremeció cuando recordó las observaciones de Galileo de que en el mundo también había esferas rugosas como la Luna, desiguales como Saturno, orbitadas de satélites como Júpiter, y que tampoco existía el tal impulsor que le daba movimiento a los astros, ni la tal quietud ni los tales límites, lo que hacían más perturbadoras las proposiciones de Giordano de que en realidad el mundo estaba abierto y sin un techo que le pusiera límite a su naturaleza, incluso poblado de soles y cuerpos con sus propias historias del Paraíso y la Crucifixión, y con un Dios integrado al universo como alma y no como un Ser fuera de él... Entonces vino la claridad y el clamor de las campanas.



Para Navidad, el padre Pedro Claver no encontró mejor ocasión para convertir a uno de sus mayores contradictores de la religión católica. Fue a la plaza de la Inquisición y lo encontró contemplando las coronas de Adviento de las Casas de Inquisición y el pesebre que esa noche iban a llenar con la imagen del Niño. Vestía como los moros, con gorra, ropa holgada hasta las rodillas, túnica y sandalias, y también llevaba la barba poblada, pero estaba pulcro, incluso perfumado; y como todo presidiario condenado a galeras, era de complexión musculosa, sobre todo en las manos y en las piernas, robustecidas por el duro trabajo de mover y darles velocidad a las galeras.

El padre le buscó los ojos, pero el expresidiario lo enfocó primero:

–¡Alabado sea el Señor! –le dijo, y de paso le preguntó por el estado de su salud y el motivo de su búsqueda.

–¡Cristo me envió a ti! –le respondió el padre con voz firme.

–¿A quién, reverencia?

–A ti, Amete.

–¿A este pobre agareno, descendiente de la que fue esclava y concubina de Abraham?

–¡Sí, a ese pobre agareno...!

–Vuestra reverencia debe saber que yo no tengo salvación desde que me apresaron en el Mediterráneo y me metieron en el penal del rey...

–¡Pero vengo a salvarte si te entregas a Cristo!

–Ya me entregué al rey, al amo, al cómitre, y en lo que he quedado: consumido en la boga y desterrado todo ese tiempo en Las Galeras.

–¡Pero ganaste la libertad!

–*Allahú abkar!* –exclamó el expresidiario con las manos extendidas–. Aunque tenga especial afecto por Jesús, que en Él sea la paz, y por María, su madre, prefiero mi fe –y le mostró al padre el tapete de la oración dentro de la alforja–. He escuchado en mi cabeza la convocatoria del almuecín para la oración de la tarde, anunciando el fin del ayuno de este día, pues me encuentro en Ramadán, y bajo ninguna circunstancia debo violar los preceptos del mes más sagrado...

El padre Pedro Claver se sonrojó.

–Sí, lo digo con el mayor respeto, porque los cristianos solo hablan de sufrimiento, pero nada de placeres. Mahoma, que en Él sea la paz, amaba los perfumes, las mujeres y las flores, y tenía en su cinto un espejito y un peine con el que se arreglaba el pelo, y le gustaban los atavíos hermosos. Por eso lo venero y quiero parecerme a Él –comenzó a atusarse el bigote con el espejito–, y no al vuestro, descalzo, con la túnica hecha de remiendos.

El padre se contenía.

–Dime, reverencia, ¿cómo es vuestro Paraíso?

El padre alzó la cabeza, y sin un rescoldo de rabia, le contestó:

–Ante todo, inmóvil. Lleno de luz. Habitado de ángeles y santos, de gente que ha ganado la bienaventuranza, y en él se encuentra la Virgen participando del poder de Cristo, ensalzada por las criaturas más puras, los nueve coros de ángeles. Están los apóstoles, los profetas, los mártires, las vírgenes, los misericordiosos, los confesores y toda esa gente que ha subido al Cielo y que nadie puede contar...

–Pero, ¿qué se come allá?

–Nada, porque estarás gozando de la visión beatífica.

–¿Qué se bebe?

–Nada, porque allá no existe la penalidad humana, salvo la continua alabanza. Es vida bienaventurada, sosegada, sin tristeza, sin trabajo, sin variedad, sin mudanza, donde el día es eterno y solo se goza de Dios sin hastío. ¡Basta con que Él esté allí!

–Prefiero el mío, pues en el mío también se goza de beatitud. Es un jardín bello y perfecto, con flores y árboles de todas clases, con fuentes de aguas dulces, ríos de vino y de leche, y cuando se entra allí, se siente el suave céfiro, el cual trae descanso y hace olvidar las penas. Cuando se entra en la tienda, los pies están sobre suaves lechos rodeados de cojines y alfombras, hay copas de vino por todas partes, y siempre está uno recompensado por la dulzura de una hurí que lo acompaña en el lecho a todo momento, y que después de copularla se vuelve virgen...

–¡Cierre la boca, insolente! –lo regañó el padre Pedro Claver vehementemente.

–En este caso, le pido perdón a vuestra reverencia –prosiguió el expresidiario, excusándose de nuevo–. Sé que el Santo Oficio me va a castigar por el edicto que publicó en la Catedral hace poco, porque soy moro en el sentido lato de la palabra, porque para mí Cristo es Profeta, gran hacedor de milagros, y no la Segunda Persona. También soy moro porque visto los viernes con ropa limpia, hago la zalá por la

alquibla, me huelga que me llamen Amete y no con un nombre cristiano; porque digo que no hay más divinidad que Alá y Mahoma es su mensajero; porque ayuno y hago obras de caridad en el Ramadán; porque, después de haber tomado la zahora al amanecer, me lavo las manos, los brazos, la cara, la boca, la nariz, los oídos, las piernas y las partes vergonzosas. ¿Qué más? Detesto el tocino; aborrezco el vino; guardo la pascua del carnero; disfruto de los cantares de mi tierra con zambra; cumplo con los pilares del Profeta; amortajo a los muertos con lienzo, los entierro en tierra virgen, les pongo de cabecera una piedra y les cubro la tumba con ramos verdes, miel, leche y manjares... ¿Mi sentencia? A este pobre turco venido de las costas de Berbería, absolución ad cautelam, más doscientos azotes por las calles, más misa por seis meses en el Santo Oficio, más el sambenito puesto por ese mismo número de meses, salvo los días en que tenga que recibir las saludables penitencias y el catecismo del padre Pedro Claver hasta que me desarraiga de los errores...

El expresidiario quedó en suspenso, como si le faltara algo por agregar. Al cabo, y remedando los sonidos de un laúd, comenzó a improvisar un verso contra la Trinidad, asumiendo la voz y los gestos de un romancero:

*Qué se entiende aquí,  
cuando se habla de Trino y Uno.  
Dicen que es tres,  
y no más de uno;  
que es como volver  
el tres en uno;  
o como volver  
en tres el uno...*

El hermano Nicolás González se enojó en el acto y sin esperar a que el padre lo reprendiera, lo refutó con otro verso en favor de la Trinidad:

*Tres Personas y un Amado  
entre las tres había;  
y un amor entre ellas,  
el Amante hacía.  
El Amante es el Amado,  
y en cada una de ellas vivía...  
Era cosa infinita  
el amor que los unía.*

Pero todos quedaron callados, mirando al silencioso expresidiario que parecía estar nervioso y que dijo:

–¿Qué otra cosa tengo que hacer aquí si no hay manera de que cambie yo de fe?

Un remolino de viento cubrió la plaza, lo que aprovechó el expresidiario para retirarse, pero el padre lo detuvo:

–¡Fíjate, Cristo te ama!

–¿A mí, reverencia? ¡Ni que fuera el bogavante más mísero y sin familia! ¿Cómo he de salvarme, si no soy más que un cerdo infiel, un pobre soñador de riquezas y mujeres, como las que tuvo el rey de Argel?

–Entonces, ¡témeme a la muerte súbita! –contraatacó el padre Pedro Claver.

Pero el expresidiario seguía callado. Prosiguió:

–Sé que vuestra reverencia tiene el Cielo ganado y que cuenta con ciertos privilegios arriba y es el único preocupado por los negros y

los necesitados... Pero eso no garantiza mi libertad, la que ganan los esclavos en mi país cuando se convierten al islamismo.

La gente de la plaza comenzó a arremolinarse y el padre, delante de todos, le tomó los brazos para rogarle:

–¡Di conmigo! –pero el expresidiario se le echó atrás.

–¡No me gusta esta gente encima, reverencia! –se quejó el expresidiario.

El padre Pedro Claver apartó el tumulto y le cogió de nuevo los brazos.

–Di conmigo: “¡Jesús! ¡Iluminadme!” –pero el expresidiario lo rechazó de nuevo.

–Sé que eres obstinado –le insistía el hermano Nicolás González–, pero así comienzan los verdaderos cristianos, como lo fue en su tiempo Francisco de Jesús Yolofe...

–Tampoco quiero ser como Domingo Biojó, mal cristiano, mal circunciso. De nada le sirvió el bautismo ni el tratado de paz con los gobernadores, porque lo ahorcaron y lo destazaron en la plaza del Esclavo como a un vil perro. Cuando entraba en la urbe, a pesar de la fama de derribar elefantes, comerse los leones vivos y acompañar el grito de guerra con dos vasos de agua de mar que se tomaba en la misma canoa con cuernos de toro, lo hacía humildemente, vistiéndose a la española, con capa, y arrodillándose a la Cruz; pero cuando regresaba al monte, volvía a las costumbres de su tierra: se hacía llamar “Benkos, rey del Arcabuco”; se rapaba la cabeza para lucir los señales de su tribu; comía como los perros, quitándose la comida con los otros; se emborrachaba con aguardiente de millo; hacía sacrificios a Obide y Okanto; adoraba a la boa, a los ojos de agua, a los jagüeyes y a ciertas plantas ocupadas por espíritus; y creía en ese Nindo creador de todas las cosas...

Pero el padre Pedro Claver se le plantó de frente y le pidió que le besara el crucifijo. El expresidiario se lo apartó bruscamente y se alejó con su borrico hacia la plaza del Esclavo para alcanzar el Mercado. La noche había comenzado con una rara conjunción de cuerpos entre Júpiter y la Estrella sobre el Poniente, lo que se tomó como la causa de que no hubiera ocurrido el milagro al expresidiario.

Pero una buena noticia llegó al claustro. Tras varios meses de tensión, en los que la población especulaba sobre las consecuencias del eclipse –el Sol se había tornado más caliente y la Luna más luminosa de lo que eran; el Nuevo Reino de Granada pasaba por duros periodos de lluvias y de sequías; los catalanes habían vencido a las tropas del rey en Montjuïc; un oidor de la Real Audiencia de Santa Fe había puesto preso al gobernador don Melchor de Aguilera; la milicia, la clerecía y la Inquisición habían conjurado la conspiración de los portugueses la pasada noche del 29 de agosto de 1641; el almirante de La Armada Real, don Francisco Díaz Pimienta, persiguiendo a los piratas del Caribe, había desalojado a los bucaneros de la isla de Santa Catalina–; arribó al puerto un contingente de setecientos prisioneros de la isla de Saint Kitts. La ciudad se llenó de gente rubia y al padre Pedro Claver le tocó la difícil tarea de convencer a los ingleses y holandeses a la vida española. Esa mañana, con la licencia de los señores obispos, partió para la primera batalla contra los protestantes. Sabía que la lucha iba a ser dura pues se trataba de gente que se atrevía a irrespetar al papa con la figura de un asno y con una cornamusa en la boca...

Entonces se dirigió al sur de la bahía, donde estaban las naves de los ingleses, entre las islas de Karex y Varux. Y subió al galeón desarbolado por la escalera de cuerda, y su llegada no fue multitudinaria, pues solo lo recibieron el capitán ocupante y unos cuantos oficiales

de guardia. El capitán, para mitigar la tensión, pidió al padre que les dijera la misa al pie del palo mayor, en la que se invitarían a todos los protestantes que querían oírla. Los prisioneros, la mayoría de ellos debajo de la cubierta, empezaron a subir por la única escala de cuerda, y la misa fue árida, sin la consagración del pan y el vino por el accidente que podía causar a las Especies el vaivén de las olas o el arrebato de un inglés.

–¡Escuchad, hermanos! –pregonaba el padre Pedro Claver a los que le preguntaban por el nombre de los ornamentos–. ¡Escuchad con atención!

Los prisioneros seguían preguntándose por la función de cada objeto que se empleaban en una misa –cáliz, patena, purificador, vinajeras, aguamanil–, por el significado de cada vestido –alba, estola, casulla, amito, cíngulos, sobrepelliz–, por la señal de la cruz y por los colores para determinado tiempo litúrgico –blanco, rojo, morado, verde, rosa, negro, azul– y prometieron oírle la misa al padre en el claustro. Era mediodía, el sol calentaba la nave, y en medio del bochorno de la hora, el capitán lo invitó a la mesa, a la que el padre aceptó gustoso y aprovechó la ocasión para preguntarle por el estado de los prisioneros. El capitán le habló de la quema de libros que le hicieron a los ingleses en el mismo puerto de Basse-terre, entre ellos el Libro de la Oración Común, su Biblia y sus himnos; de la negativa que tuvieron para dirigirse a Dios para que les diese buen viaje, como a Francisco de Asís por ser el día de la partida 4 de octubre, Luis Beltrán, Teresa y Lucas por sus respectivos días, 5, 6 y 7, y santa Úrsula por su origen inglés; también le habló del irrespeto que tenían al acto de hacerse la señal y de asistir a las misas que se daban con sermón cuando había nubarrones y calmas, del deprecio a la imagen de Nuestra Señora del Rosario que preferían botarla al mar, del rechazo a las



limosnas porque decían que los santos no comían dinero, ni eran intercesores de nadie ni del papa, y de las continuas alabanzas a su rey Carlos porque fue nombrado por mandato divino...

Y contento con lo que le había dicho, también le habló de todo lo que hacían los prisioneros en el rancho, blasfemaban y juraban por los clavos de Cristo, amenazaban la nave con una peste y despotricaban de los jesuitas como usurpadores del Nombre, soldados del papa y no de Dios, promotores de guerras por la Contrarreforma, los que cambiaron el calendario juliano por el gregoriano, los que en verdad construyeron las escuelas de niños para Moloch, y viendo al padre Pedro Claver molesto, entonces trató de calmarlo hablándole de la forma como rezaban los salmos pero sin el gloria Patri, como el *De profundis* y el *Ad te levavi*, y que solo rezaban el Padrenuestro y el Credo, porque el Avemaría y la Salve eran de la Virgen...

–¡Esto no es todo! –proseguía el capitán de la nave todo eufórico–, porque también quieren acusarnos de haber suprimido de las Tablas el segundo mandamiento, de haber ocultado de la Escritura los hermanos carnales de Jesús, de haber implantado a nuestra conveniencia el celibato, la confesión auricular, la divinización de los sacerdotes, la limosna, las bulas de la Santa Cruzada, el Purgatorio, el cobro de los servicios religiosos y quieren –se hizo la señal– negar la presencia de Cristo en la Eucaristía, porque para ellos Jesucristo nunca va a bajar del Cielo para meterse en una hostia hecha de harina y miel y horneada por un triste panadero que le saca su figura con unas planchas de hierro, y que, como todo barquillo que se come por la boca, pasa a ser alimento de puercos...

Y viéndolo indignado, el capitán de la nave trató de calmarlo hablándole de la presencia de un obispo al que respetaban y decían

que era el Arcediano de Londres, y que parecía estar interesado por los asuntos de fe, pero que estaba confundido porque era casado y tenía hijos...

Entonces se dio la quiete y el padre Pedro Claver lo vio cuando lo traían por el palo mesana; era todo blanco, piel, pelo y barba, y de refinados modales y pasos cortos, como los de un anciano marchito; y se dirigió al padre muy respetuoso, tratando de saludarlo en romance. Pero el padre le dio la bienvenida a tierras españolas en latín, y tal como se lo había aconsejado el capitán, brindó por él según el ceremonial inglés de la jarra y los vasos, pero con una botella de jerez que el capitán aportó, y que el padre sirvió a cada uno de los prisioneros ingleses en su respectivo vaso, y que cada uno de ellos dejó en el fondo del mismo la migaja de pan en señal de amistad...

Terminado con el ceremonial, el anciano le pidió al padre hablar a solas con él, por lo que le construyó las primeras palabras de agradecimiento en romance, en la lengua que él admiraba, y era de Juan de la Cruz y de Teresa de Jesús. Se reunieron en el pabellón de popa, teniendo de panorama las selváticas islas y el imponente castillo de San Luis en el canal de Boca Chica.

La conversación se hizo cada vez más interesante, cuando trataban temas que mantenían divididos a los católicos y protestantes, y que en ningún momento quisieron controvertir; y ante cualquier pregunta que le hacía el anciano, el padre Pedro Claver le tenía la respuesta en el acto. Los temas eran espinosos, como la infalibilidad del papa, la confesión auricular, el Purgatorio, y en cuanto a la transustanciación el padre fue más extenso y terminó con la historia del monje protestante que pisoteó la Forma en un acto rabia porque le parecía un embeleco, y lo que hizo fue maltratar el cuerpo de Cristo, y que esa hostia ensangrentada aún se conservaba en El Escorial...

En cuanto a las imágenes, le pidió mirar el crucifijo que había en el puente de mando y se preguntara por las cosas que había padecido en la Cruz... En cuanto a la unión suprema, entre el alma y Dios, fue más emotivo:

–¡Es una experiencia maravillosa, hermano! –se le iluminaron los ojos al padre–. Un encuentro amoroso que solo se sitúa en el corazón de uno mismo, como en el de un enamorado, entre el Amante y el Amado. Y como Cristo es capaz de abrazar tu espíritu al suyo, calándose por el tuyo, y te puede comunicar espíritu, haciendo que el tuyo y el suyo sean uno solo, te hace saludable en espíritu, de tal suerte que puedes decir: “¡Vivo yo, pero no yo; sino Dios en mí!”. El anciano quedó abrumado por la traducción y esperó a que fuera más expedita. Pero el padre Pedro Claver lo contraatacó:

–Es tiempo de que te conviertas, hermano.

–Lo sé, pero sigo pensando en mis hijos que quieren ser predicadores y en mi paisano Adán Edón, que murió aquí en una pira, al lado de la Catedral...

–Murió porfiado y contumaz, y no hubo manera de reconciliarlo con la Inquisición –le respondió el padre apesadumbrado–. Yo mismo lo asistí, pero su suerte parecía estar echada como en el salmo 63. Tenía un mal historial: huyó de Londres endeudado y llegó a Sevilla mintiendo. En la nave tomó un comportamiento tan reprochable que el mismo capitán lo denunció ante el siglo; y como también había ofendido a la Iglesia, lo trasladaron después a las cárceles secretas. Solo respondía con injurias y baldones a los señores inquisidores...

Pero el padre le cambió de tema:

–¿Cómo te bautizaron allá?

–Mal, reverencia, más preocupados por el cuento de las hadas que se llevan a los niños no bautizados...

En ese instante tocaron vísperas y el padre le dijo:

–Tenemos que separarnos, hermano, porque se está haciendo fuerte la fresca, y nos estamos mojando con las salpicaduras del mar.

–Yo también tengo que rezar mis vísperas –lo cortó el anciano con los ojos al Poniente.

Pero al padre Pedro Claver no le agradaron sus palabras, por lo que lo atacó de nuevo:

–Acuérdate, hermano, hoy es 21 de octubre, día de Santa Úrsula. Me refiero a la mártir inglesa que se sacrificó por la verdad, y mira lo contrario que eres con la religión que ella profesó, la que también profesó san Lucio, el primer rey de tu hermosa nación, en tiempos del papa Eleuterio...

El anciano, confundido por la diferencia de días que había entre el calendario juliano y gregoriano, solo sonrió y se lamentó el hecho de que en su país aún no hubieran adoptado el último calendario.

A los pocos días, fue internado en el hospital de San Sebastián, en medio de la agitación de los que padecían la epidemia de gripe, por lo que el padre le prometió ayudarlo.

–Hoy es viernes –le recordó el padre–, primero de noviembre, fiesta de Todos los Santos, el mejor día para cambiar de vida.

–Lo sé, reverencia –le respondió el anciano desde la cama–, ha llegado la hora de cumplir con lo prometido, de volver a la religión de mis padres. Tengo buenas referencias de vosotros: la limpieza de los altares y de los templos; el esfuerzo de los padres para que mis paisanos se quedaran por otros días en el claustro con ración y alojamiento, mientras oían la plática sobre el Santísimo; y el entierro que le hizo vuestra reverencia a uno de los nuestros con música de la Catedral, con participación de la nobleza, la Armada, la clerecía, diferente al de los otros que no se convirtieron y fueron arrastrados como perros

por las calles y enterrados en el muladar de los no bautizados... En mi caso, reverencia, estaba dispuesto a abjurar antes, pero me lo impedían las razones que expliqué en la nave.

El padre se sintió contento.

–Pido muchas misas –continuaba el anciano–, oraciones por mi alma... Estoy fatigado y arrepentido de los pecados que he cometido, de mi incierta vida en este mundo... No quiero pronunciar mi abjuración delante de nadie, quiero morir dignamente... –y lloró por su familia–. Sé que el fundador de los hospitalarios, Juan de Dios, tuvo una bella muerte. La deseo de todo corazón, reverencia. Supo el día en que iba a morir, y murió de rodillas, con el hábito puesto y un Cristo en la mano, llorando y pidiendo perdón por los pecados, y quedó arrodillado por un tiempo, mientras le corrían las primeras horas de muerto...

El anciano quedó sin fuerzas, y trató de erguirse del catre, pero no pudo. Tras regurgitar, en medio de la tensión de los que se compadecían por su muerte, solo se preguntó el porqué de su triste final, por lo que el padre no tuvo duda del desenlace.

Lo ayudó:

–No te preocupes, hermano, pues tengo licencia para absolverte de los pecados de herejía aquí mismo. Solo quiero que me des muestras de estar arrepentido, para que puedas recibir la comunión, y puedas desprenderte de las cosas que aún te agobian. Quiero que tengas el crucifijo en el pecho, y digas conmigo: “¡Santo, Santo, Santo! ¡Santo de España y de las Indias Occidentales! ¡Estad conmigo! ¡Iluminadme! ¡Quiero morir profesando la fe de los españoles!”





# Capítulo seis

DOÑA ISABEL DE URBINA SE QUEJABA DE LAS COSAS QUE le habían ocurrido como si de nada le hubieran valido el sacrificio, la entrega, la honra y las buenas costumbres, y de la Inquisición que en cualquier momento le podía echar el guante a su familia...

Se apartó la mantilla y se enjugó las lágrimas con su exquisito pañuelo de algodón. Era la novena noche del velatorio de su padre, el capitán Juan de Urbina. Toda la casa estaba iluminada con aceite de corozo, lo que le daba una particular iluminación y un característico olor, y en un rincón comenzaron a quemar hierba aromática. El padre Pedro Claver y doña Isabel de Urbina estaban separados por el único peldaño del estrado: el padre, en la butaca de arrimo, y doña Isabel, en la silla ratonera, vestida de luto y luciendo el galón de su fallecido padre en una de sus mangas como el resto de sus hermanas, y al lado de la rueca y del arcón donde realizaban las labores de bordado. El hermano Nicolás González estaba al lado del padre, con su hábito pulcro, el breviario en el regazo, a veces entretenido con la colección de cuadros de *Cristos*

*crucificados* de Francisco de Zurbarán, o con el par de cornucopias encendidas en el estrado.

–¡Qué alegría cuando se salvó Isabel! –prosiguió doña Isabel de Urbina, refiriéndose a su sobrina sor Isabel de San Hipólito, al otro lado del estrado–. Eso fue para el 39, cuando mi difunto padre se dispuso a reparar las naves que necesitaba su majestad católica para el transporte de la plata con el almirante Francisco Díaz Pimienta. Mi sobrina estaba mal, con dolor de cabeza y de oído, y ningún remedio le había hecho efecto, ni la triaca que le prepararon en forma especial. Peor aún: estaba afligida y pensábamos que esa noche se nos iba a ir. Y con ese sangrado que manchó las sábanas nos preocupamos mucho. Llamamos al padre Pedro Claver, que no aparecía por ninguna parte, hasta que apareció para completas, como si las campanas de la Catedral le hubieran dado la noticia, y como siempre, se vio sonriente y caritativo, con el bolso de los sacramentos debajo del brazo y la cruz de palo de rosa debajo de la sotana, y el alma se nos vino al cuerpo. Dijo que no tuviéramos pena por lo del sangrado en la cabeza porque ese mismo retenido ahí le hubiera hecho mucho daño, y que con el favor de Dios no se iría a morir esa noche. Se fue y a las pocas horas mi sobrina durmió toda la noche sin problemas. A los pocos días se recuperó y dejamos de exvoto una imagen de cera de mi sobrina en la capilla del Milagro... Por esos días, mi sobrino Lope tuvo un incidente en el Colegio que lo hizo retirarse de clase. El maestro le había castigado severamente por una culpa vana sin tener en cuenta su condición de caballero. Entonces se metió de lleno en el convento de los recoletos de San Diego para la oración perpetua, dejando a un lado el hábito de la Orden de Santiago. Su padre estaba preocupado y no sabía qué hacer con mi sobrino, pues en ningún momento Dios lo había llamado para tal encierro, como tampoco a



mi hermana Jerónima, quien se fue al claustro por consuelo, a lo que el padre le respondió: ‘Vuestra Señoría no debería estar preocupada por la suerte de su hijo porque no tiene vocación para ello, como sí la tienen sus otros dos hijos, Pedro y Francisco.’

”Así fue, porque al poco tiempo Lope renunció al encierro y se enroló en la Marina. Después partió con la capitana para desalojar a los puritanos de la isla de Santa Catalina, pero no supimos nada de él por mucho tiempo. Corrió el rumor de que la nave se había perdido en una tormenta y que sus despojos habían llegado al río Sinú, por lo que nos acogimos más a las rogativas, más a las novenas y más a las misas, hasta el 2 de abril, día de san de Francisco de Paula, cuando mi cuñado Pedro de Estrada, de visita en la iglesia del Colegio, vio al padre Pedro Claver confesando y le pidió que le rogase por mi sobrino a Su Divina Majestad, y que en caso de que regresara vivo, cumpliría con tres deseos, el primero, mandaría a cantar un Te Deum en la Catedral; el segundo, regalaría los toros para las fiestas patronales; y el tercero, no se interpondría a los deseos de Pedro y Francisco de ingresar a la Compañía, pues siempre quiso que estudiaran en la Universidad de Salamanca. Justo cuando cruzaba la plaza del Mar, alguien lo llamó desde el portal de La Aduana, pues había llegado la última nave de aviso, y era el sargento Alburquerque quien le dijo en el muelle de Los Plátanos: ‘¡Vuestra señoría no debe estar más preocupado por la suerte de su hijo porque está vivo, pues habían encallado en las barras de la isla de Santa Catalina y tuvieron que esperar a que la marea los desencallara!’

”Entonces vinieron los momentos más felices de mi vida y nos dimos cuenta de que el padre tenía razón cuando había dicho que ya era tiempo de que hubiera noticia de Lope. Pero vinieron las malas noticias. Nos quedamos sin noticias de mi sobrino Lope cuando se

fue a la Península. En su afán de hacer carrera militar se fue al asedio de Barcelona para ayudar a las tropas del rey, deber que tenía que cumplir como todo caballero de la Orden de Santiago. Recuerdo ese día 6 de octubre, día de san Bruno, del 41, y se embarcó en la capitana de La Armada del Mar Océano con el almirante Francisco Díaz Pimienta, después de que la habían revituallado como nunca, con siete mil quintales de bizcocho, y nosotros lo despedimos con una docena de advocaciones de la Virgen en el puerto, y lo vimos alejarse por la bahía para luego virar por el canal de Boca Grande hacia mar abierto.

”Tuvimos que atravesar la ciudad para verlo al otro lado de las murallas, ya con el sol poniente, y se fue alejando de nosotros a sotavento hasta que nos saludó por última vez desde el puente, y nosotros lo despedimos con el pañuelo desde la puerta de Santo Domingo, y los hermanos recoletos de San Diego con el toque de la campana de Nuestra Señora del Buen Viaje. Iba con la primera remesa de plata potosí en tres años y con los últimos puritanos que el mismo almirante había capturado en la isla de Santa Catalina y que pensaba devolverlos a Inglaterra por el puerto de Cádiz. Pasaron los meses, y Jerónima estaba preocupada. Se fue a la capilla del Milagro en busca de consuelo, pero no le quiso decir nada al padre para no oírle ningún comentario que nos afectara, y más bien le habló de que estaba afligida y sin fuerzas para atender al nuevo bebé que iba a tener, a pesar de contar con la ayuda de dos niñeras y de haber mandado a decir las nueve misas a los meses de embarazo de la Virgen. El padre, entonces, le aconsejó tener más fe en Dios porque era el único que la podía ayudar, y en cuanto al niño que iba a tener que no se preocupara por él, porque iba a recibir el agua a tiempo, lo que se confirmó a los tres días de haber nacido Juan, porque a la hora de haberla recibido, murió”.

Sofocó un sollozo y se desvaneció en la silla. Pedro y José, sus hermanos, y Juana, su hermana, la socorrieron y la refrescaron con el abanico de largas palmas. El ambiente estaba tenso y pesado, más cuando las polillas parecían apagar las luces de una cornucopia...

–Corría el mes de septiembre –prosiguió doña Isabel contra las voces de que se acostara en la alcoba contigua para que se recuperara–, andábamos otra vez angustiados por la suerte de Lope en el sitio de Barcelona. Llegaron dos naves de aviso, pero ninguna trajo noticias. Lo único que sabíamos era, que como todo caballero al servicio de la Corona, le servía al rey en la compañía del conde de Humanes. Acabó el mes y aún andábamos sin noticias. “Para octubre”, nos dijo el padre en la iglesia con su providencial sabiduría. Pasó octubre y Jerónima le recordó que el mes se iba a acabar y que no teníamos ninguna noticia de Lope. “Para noviembre”, corrigió el padre, y sus palabras nos dejaron preocupadas por mucho tiempo, por el efecto premonitorio que podían tener. En efecto, y como cosa rara, La Armada llegó al puerto para ese mes, pues los vientos la habían retrasado en el Atlántico, pero no nos trajo ninguna noticia buena, simplemente nos dijo que el ilustrísimo señor don Lope de Estrada, hijo del también ilustrísimo señor don Pedro de Estrada y de doña Jerónima de Urbina, había fallecido de peste en los promontorios de Montjuïc el pasado 7 de octubre...

Se agarró la cabeza, presa de la desesperación, obligando a los hermanos a calmarla. Sin embargo, continuó:

–Esa noticia nos desbastó y velando aquí a mi sobrino sin cuerpo nos preguntábamos por qué tantas desgracias en mi familia, si todo lo que hacemos es portarnos bien. Ninguna respuesta nos satisfacía y sospechábamos de los primeros que desgraciaron a mi padre en la Inquisición con la falsa acusación de doble matrimonio, y de los

segundos con la suspensión de la familiatura porque mi madre tuvo un abuelo penitenciado por prácticas judaizantes y por la demora de unos dineros que tenía secuestrados la Inquisición a varios acreedores de mi padre. Pero las cosas no llegaron allí porque queríamos enterrarlo a cualquier precio, aun cuando nos dijeran que eso era imposible porque lo habían enterrado en una gran fosa que llenaron de caballos y caballeros, y nos aterraba la idea de que lo descarnaran para traerlo aquí. El padre tuvo razón cuando nos pidió abandonar esa empresa.

Otra vez se hizo el silencio. El olor de la ofrenda para los asistentes del velatorio, pan, chocolate y ternero asado, inundó los espacios de la casa. Doña Isabel de Urbina pidió un vaso de agua y después de haberse secado el sudor de la cara, se arrodilló delante de la imagen de la Virgen ricamente iluminada y agasajada con un ramo de rosas frescas en el mismo estrado, y empezó a orar en voz alta, tomándola por abogada e intercesora de su padre el capitán De Urbina... De nuevo se sentó en la silla.

—Ahora la novedad de mi padre, de mi dulce padre, que en paz descansa. Por mucho que quería, no alcanzó a ver el Domingo de Resurrección. Todo comenzó el primer domingo de Cuaresma; terminando de confesar a nosotras, y Juana amonestada por lo del guardainfante, mi padre cayó enfermo en casa. Pero creíamos que se iba a recuperar hasta que llegó el Domingo de Ramos con el vómito. Le dije que yo no iba a ir al sermón del Colegio para acompañarlo, pero me insistió en que me fuera, que le bastaba la compañía de Juana. Al día siguiente Jerónima fue a contarle al padre lo que le pasaba a mi padre y después de dar dos palmadas en el bufete del rector, que sonaron por el anillo de mano, se refirió a mi padre como a Job: “¿Cómo? ¿A aquel hombre temeroso de Dios? ¡Si fuera yo, estaría dichoso por la gran corona que le tienen arriba! ¡Esta será su Semana Santa!”

”Todos nos pusimos tristes porque juzgamos que en verdad esa iba a ser su última semana, como en efecto ocurrió a los pocos días. Lo acosó la enfermedad, y el desmayo fue a las siete, para completar. Mandamos a llamar al padre Pedro Claver, pero el padre Sebastián de Murillo fue el que lo confesó. Cuando le iba a dar el viático, varias personas se interpusieron diciendo que no, que no era necesario, que era prematuro dárselo. Llorando Jerónima le preguntó al padre cómo era posible que no le administraran el Santísimo a un hombre tan débil que no se podía parar de la cama y que de un momento a otro podía irse para esa misma noche. Pero el padre nos pidió que no nos preocupáramos de ello porque aún había tiempo para la comunión, y señalando la parte de la sala donde estaba mi padre, en la que nunca se había dado una misa, sugirió darla ahí por varios días y él sería el primero en darla al día siguiente. Se dieron las misas por la salud de mi difunto padre, pero al final el padre Pedro Claver tuvo que ponerle las reliquias del hermano Alonso Rodríguez y los recoletos de San Diego las de santa Úrsula, hasta que falleció el Domingo de Resurrección...”



Pero esta vez, nadie imaginó que la visita del padre Pedro Claver a la bien vigilada casa del bargel fuera a registrarse para la posteridad con uno de sus famosos milagros. Había llegado el padre al galope, pero el bargel lo detuvo en la sala para darle la noticia de que la esclava acababa de morir. Sin embargo, el padre entró en la recamarita llena de carbón y lo primero que hizo fue tomarle el pulso. Estaba lívida, fría, con los ojos volteados y los labios amoratados, y yacía en un viejo catre para la mortaja. La llamó tres veces por su nombre, cerca del oído, lo que tampoco le dio motivo para declararla

muerta. Entonces, pidió que le cortaran el pelo y le calentaran la cabeza con tajadas de plátano maduro. A los quince minutos la esclava reaccionó, con gran suspiro, y todos los presentes se arrodillaron en el acto, atribuyendo el hecho a una resurrección. Comenzó a toser, por lo que el padre pidió a los criados un trapo para limpiarle la sangre que vomitaba. Le cambió la sábana, la acomodó sobre la almohada, la cubrió con el manto y la calmó con un poco de agua fresca que le acaban de traer. La esclava, de repente, exclamó: “¡Jesús, qué cansada estoy!”

La expresión levantó un alboroto entre los presentes que empezaron a preguntarse por lo que le había pasado. Los criados no pudieron ocultar su sospecha de que en el cuarto se había instalado la presencia de un grande espíritu ancestral, pero la criada comenzó a hablar del misterioso viaje que tuvo en el más allá, en el que se encontró con un hombre vestido de blanco en el camino y que con gestos negativos le dijo: “¡Detente, mujer, que aún no te ha llegado la hora!”. Y que aturdida le preguntó por lo que tenía que hacer, a lo que aquel le respondió que nada, aparte de regresar por el mismo camino que había venido. La alegría entre los criados fue grande, pero no para el padre Pedro Claver que comenzó a interrogarla a solas.

–Escucha, mujer, para que tuvieras ese viaje, ¿no saltaste de casualidad de un árbol?

–No, vuestra reverencia.

–¿Ni entraste en el hombro de la hermana araña...?

–Tampoco, vuestra reverencia.

–¿Ni viste a Nzambi?

–Tampoco, vuestra reverencia.

–¿No será que estuviste errando por las cuevas del mundo subterráneo, lo que para los angolos son también las cuentas de su infierno?

–Estaba en un paraje solitario, en una playa parecida a la que está en el baluarte de Santo Domingo, con el mar y el sol enfrente, y la tarde un poco fresca. Grité: “Bukali bwa ngoti!” y una cuerda se desenrolló de las nubes. Subí por ella y vi a lo lejos la soledad de un pueblo en ruinas. Una señora en la entrada me preguntó para dónde iba. Le dije que para el Cielo. Me preguntó por la historia de mi vida. Le hablé de mi captura en Angola, de mi viaje por el Atlántico, de mi servidumbre en Cartagena, de mi tierra, de mi familia, de mis antepasados. Me dijo que continuara y me advirtió del encuentro que iba a tener con una hormiga. Al poco de andar se me subió una por la pierna y comenzó a guiarme por ese extraño mundo, hasta que avisté a lo lejos el tejado cónico de un pueblo angolo. Me acerqué a él y una voz me invitó a que entrara y esperara entre las tumbas de mis antepasados. La voz era la de otro hombre lleno de luz y me senté cerca de los huesos de mis antepasados. Entonces vi al otro lado a las mujeres haciendo los oficios de aquí, lavando, cuidando los niños, pilando, preparando las gachas, esperando a sus maridos, y al otro lado vi a los ancianos contando sus historias a los niños, hasta que otra voz me dijo: ‘¡Tú no estás muerta, mujer, y has entrado sin estarlo!’. Le pregunté qué tenía que hacer para estarlo, pero otra voz me respondió en un idioma que la hormiga solo entendía. Le dije que no, que quería quedarme allá, pero esa voz profunda me empujó al vacío...

–¿Adónde caíste?

–En el cocotero de aquí –le señaló la esclava con los ojos.

El padre Pedro Claver estaba inquieto, sudoroso, y continuó preguntándole por las cosas que tenían que ver con los angolos y los congos, como por Lungambe, por Nzambi, por Calunga, por la misteriosa fuerza universal de Nzambi-Mpungu. Y al enterarse de que había

recibido el agua en el puerto de Loanda, pero sin ningún significado, la abanicó y le dijo al oído:

–Fíjate, mujer, cómo el Dios de los blancos te consuela... –y empezó a prepararla para el bautismo.

Pero la esposa del bargel, doña Micaela de las Heras y Pantoja, lo interrumpió y le dijo que ella estaba bautizada desde que la compraron hacía veinte años, y que nunca había dejado de cumplir con los preceptos, que siempre se había llamado como venía llamándose y que incluso era devota del Cristo de la Expiración, a lo que el padre le respondió que se trataba de una mujer a punto de partir con un mal bautizo.

–Pero no hay que creer tanto en las angolas –le insistía doña Micaela–, porque son tan embusteras y fantasiosas que terminan embaucando a uno con historias fabulosas como esa que tienen por ahí, de la araña que se ganó la mano de la hija de Nzambi, después de haberle bajado el fuego sagrado de Nzambi-Mpungu...

No obstante, el padre la bautizó sub conditione, con el mismo nombre que venía utilizando, Agustina, poniendo de padrinos al bargel y su esposa. Pero la esclava empezó a roncar y a aletearle el corazón dentro del pecho...

–Desde que se confesó la noche anterior –le insistía doña Micaela en la recamarita de carbón–, da grandes aspavientos entre largos periodos de inconsciencia...

A los quince minutos la esclava dejó de roncar y su semblante, contra lo que creían, se tornó tan sereno que pareció borrar todo su pasado de servidumbre con su segunda muerte.

En otra ocasión, la campanilla de la portería sonó para confirmar la compra de unos esclavos. Entonces, repitiendo el mismo recorrido que hacía para llegar a la casa de la mulata Marcelina Geliz en el



barrio de Santo Toribio, el padre Pedro Claver llegó al convento de las hermanas clarisas descalzas construido sobre una cuadra completa del barrio. Lo recibieron en el locutorio la abadesa y la sobrina de doña Isabel de Urbina, sor Isabel de San Hipólito, detrás de la gruesa reja de afiladas puyas que los separaba de cualquier contacto físico y visual entre los interlocutores, lo que hacía aún más agobiante el encuentro. Le pidieron los buenos oficios para que les comprara un lote de esclavas para el convento, teniendo de presente el estado físico y los oficios que iban a hacer, porque eran duros, para unas monjas exigentes en todo, y el precio, porque lo iban a comprar con la escasa limosna del vecindario.

Y solo cruzando un costado de la pequeña plaza de San Diego, a la vuelta de la esquina, el padre dobló hacia la calle de Nuestra Señora de la O, hacia la remontada plaza de Santa Clara, donde se encontraba el almacén del tratante don Francisco de Genes. Pero las cosas no le parecían salir al padre como las esperaba al principio, pues el propietario le había mostrado las últimas esclavas que le habían quedado y que de antemano no eran guineas ni reunían las condiciones para su buena venta. Eran angolas, entre los quince y veinte años, estaban aherrojadas, semidesnudas y remozadas con aceite de coco. Cada una de ellas daba un paso hacia adelante para mostrarle al padre sus tachas. El padre Pedro Claver les preguntaba por las cosas que sabían hacer, después les hacía mover los brazos y las piernas, las hacía caminar de un lado al otro y las hacía saltar, doblarse y hacer cuclillas sobre el piso de madera del tejadillo; les miraba los dientes, les pedía entonar una canción, las hacía reír y por último les escrutaba la mirada para ver si había en ella una pizca de malicia. Pero ninguna de ellas, aunque bozales y sin haber aprendido las mañas de los blancos, parecía satisfacer las exigencias de la

abadesa, por lo que el padre le preguntó al tratante francés si no tenía otras más a la venta.

Entonces el padre Pedro Claver se dirigió al cuarto de enfermería sin mediar palabra, tomando por sorpresa a los que estaban ahí. Atravesó la espaciosa huerta llena de arena e hicacos, y dio con la cerca de caña brava al final del patio, justo con la plaza y la cortina de muralla del baluarte de Santa Clara. Hizo caso omiso al capataz de que no entrara en el cuarto por la viruela y entrando solo, pues nadie quiso acompañarlo, las reconoció al fondo con la escasa luz de una vela.

El bargel, sin embargo, regañó al capataz que lo había dejado entrar solo, pero cuando quiso entrar por su cuenta, tampoco pudo, por el mal olor que había en el interior. Lo mismo le pasó al compañero del padre, el hermano Pedro Lomparte, que se retiró para vomitar en un rincón del patio.

–¡Lo mismo pasa cuando visita los barcos! –dijo uno de los capitanes alojados allí.

–Desde que lo conozco –intervino el hijo del mercader, el sargento Manuel de Genes Romero–, el padre Pedro Claver siempre ha sido así.

Aspiró una bocanada de aire, tan pura como las que regalaban la brisa marina, y gallardo continuó:

–Desde que estudié gramática en el Colegio siempre lo he visto así, lidiando con los esclavos sucios y enfermos. Siempre lo tuve por confesor y un hecho insólito me sucedió con él. Asistiendo a las clases de artes en el convento de Santo Domingo, y como el maestro de artes no era exigente por el cumplimiento de los deberes espirituales, me había olvidado confesar por un tiempo. Para esos días tenía unos quince años de edad y estaba enamorado de una hermosa mujer que se alojó aquí, en ese cuarto. Así, pues, ella y yo estábamos enamorados, todas las noches cruzaba de puntillas el huerto para estar a solas

con ella y regresaba de madrugada a mi cuarto. Un día mi padre me preguntó por los últimos boletines de confesión que habría de tener, pues teníamos preparado un viaje por la provincia. Según las cuentas, debía entregarle al menos tres, y tuve que decirle la verdad. Le eché la culpa al maestro de artes que no nos hacía ese tipo de exigencias, pero mi padre no aceptó mi explicación y me regañó fuertemente. ‘¡Van tres meses que no te confiesas, como si la vida estuviera libre de imprevistos!’.

”Me asusté y tuve la sospecha de que mi padre sabía la verdad de lo que hacía a escondidas en casa. Así que callé y no tuve otra opción que ir a la celda del padre Pedro Claver en el Colegio. Entré animado por los padres del claustro, en una hora en que todas las cosas estaban calientes por la temperatura, le di los buenos días y le pedí disculpas por el tiempo que había tenido sin ir a confesarme con él... El padre suspendió la meditación, se volteó todo sudoroso, y me devolvió los buenos días muy serio, pero empezó a regañarme secamente: ‘Sé que vienes porque te han mandado y no porque vengas de tu cuenta. Baja primero a la iglesia y prepárate para este acto que es muy serio, porque es cierto que estás en pecado y no se viene aquí para confesarse alegremente’.

”A la media hora bajó y apareció por la puerta de la sacristía, sonriente. Me le arrodillé en el acto, pero me llevó al confesionario. Todo estaba en penumbra, pues la pequeña iglesia estaba cerrada. Por el sexto mandamiento empezó a preguntarme por los pecados que había cometido en ese punto y tuve que contarle mi experiencia con la mujer que tanto amaba, por la que estaba dispuesto a casarme, aun cuando estuviera en contra de la voluntad de mis padres y del mundo entero. El padre, puntual con sus palabras, me pidió que la abandonara en el acto. ‘No, no puedo, padre Pedro Claver’, le dije y le reafirmé que la amaba mucho, como ella a mí, y que no la podía dejar. Y

le hablé de las cosas que me tenían enamorado de ella: cabello, talle, cuello, pecho, manos, gracia, vista, voz, ingenio y mil primores más, y que más que hermosa era limpia y aseada, y cuando se ponía el corpiño ceñido al talle, la cintura era la de una avispa, y cuando se ponía el verdugado y medio alzaba la saya, ¡había que verle el tobillo!

“El padre rio como nunca lo había visto. Se alegró de mis palabras, pero insistía en que aún era niño para hablar de esas cosas. Como por esos días estaba leyendo *La Celestina*, quise inspirarme en la obra, asumiendo yo al papel de Calisto y mi novia el de Melibea. Entonces, le dije dirigiendo mis palabras por el entramado de la celosía: ‘Sí, padre Pedro Claver, y me apena decirlo, pero veo en ella la mano de Dios, y quisiera manifestar mi pesar cuando me levantan barreras para no amarla. ¿Quién en este mundo ha visto un cuerpo tan glorificado como el de ella, que con solo mirarlo uno se hace inmérito de tanta merced? Nadie, padre Pedro Claver, y me atrevería a decir que este goce se puede comparar al que tienen los santos patriarcas allá arriba, el de la visión beatífica, con la diferencia de que aquella es eterna, esta pasajera...’

”El padre estaba sorprendido, no sabía cómo absolverme, y me hizo arrodillar frente al altar, posándome la mano sobre el hombro izquierdo y pidiéndome que la abandonara. Se quedó conmigo todo el tiempo que duró mi estación. Fue algo maravilloso, porque cuando alcé la cabeza, lo vi cambiado y rojo, como nunca lo había visto. Y haciéndome levantar, me dijo: ‘Ahora puedes confesarte conmigo.’

”Volvimos al confesionario y cuando me iba a absolver, después de prometerle que nunca más la iría a ver, me pidió el rosario que ella me había regalado. ‘Este rosario ya no es tuyo, como tampoco de ella, y si te lo pide, dile que lo tengo yo, y que venga a pedírmelo.’

”Pero estaba yo asustado y le pregunté qué tenía que hacer si ella

me insistía con la relación. ‘Vete, que ya no reinará más en tu corazón’ y me firmó el boletín.

”Esa tarde, mis padres se pusieron contentos, y nos reunimos en el patio y hablamos de lo que íbamos a hacer en el viaje, conocer tierras y animales, visitar parientes y amigos, y a las ocho de la noche me metí en el cuarto cuando toda la casa estaba a oscuras. Sin darme cuenta me dormí de repente. En la madrugada, mi madre me despertó y me hizo saber la hora de partida, y me apuré por los bártulos. Sentado yo en la cama, me informaba: ‘Si supieras lo que pasó anoche, Manuel. Ella –cuyo nombre no quiero revelar– tuvo un repentino dolor en el vientre que alborotó la casa y nos hizo llamar al cura. Y yo pensando en el bullicio que te fuera a despertar en la sala’

”Pero yo seguía somnoliento en la cama, y tuvo que gritarme mi madre para despertarme: ‘¡Manuel! ¿Qué te pasa? ¿No sabes a quién me refiero? ¡Vístete que ya es tarde, y que te están esperando afuera!’”.

Entonces el bargel, tomó la palabra y dijo:

–Lo conozco desde el catorce o el dieciséis, cuando era un simple coadjutor y venía de la isla de Palma de Mallorca lleno de ilusiones. Tengo esta historia que demuestra su capacidad para leer el pensamiento de las personas que han caído en pecado. Para las fiestas de Nuestra Señora, una vez fue a las Cuatro Calles para decirles a los orfebres: “¡Ea!, ¡Ea, caballeros! ¡La Virgen va a pasar esta tarde por aquí y hay que tenerle barrido el frente y lavada la camisa!”; lo que en otras palabras era decirles que debían tener el alma barrida y lavada para el sacramento de la comunión. Entró al taller del alférez Juan de Gamedón para preguntarle por las personas que se habían ganado la indulgencia del día anterior y dándose cuenta de que uno de ellos mentía, Juan Galindo, le golpeó la cabeza con la llave de la celda: ‘¡Mientes, bellaco! ¡Tú no te has confesado!’

”Replicándole que sí, que se había confesado, al final se dio cuenta de que al padre no se le podía mentir por lo que tuvo que aceptar su doble pecado. En cuanto a mí, le debo mi vida espiritual. Fui gran pecador, hasta el punto de que quedé procesado por amancebamiento por la Inquisición. El padre me salvó de ese difícil proceso y me fue enriqueciendo la vida espiritual con palabras y ejemplos sencillos hasta llegar a ser lo que soy hoy, ferviente creyente. Me ayudó a comprender muchas cosas que me tenían confundido, como el Santo Grial, el Purgatorio, el Limbo, la Inmaculada Concepción, las profecías de Bandarra, el papa angélico, el judío errante, la nueva iglesia entre judíos y católicos, el taburete de los mina-ashanti, el rosario de Ifé, el oráculo carabalí, la transformación de los bañones en animales, las dudas que siembran los libros de los protestantes, la diferencia entre el libre albedrío y la predestinación, el Anticristo, las quince señales del fin del mundo, la resurrección universal... Una vez, a raíz de una disputa que tuve con un marinero francés, le pregunté si en verdad los muertos de este tiempo y del pasado aún están en un sitio distinto al que deberían estar, como en el Infierno, el Purgatorio o el Paraíso, mientras les llegara el día del Juicio Final...

”En esos momentos, los recoletos de San Diego tocaron vísperas, las que se hicieron sentir por todo el norte amurallado. El hermano Pedro Lomparte, triplemente asustado porque no estuvo al lado del padre Pedro Claver como se lo exigía la regla, porque oscurecía y no habían regresado al claustro, y porque acababa de oír varios asuntos que olían a herejía, se santiguó y se dirigió al interior del cuarto para llamar al padre. Lo vio montado sobre el tablado, entre la ropa vieja de los dueños y entre las llamas de las veladoras, y oyó los gritos de una negra que le decía algo en su lengua materna, a lo

que el padre le pidió al dueño que la apartara de las demás esclavas porque estaba poseída por el Demonio, porque la iba a exorcizar a más tardar al día siguiente”.







# Capítulo siete

ERA LA NOCHE OSCURA. ERA LA NOCHE SIN LUZ, SIN RUIDO, sin olor. Era la noche en la que todo ejercitante deseaba encontrar para su suprema unión con Dios; y sintiéndose seguro de ello el padre, se asomó por la ventana para desconectarse de todo lo que tenía que ver con las sensaciones, como con la luz, los sonidos, los olores, el sabor, para que su ascenso se pudiera dar solo con las tres potencias del alma y no con la orientación de los cinco sentidos. Entonces vio por última vez el titileo de un cocuyo, la linterna de una garita, los faroles de Las Galeras, el faro del cerro de La Popa; y percibió por última vez el canto de una lechuza, el croar de una rana, el ladrido de un perro, el chillido de una rata, el murmullo de una oración, el eco de una salva, el olor de su ropa, el sabor de la misma, y se concentró en la pesebrera de estrellas que señalaba el camino de Santiago sobre el firmamento, la Vía Láctea, lo que en últimas le permitió dirigir sus pensamientos hacia la entrañable morada suprema...

Regresó al libro del padre Luis de la Puente, sobre la mesa, y con la llama al lado leyó los puntos que le ayudaban a meditar. Quiso contemplar la Pasión en cinco de sus dieciséis virtudes, por separado, como en su conjunto. Escogió Bondad, grandeza, eternidad, poder y sabiduría, no como virtudes del alma, sino como virtudes divinas. Hacía poco que lo había hecho con la Trinidad y había tomado de contemplación al Padre, al Hijo, al Espíritu, tanto en forma separada como en su conjunto, sin que ninguna de las tres se sobrepusiera a la otra, pero ahora quería hacerlo con la Pasión, desde su prendimiento, cuando Jesús fue aprehendido por los soldados romanos, hasta su muerte, cuando fue ejecutado en el Calvario. Subió el pensamiento al Padre, al Hijo, a la Madre en Espíritu, a los que les rogó le exaltasen las potencias.

“Oh soberana Bondad”, meditaba, “te pido gracia para que pueda subir a contemplar la Pasión en su esencia divina, y se dé el feliz tocamiento de mi alma con Dios. No soy digno de pedirte este don, mucho menos de recibirlo. En cuanto Tú, Padre, me lo puedes conceder, así podré amarte, recordarte y alabarte en tu grandeza eterna”, y esperó a que la buena dádiva le viniera de arriba. Continuó: “Oh soberana bondad, acto infinito en bondad, grandeza, eternidad, poder y sabiduría, eleva memoria para recordarte, entendimiento para contemplarte y voluntad para amarte; por cuanto memoria te recuerda, entendimiento te contempla y voluntad te ama, entonces estarán mis tres potencias contemplándote, sin que ninguna de ellas se sobrepusiera a la otra, en total consonancia. Porque tú, soberana Bondad, eres acto de eterna bondad, y por tu bondad nos ayudaste a recuperar el Paraíso...”

A Voluntad se le aguaron los ojos, lo que indicaba que el ascenso se iba dando, y Entendimiento dijo: “¡Cuán grande es Dios en su

esencia y en su acto, que grandeza es a la vez y por separado eternidad, poder y sabiduría! ¡Y la razón de todo esto es que Grandeza es perfecta e infinita, no así mi entendimiento! ¡Y empequeñecido ante la grandeza de este acto, nunca podré recordar, entender ni amar la pasión de Cristo como debería ser, porque ese dolor es tan grande que no tengo forma de entenderlo!”.

Luego le preguntó a voluntad si era capaz de amar la pasión sobre todas las cosas en eternidad. “¡La amo tanto que estoy dispuesto a morir por ella!”.

Entonces el padre empezó a meditarla desde la virtud divina Poder y Entendimiento dijo: “No hay medios para cuantificarlo por su naturaleza infinita e inacabada, aunque parezca acto acabado y formado por pequeños detalles que hacen narrativa la historia de los Evangelios...”.

Hasta ese punto la ascensión se había dado, por lo que el padre Pedro Claver, extasiado, quiso trabajar con la quinta virtud divina. Entendimiento dijo que Sabiduría era infinita, eterna y sabia, porque, si no, sería una sabiduría mundana y caduca.

Memoria dijo: “¡La Pasión es un hecho tan sabio que no se puede desconocer por ningún motivo!”.

Pero el padre se alteró, afectando a Memoria que le recordó la forma como los esclavos tomaban a Cristo, los araráes por Lisa, los carabalíes por Abasí, los angolos por Mamá Kengué, los lucumíes por Obatala, los biojóes por Obide y Okanto... “¡Malditos los que hacen esta comparación!” exclamó Voluntad, “¡Y malditos los que dudan del Mesías cristiano!”.

El padre había dejado de llorar hasta tal punto que creyó desplomarse en el piso de madera. El rostro se le había secado de lágrimas, contrayendo una dura mueca de angustia y preocupación...

Sin embargo, Voluntad, en contra de lo que le pedía Entendimiento, mayor calma, se dirigió a los musulmanes que negaban la Cruz y a los protestantes la transustanciación, dilatando el retorno de las potencias al ejercicio contemplativo... Memoria lo detuvo, y le pidió que más bien se encomendara a las bienaventuranzas y a la gente que había ayudado a difundir el Evangelio en la urbe: Calepino, vertiendo las enseñanzas del padre Pedro Claver en once lenguas africanas; Francisco de Jesús Yolofé, traduciendo el catecismo a los porfiados musulmanes; Lorenzo Zape, fabricando los rosarios; Domingo Folupo, encerando las disciplinas; Andrés Sacabuche, Simón Biafra, Antonio Chirimía, alegrando los ambientes con su música celestial...

Entonces le preguntó a Voluntad en qué se asemejaba su querer con la voluntad de Dios. “En todo”, le respondió al padre en el acto. “Por cuanto el querer y la voluntad de Dios son una misma cosa, y el querer de Dios es igual en Bondad, Grandeza, Eternidad, Poder y Sabiduría, este acto no podría ser bondadoso, grande, eterno, poderoso ni sabio, si no hubiera perfección perfeccionada perfeccionante en ello. Por lo tanto, lloro de tristeza por la deshonra que le tenemos a la Pasión”, a lo que el padre, también con ganas de llorar, no quiso terminar el ejercicio sin antes preguntarles a las potencias si podían, por separado y en perfecta consonancia, contemplar Perfección, como la sexta virtud divina, aunque no la hubiera incluido al principio.

Entendimiento empezó: “¿Puedo contemplarla en toda su magnitud!”. Con estas palabras el padre Pedro Claver se sintió seguro, y continuó con su meditación, ascendiendo hacia la gran bóveda por el Camino de Santiago, hacia el reluciente trono de zafiro...

“Oh soberana Perfección, perfecta entre las cosas perfectas, quiero contemplarte como cualquier mortal que busca la perfección de su

alma. Tu acto es perfecto por esencia en Bondad, Grandeza, Eternidad, Poder y Sabiduría”, y quedó extasiado por dos horas, imaginando todo lo que implicaría perfección en las cosas mundanas y no mundanas, como en las providencias... “Si no fuera así, no habría acto perfeccionante en el universo”, lo que motivó a que Entendimiento, seguro de sí mismo, subiera más y dijera que la perfección de ese acto era perfecto por y en su misma esencia, pues él mismo se perfeccionaba indefinidamente, y le preguntó a Memoria qué recordaba de aquel momento doloroso de la Pasión.

“Recuerdo maravillas, las cuales pienso cómo puede existir su desconocimiento en ciertos pueblos, los cuales mueren sin la devoción que le tenemos a la Pasión desde los tiempos de los apóstoles”, y un sentimiento de pesar le corrió al padre Pedro Claver por el pecho, encendiéndole aún más los lacrimales. “¡Ah!”, intervenían las tres potencias al tiempo, “¿cuándo llegará el día en que esta pena sea honrada por todas las naciones de buena voluntad?”

Al cabo, el padre Pedro Claver volvió al mundo de los sentidos, y se encontró en la misma posición como había empezado: arrodillado, con las manos en el pecho, los ojos arriba y los párpados hinchados. Cerró el libro, y una gota de lágrima cayó en sus páginas. Pero se sintió triste cuando sus sentidos empezaron a interactuar, cuando sintió la sotana mojada, las rodillas maltratadas y el pecho angustiado. Entonces, sentía que ya no vivía, que estaba sin vida, que moría porque no moría, y eso lo amargaba. El cielo empezaba a clarear, y elevó sendas oraciones de agradecimiento al Padre, al Hijo y a la Madre. Tardó media hora en ese acto, con las primeras voces del día, y como en ese tiempo estaba de maestro de novicios, se decidió a escribir su experiencia en su cuadernillo de notas para la próxima clase. Se puso a escribirla en la mesa, imaginando los caminos que podía disponer

el ejercitante para que pudiera escapar de la prisión de los sentidos, y en el cuarto folio, bajo la titilante luz de la vela, se detuvo; comenzó a leer en voz alta lo que había escrito, le puso mucha devoción al texto, pero todo se le empobrecía ante sus propios ojos. Entonces sentía que ya no podía hacer nada, que todo se le había empobrecido, y que esa experiencia solo se daba si se creía totalmente en ella.



Pasaron los días, y el padre Pedro Claver sudaba la fiebre con un grueso cobertor de lana en el cuarto. Acatarrado, el médico del claustro, don Bartolomé de la Torre, le había prescrito los melosos brinquiños de ojimiél. En eso entraron los criados, algunos con el sombrero debajo del brazo, pero todos pisando con cuidado el piso de madera de la celda para no delatarse con los que estaban abajo, en la portería; y sintiéndose seguros de su estancia, pues siempre sentían el temor de que los fuera a sacar el rector, el procurador o ciertos padres hostiles a este tipo de encuentro, estos expresaban con alegría las cosas que habían hecho en la ciénaga de la Virgen, sin que les cohibieran las distintivas señales de sus tribus, como los dientes cortados, la piel labrada, las orejas y las narices agujereadas, ni su característico olor a sobaquina y a esclavo. En ese instante el padre Pedro Claver, se sentía como su maestro, y todos los esclavos se sentaron en los pocos banquillos que había en la celda.

Domingo Folupo dijo:

–Si supiera, vuestra paternidad, lo bien que nos fue en la ciénaga. Recogimos todos los dátiles que pudimos cargar –pero el padre le pidió que abriera la puerta para que se airera un poco más el cuarto.

–Me alegro de veros aquí –les decía–, y me hubiera gustado estar con vosotros en la ciénaga para disfrutar de sus parajes, pero el Colegio no me lo hubiera permitido...

Tenía el cuello enrojecido por la faja de cilicio y en la sangradura del brazo aún conservaba el apósito de mercurio de la última sangría. Domingo Folupo le preguntó si ya no era la hora de traerle los remedios de la enfermería.

–No –le respondió con voz cansada–. No está de más deciros que los tiempos litúrgicos son veloces y hay que estar preparados para ello –y le preguntó a Joaquín Nalú si ya le había entregado los dátiles al hermano Manuel Rodríguez para que los pusiera en punto de jarrabe–. Allí está el remedio de los lazarinos –sonrió y se sopló la nariz colorada por la congestión–. Una cosa me preocupa de vosotros es si estáis contentos con el Colegio. Desde luego, habrá padres que regañan y ponen fuertes penitencias, pero lo hacen por el bien de vosotros. No sé qué hubiera sido sin vosotros, porque sois los únicos que podéis salvar al bozal. Oro para que este apostolado sea cada día más digno de predicarse entre los que llegan de lejos y buscan consuelo entre nosotros. Algún día moriré, es un asunto que no me incumbe, y quiero que vosotros estéis preparados para ello –y le preguntó a Domingo Folupo si en verdad estaba contento con ser cristiano.

–¡Desde luego, vuestra paternidad! –le respondió el criado, con su característico acento de extranjero–. A pesar de haber perdido contacto con mi gente, he cambiado bastante, y me he dado cuenta de muchas cosas que pasan aquí y que no pasan allá. Allá la gente vive en guerra. No tenemos rey ni gobernantes que nos sujeten, por lo que todo el mundo se manda por sí mismo. Nos atacamos con flechas, con machetes, con bastones, y de noche les incendiamos las cosechas de frijol a los vecinos, cuando lo van a utilizar para ciertos ritos

de iniciación. No está de más decirle a vuestra paternidad que en todos los ritos se hace una ofrenda para determinado espíritu ancestral. Mientras el Dios de los blancos nos ama, nos protege y nos perdona, el de nosotros es invisible, inaccesible y sordo a nuestras plegarias, y solo aparece cuando hay una desgracia en el pueblo. Y como no conocen al Dios de los blancos, viven aterrorizados por el imprevisible comportamiento de la naturaleza, y ningún sacerdote tiene ese corazón tan generoso como el de vuestra paternidad, como la vez que le prestó la milagrosa cruz de palo de rosa a doña Leonor de Orgaz por toda una tarde, pues había sido abandonada por su marido que la dejó con cinco hijos...

Estaba animado, más cuando hablaba de sus raíces; y como los bañones, tenía la nariz aplastada, los labios gruesos y las perillas de las orejas flácidas por la varita de bambú que usaba en su aldea.

–Teníamos un rey que no perdonaba a nadie, ni al hidalgo –continuaba–. Por cualquier cosa nos condenaba a la servidumbre perpetua o a la pena de muerte, o si no, nos vendía a los blancos por cualquier cosa junto con los hijos y la mujer. Otra cosa que me ha hecho cambiar aquí y es que ya no creo en Ngun, ni en su cohorte de espíritus intercesores, por lo que le cumplí a vuestra paternidad de borrarlos de mi mente...

–Y tú, Antonio, ¿en qué crees?

Antonio Balantas se puso de pie. Tenía el cuello labrado por una gorguera de medias lunita que le brillaba con el sudor, y el entrecejo por una extraña cruz de tres lazos que le llegaba a la sien y a la nariz, parecida a la que utilizaban los escribanos. Respondió:

–Ya no creo en Nhaala, ni un poquito así, ni en sus espíritus protectores. No estamos civilizados como los blancos, pues allá andamos desnudos, y lo primero que hago cuando llegan los bozales al puerto



es darle un trapo para que se cubran sus partes vergonzosas... Sé que no nos gustamos con los branes ni con los biafras –le dio la mano en tono amistoso a Manuel Bran y a Simón Biafra, al más moreno de los esclavos–. Tampoco nos gustamos con los extranjeros –hizo un gesto de obediencia al padre Pedro Claver– y somos crueles incluso con nosotros mismos. No tenemos rey que nos sujete, ni gobernador, siempre inventamos normas cuando nos conviene. Tenemos otro defecto aún peor: nos vendemos con facilidad, por cualquier delito, incluso por chisme, por lo que somos buenos productores de esclavos –y se echó a reír–. Otra cosa que nunca he olvidado son mis raíces, por lo que nunca he podido abandonar este sombrero rojo –y se lo mostró a todos.

El padre tosió, deteniendo la conversación. Varios esclavos lo abanicaron. Al cabo, Joaquín Nalú se separó de Ignacio Sosé y quiso hablar de su vida. Cuando se dispuso, la frente se le dividió en dos partes, justo por donde le cruzaba la cicatriz de sien a sien, y la boca se le agrandó por la falta de incisivos.

–Allá, cada acontecimiento tiene su propio rito, ya fuera para la cosecha, para un matrimonio, para un nacimiento, para la niñez, para la adolescencia, para la adultez, para la lluvia, para la sequía, para las crisis, para una enfermedad, para un entierro... En todos ellos empleamos máscaras con figura de cocodrilo, con el hocico así de largo, y las orejas largas como las del antílope... Las mujeres se visten con una tela parecida al pellejo de la serpiente, llevando por detrás una pieza parecida a la cola del camaleón... Los hombres llevan el pelo así, en largas y graciosas guedejas, como si lleváramos en la cabeza una jaula de ciempiés... –y se echó a reír, pero Simón Biafra le pidió que le dejara hablar.

–Fíjate, Domingo –lo interrumpió–, nosotros nos parecemos más a los ibos que se cortan los dientes y no son nuestros vecinos, que a

vosotros nuestros vecinos y se marcan la nariz y la frente, aunque nosotros el ombligo. Incluso, el idioma de los ibos se parece más al nuestro –y se echó a reír.

El padre lo interrumpió con la mano y le preguntó de nuevo a Antonio Balantas en qué creía anteriormente, y este le respondió en el acto:

–En el espíritu del bosque que se invoca y se mete en el cráneo de una cabra, al que se le hace sacrificios y bailes con una borrachera de vino de palma, pues nunca se adora a Nhaala. . .

El padre se volteó y le preguntó a José Monzolo si se sentía contento con los españoles.

–Pues sí, vuestra paternidad –le respondió el criado, secándose el sudor de la cara con la manga de la camisa–. Yo no soy nada ante la Corona ni ante la Iglesia. Nací en el reino de Congo, en un lugar muy apartado, llamado Nzolo. Hace tres años que me compraron aquí para desempeñarme en el oficio de traductor del congolés y del monzolo. Lo que más me conmovió fue mi paso por el Atlántico. Todos los esclavos que íbamos en la nave teníamos miedo de que los blancos nos fueran a comer. Y veníamos contando el número de cerdos que sacaban de la pocilga y que después sacrificaban en la cubierta, pues estábamos seguros de que después iban por nosotros. . . Otro rumor que circulaba entre nosotros era que con la piel de uno iban a hacer las banderas de la nave, con la sangre la pintura de los estandartes, con los huesos la pólvora y con la grasa el aceite de las lámparas, y los ibos se tiraban al mar antes de perder el contacto con su tierra y sus muertos.

–¿Y tú? –le preguntó el padre a Ignacio Sosé.

El criado se alegró con la pregunta y, después de haberse secado el sudor con un pañuelo que se volvía cada vez más mugriento, le respondió a través de los gruesos labios.

–No tengo nada de qué quejarme, aparte de perder mi familia para siempre. Cuando llegué al puerto, vuestra paternidad me compró al instante. Se encantó de mis modales porque en mi tierra somos muy corteses, y yo era entre los pocos esclavos que venían con la ropa puesta. Recuerdo que vine con una camisa muy escotada y de mangas anchas, y con un pantalón ancho, aunque todas estas prendas estaban en la inmundicia. Allá los ricos se visten bien, la camisa con ribete de oro en la manga, y las mujeres, la saya de listas hasta los pies. Para las fiestas solemnes, la bata de vivos colores y un manteo parecido al del padre. Nos cubrimos con coral las orejas, el cuello y el tobillo, y el pelo con oro y plata... Por qué no decirlo, las mujeres son bien tratadas y están entregadas a la crianza de los niños. Somos alegres, pasamos el tiempo cantando, incluso para bañar a los niños. Somos trabajadores, de niño trabajamos la madera, el cuero y la cola. Ojalá tuviera una nuez de cola para curarle a Vuestra Paternidad las dolencias que le viene aquejando –y se echó a reír.

Los esclavos estaban animados, a punto de estallar en risa, sobre todo cuando veían dormido a Antonio Congo en la banca y Francisco Mandinga se le burlaba del arrugado y marchito rombo que tenía labrado en la sien. Aquél despertó entre bostezos, despezándose con mucha flojera, como si la siesta de los gansos que se había comido de regreso aún no lo había digerido del todo; y hurgándose la nariz, y mirando a todos con esa mirada profunda como la de todo bantú, le habló de lo duro que fue la recogida de los dátiles en la ciénaga de la Virgen. Hubo sol, mosquito, jején, garrapatas, y le tomó el brazo al padre en señal de obediencia:

–La verdad, yo no nací para el trabajo ni para el estudio, aunque me consideren entre los esclavos de buena ley. No sé qué hubiera sido de mí si no estuviera tocando música o encerando las disciplinas.

Desde que nací, he sido esclavo del rey, y ando con la piel enferma –y se miró los brazos llenos de picaduras de insectos–. Desde que me convertí, dejé de adorar a las piedras, a los paralelepípedos, a las lascas, y dejé de cargar el *nkisi*...

En ese momento lo cortó Francisco Bran.

–Sí, el primer cambio que tuve fue el hecho de que no podía tener varias mujeres al mismo tiempo –y se rio con cierto aire de picardía–. Pero eso no quiere decir que allá no se castiga el adulterio. Al adúltero le cortan la cabeza; y si es hidalgo, lo venden como esclavo –pero la conversación parecía perder impulso.

Hacía calor y el bochorno era aún más intenso por la cercanía del claustro a las aguas de la bahía. Francisco Mandinga se abrió la camisa con cierto disimulo para tomar un poco de aire fresco. A diferencia de los demás esclavos, tenía la cabeza redonda y la piel limpia, sin ninguna señal visible, y estaba afeitado, pero tenía las orejas agujeradas. Siempre que le preguntaban por su travesía por el Atlántico, para él era la aventura más importante de su vida.

–Siempre me pregunté por qué los blancos son libres y los negros no. Cuando me prendieron allá apenas empezaba a conocer el Corán, y entre las primeras recomendaciones que recibí allá mismo era la de no creer en los hechiceros ni en la intercesión de los espíritus. A las cuatro de la mañana me despertaba para la primera oración, me lavaba el rostro, las manos, la planta de los pies, y me ponía el gorro de borla. Poco a poco iba aprendiendo a manejar el rosario de los musulmanes, y cuando pasaba por las cuentas menores, como en el rosario de la Virgen, me sentaba en el piso; cuando pasaba por las mayores, me paraba; y terminaba el rosario pidiendo a Alá el comienzo de un buen día. A pesar de todo, somos muy pocos celosos con las creencias, las combinamos con otras, pero

nunca quise invocar los espíritus de mis antepasados ni beber el agua sagrada de la fuente cerca de mi aldea. Eso sí, cargaba de amuleto el signo de Salomón, porque era la única forma que teníamos para contrarrestar los hechizos de los que adoraban a Olorún. Una vez me enamoré de una soninké con la que quise arreglar el matrimonio, pero las cosas se me complicaron. Era bella como la luna llena e inteligente, y tenía los senos aplastados, la nariz chata, los labios gruesos, el pelo lanoso, y estaba prendada por todas partes, y los aretes le bailaban como gonces en las orejas, y me gustaba la forma como movía los brazos cuando caminaba. Me gustaba tanto que no me importaban sus dientes cortados. Entonces comencé a aprender su idioma semejante al nuestro y a conocer las máscaras que empleaban en sus ritos para hacer crecer el grano y atraer la lluvia... –y se hizo un breve silencio.

En ese instante, Cosme Biozo lo había interrumpido. Quería hablar, y hablaba pausado, mascando la bola de rapé que le teñía los dientes.

–Sí, baba –se dirigió al padre Pedro Claver, todo tímido, sobándose la incipiente barba, y con mucho respeto–. Allá en la isla de Bioko tenemos a Umo, espíritu bueno, al que buscamos por los matorrales con un silbido... Pero en la búsqueda siempre aparece Morimó, al que tenemos que espantarlo con la ramita de una mata de espinas...

Pero también lo interrumpió Ignacio Angola, todo jocoso, y tarareando una canción de moda. Tenía la camisa empapada de sudor, y la piel mohosa por el duro trabajo en las canteras de los padres en la isla de Karex, como las manos demasiadas gruesas, y dijo:

–Es el mismo miedo que tenía aquí, porque al principio veía a los blancos como malos espíritus. En el almacén quería discutir con vuestra paternidad sobre nuestras creencias, pues estaba seguro que

las nuestras eran superiores, pues nadie enseña al pez a nadar. Pero muchas cosas me han sucedido desde entonces. La primera fue con el padre Esteban Amaya. Me regañó porque siempre me veía traduciendo la confesión de un esclavo en el lado derecho de vuestra paternidad –y se echó a reír–. Pero vuestra paternidad me llamó con el nombre cristiano delante del padre Amaya, y no con el usual nombre de ¡imbécil! o ¡marrullero!, y le dijo que yo podía estar sentado en ese lado porque yo debía ganarme el respeto de los demás negros. La segunda fue con una enferma de viruelas en la casa de doña María Ortiz de la Maza. Estaba encerrada en la habitación de la azotea, y la dueña había dado la orden de que nadie subiera al mirador, sobre todo los niños. Cuando abrimos la puerta, el hedor fue tan grande que yo estuve a punto de desmayarme en la escalerilla, a pesar de haberme empapado la nariz con vinagre de menta y espliego, y la azotea estaba ventilada con las recias brisas marinas. Vuestra paternidad, sin embargo, entró y no dejó que el hermano Nicolás González se acercara, porque ese mal olor le podía hacer daño a él... Yo entré y la vimos acostada sobre unos costales, y salvo los ojos, no tenía ninguna parte del cuerpo sana, y la carne se le desprendía a pedazos, y el pus le corría con ese olor nauseabundo... Entonces el padre Pedro Claver se sentó al lado de la esclava para mostrarle el crucifijo: ‘¡Mujer, este es el Señor que te va a sanar!’.

”Pero la esclava no reaccionaba. ‘¡Mujer, este es el Señor que te va a sanar!’. Entonces vuestra paternidad comenzó a darle golpecitos en la cabeza. ‘¡Mujer, este es el Señor que te va a sanar!’. Al cabo, la enferma volvió en sí, pero quejándose de sus dolencias, y vuestra paternidad se acomodó en la silla para confesarla mejor, mientras yo le servía de intérprete; pero viendo que la enferma aún seguía quejándose de la cantidad de pus que le manaba de la piel, le tendió el manteo

a su lado, le aplicó los óleos, y cuando la ayudé a levantarse, para regresarla de nuevo a la litera, dejaba pedazos de piel en el costal. El padre Pedro Claver con sus propias manos le refrescó las narices y las muñecas con agua de romero, le dio unos dulces con sus propias manos, le limpió el pus, le secó las pústulas, y después se vino a limpiarle y ablandarle el costal de armas, el mismo que utilizaban los dueños para defenderse de las flechas de los indios. Por último, la regresamos al costal limpio y blando. Yo le traducía sus quejas y la negra no sabía cómo agradecerle a vuestra paternidad el alivio que sentía. La dueña mandó a quemar estoraque y tabaco para perfumar el cuarto, y en el fogón vuestra paternidad le prendió la vela al pequeño altar de la criada. El final era agridulce, porque lo más probable era que la enferma se iba a morir de lo mismo, y quise quedarme por más tiempo contemplando el mar Caribe, la llegada de una nave de la Corona que corría como una hormiga sobre las aguas del mar Caribe, pero el padre Pedro Claver se desesperó, y al final hicimos todo lo posible para que no se fuera a poner el manteo manchado de sangre y pus, pero se lo puso, sin asco y sin repulsión, y nunca puedo olvidar ese detalle, porque yo con el hermano Nicolás González nos quedamos saludándonos de esta manera, preguntándole yo primero: ‘¿Sabe bien vuestra reverencia qué se puso vuestra paternidad cuando terminó de atender a la negra enferma de viruelas?’”

Todos se echaron a reír. Andrés Sacabuche, el más alegre y locuaz de los esclavos, y el más alto, le dio la mano a Ignacio a manera de felicitación, como a Juan Primero, y dijo:

–Allá las mujeres se visten con unas enaguas parecidas al traje de las flamencas, pero de colores chillones. Los hombres, por lo general, se visten con corteza de árbol. Dormimos en barbacoas, cantamos en

todos los oficios, pero lo que más me desagrada de mi tierra es que a veces nos venden o nos truecan hasta por un perro o por un gato. Es el precio inicial que valemos como cabeza de esclavo allá, porque aquí nos venden a 250 pesos –y se echó a reír con cierto aire de ironía–. Al principio, cuando llegué, estaba convencido de que Nzambi lo era todo, era la única que nos podía salvar de la esclavitud, pues no creemos en nadie más, pero me di cuenta con el tiempo de que no era así, y con la ayuda del padre Pedro Claver me fui introduciendo en las costumbres de los blancos a través de la música...

Sin embargo, el padre le preguntó qué era lo que más rechazaba de las Indias.

–Cuando el amo azota, brea, larda, desuella, castra, corta la lengua, vacía el ojo o le rompe el tendón de Aquiles al esclavo, o lo abandona por allí cuando está llagado porque le sale más barato que conseguirle un médico...

El semblante de los esclavos cambió de inmediato. El padre Pedro Claver, después de lamer el acuoso brinquinño, no quiso extenderse en el tema y le preguntó a Feliciano de los Ríos qué le molestaba desde su llegada a las Indias.

–El viaje por el Atlántico –le respondió de inmediato–. Desde que lo aprisionan a uno allá y lo marcan con el hierro. En el barco las cosas se vuelven peores, sobre todo cuando el mar está picado: nos traen aherrojados, al lado de los puercos, encima de la sentina, todo el día a oscuras, haciendo las necesidades ahí mismo, quejándonos y preguntándonos qué sería de nosotros si no llegáramos a tierra, y qué habíamos hecho para semejante sufrimiento. Todas las mañanas nos preguntábamos si alguien había muerto o enfermado, y quién aguantaría hasta el final, y solo contábamos con la esperanza de que los yorubas, los carabalíes, los angolos, los araráes



y los minas, contaban con la ayuda de sus espíritus que habían llegado en el barco para mitigarnos de la tristeza y la melancolía, y nos consolábamos con mentiras tan sencillas como el dios de tal casta nos mandó un oráculo a través de la escotilla, a través de las aguas que se acumulaban en la sentina, a través de las ratas que corrían por el casco, a través de los peces que nos rodeaban, a través de las escudillas y las jarras que nos servían, a través de la voz del grumete que cantaba la hora, a través de los animales que voceaban en la cubierta, ya fuera la cabra, el cerdo o la gallina, pero eso era puro consuelo. Un yoruba había hecho de pequeñas astillas el rosario de Ifé y nos leía la suerte; otros se pasaban la noche mirando la constelación Géminis, leyendo los mensajes que les enviaban Obatala y Odudua por la escotilla, y eso nos daba esperanza; otros se molestaban porque el grumete que baldeaba la bodega con vinagre más bien lo que hacía era espantar las ratas portadoras de mensajes del más allá; otros se molestaban porque no le daban agua limpia para asearse; otros querían ahorcarse con las cadenas que lo ataban como los lucumíes... Pero los blancos nos daban palo, mucho palo, y nada más que palo. Un carabalí dijo que el crucifijo que llevaba el capellán en el pecho estaba poseído de espíritus protectores por lo que había que ofrendarles. Así transcurrió el viaje de 51 días, acostumbrados nosotros al olor del excremento, a la quemazón de la orina, a la dureza del maíz y del millo, al agua salobre, a la galleta que no comían los marineros porque estaba llena de gusanos y apestaba a pescado; y nos seguían dando azotes con malas palabras, peor que a un perro; y nosotros flaquitos y hambrientos y con las encías reblandecidas y la piel llena de arañazos y cicatrices que nos sangraban con facilidad; y los que tenían el mal de Loanda, los tiraban al mar; y los que tenían cámaras, dolor de costado, tabardillo y recias calenturas,

esperaban un milagro; y solo descansábamos los días en que el océano estaba quieto aunque nos subieran para bañarnos con el agua salada y nos hicieran mover los músculos con la música que nos tocaban, o con los latigazos... Entonces, el padre Pedro Claver se me acercó en el muelle de Los Plátanos para preguntarme a través del intérprete: ‘Dime, hijo, ¿cómo te llamas?’. No sabía qué responderle, pues en mi tierra utilizamos un nombre para el nacimiento, otro para la niñez, otro para la adultez...

”¿Hay Dios?’. Le dije que sí. ‘¿Cuántos?’. No sabía qué responderle, pues podía enumerarle el de los yorubas, el de los araráes, el de los minas, el de los yofes, incluso el de los musulmanes. De nuevo me preguntó: ‘¿Cuántos dioses tiene tu casta?’. Le dije que uno, con diferentes nombres, según la aldea, creador de todas las cosas, sustentador del universo, gran espíritu... Entonces empezó a hablarme del Dios de los blancos...”

–En cuanto a nosotros –tomó la palabra Thomé Carabalí–, ibos, ibibios, ijos y ekois tienen su propio ser creador más o menos emparentados entre sí. Abasí es el creador de los ibos, se opone a la brujería y está en contra de los malos espíritus. A veces es el dios del trueno, el que inicia la estación de lluvia. Otros lo consideran mensajero de su padre Ete Abasí y lo llaman con el mismo sonido que produce el rayo en el aire: ‘*Mmm-ronnn...*’. Los ekois tienen otra historia, la de su malhumorado dios Obasí Osaw que vive en el Cielo y nunca viene a la tierra, por lo que no recibe ninguna ofrenda, de ahí que responda con trueno, con rayo o con sol inclemente cuando se le molesta... Cuando emplea el rayo, lo ayuda Tormenta que espanta a Gigante, y este produce el ruido: ‘*Rrrooong...*’. Cuando está de buen humor, produce la lluvia, con la que fecunda a Nsi, diosa de la tierra y morada de la vida... Lo mismo pasa con Abasí que fecunda a Ison, y

con Chukwu a Ale... Esta es la historia de los carabalíes que es bastante larga... Ahora les voy hablar de la forma como me esclavizaron. Un oráculo fue el que me condenó a la esclavitud, dicho de la boca de un sacerdote aro que después supe que era cómplice de un mercader blanco... -y se detuvo por un rato, mientras se tomaba el vaso de agua que le habían traído, y mostraba con dignidad el resto de dientes que le habían cortado en su aldea. Continuó-: Allá en mi tierra, los hombres conforman una sociedad secreta llamada ekpo. Les rinden culto a los antepasados para apaciguar sus iras, para que nos den fortuna y prosperidad, y sus miembros andan todo el tiempo enmascarados y sirviéndoles de médium. Pueden controlar la vida de uno, decir si uno va a ser libre o esclavo, feliz o desgraciado, sano o enfermo, fértil o infértil, y no pienso como en ciertos esclavos que andan detrás de la sombra de vuestra paternidad para ganar la gracia del Dios de los blancos, ni creo que en estos banquillos se encuentren espíritus protectores... Los huevos que a diario se comen aquí tienen un significado especial para nosotros, porque los ovalados representan la masculinidad de Abasí y los redondos la feminidad de Ison. Así como da nacimiento a un pollo o a una codorniz, la Tierra, como huevo cósmico, da nacimiento al hombre y a la vida en general. Qué agradable es hablar de estas cosas con Vuestra Paternidad y con el padre Alonso de Sandoval que nos entienden mejor, y no con los señores inquisidores, como cuando les serví de intérprete para el proceso de Antón Carabalí en el veintiocho, junto con el padre Pedro Claver. Antón había sido hechicero, adivinaba hurtos, ataba amores, hacía seguranzas, pero había sido testificado por 21 personas, y lo condenaron en el auto de fe a doscientos azotes por las calles públicas, destierro a Las Galeras, y diez años de servicio a los pobres en el hospital de San Sebastián. Había comido carne humana en esta ciudad,

mezclando sus creencias con las de los blancos que practicaban la brujería, y todos los viernes, para luna llena, y escondidos entre la vegetación del cerro de La Popa, tenía que llevar al vicario del diablo el cadáver de una persona que después destazaban, cocinaban y repartían en el piso en hojas de plátano. Traían las partes del cuerpo en una batea y después de hartarse de esa carne sin sal y sin condimentos, la bajaban con la chicha de sangre humana; después se ponían a danzar alrededor del vicario disfrazado de macho cabrío, entre tambores y palmadas, besándole el trasero untado de azufre, y en la ronda cada pareja practicaba la sodomía. La de Antón era Pablillo, mitad hombre y mitad gato, lo que no hizo creer al fiscal del secreto...

”Y preguntándome el fiscal del secreto Juan Ortiz cómo los mataba, Antón le decía que chupándole la sangre por la nariz, por el oído o por el ombligo, y que lo hacía por la noche, con personas que no tuvieran familia, y que después lo desenterraban por la noche en el cementerio y lo llevaban al aquelarre con el calabazo de sangre que le había chupado antes y que tenían que desleír con agua porque venía cuajada. Y preguntándome el fiscal del secreto por qué lo hacía, Antón le decía que para ganar la gracia del Dios de los blancos, pues seguía siendo esclavo y perro... Y a la pregunta a cuántos mató, primero dijo que a 16, después a 50, más tarde a 102, y siempre respondía con una cifra superior y con la expresión *‘Ekwere efion!’*, como queriéndome decir en su idioma que lo hacía por el poder de la sangre humana, y eso nunca se lo traduje al fiscal Juan Ortiz porque me helaba la sangre tal expresión. En la cuarta audiencia el fiscal lo amenazó con llevarlo al potro si no le decía la verdad; entonces dijo que a 153 –todos los esclavos se conmovieron, pero el carabalí continuó–: Cuando supo vuestra paternidad de la condena, se sintió más culpable que

el mismo Antón, por lo que se lo pidió al fiscal Ortiz para la nueva catequización...” –y la conversación se detuvo de repente, dejando un escalofrío entre los presentes.

Feliciano de los Ríos, tratando de alegrar el ambiente, se dirigió a Nicolás Criollo con una ocurrencia graciosa:

–Si hubieras nacido en el país de los yorubas, te hubieras llamado Olohun-iyó, “Hombre de voz dulce” –y todos se echaron a reír.

Nicolás Criollo aceptó el cumplido y entonó una canción castellana de moda, a la que se sumó Andrés Sacabuche remedando los sonidos de su sacabuche, Simón Biafra de su corneta y Antonio Chirimía de su chirimía. El padre, después de pasar por otra crisis de tos, les pidió a todos callar, y los esclavos obedecieron en el acto.

–Lo que más me llama la atención de mi tierra –dijo José Monzolo–, es la jirafa tan alta y pegada al cielo que por donde pasa cae la lluvia –y todos se echaron a reír.

Francisco Yolofo, con ganas de hablar, y uno de los que mejor hablaba el castellano, dijo:

–Hace diez años me trajo al Colegio el ilustrísimo señor don Pedro de Vera para que el padre Pedro Claver me enseñara la doctrina, y aquí me quedé, por mi voz y mi entusiasmo para aprender las cosas de los blancos. Vuestra paternidad habló con el entonces rector padre Juan Manuel para que me compraran, y porque yo era el adecuado para servirles de intérprete a los musulmanes que hablaban la lengua yolofo, mandinga y berbesí. La lucha con los musulmanes es dura, porque son difíciles de convencerlos, y más en los puntos que tienen que ver con la Trinidad y la Encarnación. Una vez llamaron al padre Pedro Claver para que asistiera a un enfermo en la calle de Alcibia. Entramos en la casa de doña Ventura de Puertollano y ella nos dijo que el esclavo estaba sin habla desde hacía tres

días. Se llamaba Juan Mandinga. El padre Pedro Claver entró en la recamarita de los criados bastante estrecha pero fresca porque era de bahareque y el techo de palma, y lo llamó tres veces por su nombre. Volvió en sí y al recuperar el habla, el padre Pedro Claver lo confesó en la litera, teniéndome de intérprete. Se dio cuenta de que no había recibido el agua y lo instruyó de inmediato para el bautismo. Servimos de padrinos yo y la mulata de la casa que se llamaba Francisca. Pero al salir nosotros del oratorio, Juan comenzó a hacer gestos con la boca y le pidió al padre Pedro Claver que me dejara con él en la recamarita. El enfermo comenzó a hablarme de su familia, de su pueblo, de lo mal que le había ido desde que lo apresaron en su tierra, y siguió contándome más cosas de su vida hasta que murió en mis brazos, lo que conmovió a todos los de la casa. En ese momento el convento de Santo Domingo tocó para la oración y varios hermanos de la congregación vinieron a rezarle el responsorio. Los lloros estaban prohibidos y a los negros de esa casa se les prohibió honrarlo con los bailes al amanecer. Fue la misma escena que tuve con el indio de la huerta de Pedro de Guzmán hace ocho años y con el ajusticiado Juan Yolofe hace diez. La primera sucedió fuera de las murallas, a la salida de la puerta de Santa Catalina, y todos los días, y por un mes, me tocó llevarle el almuerzo y cualquier cosa que le mandaba el padre para el sustento. El pobre indio estaba achacoso, vivía en un bohío por donde se le colaba la lluvia, los animales y el mosquito, hasta el día en que lo encontré muerto. Pero el padre Pedro Claver ya lo había confesado dos veces y le había hecho tomar la comunión, y solo le faltaba el solemne entierro que le había prometido en la Catedral. La segunda fue con mi paisano y cimarrón Juan Yolofe, capturado por el entonces gobernador don Francisco de Murga en el palenque de El Limón. Lo acusaban de saltar a los vivanderos que venían de las

sabanas y los pueblos a la orilla del río Sinú, y a mí me tocó asistirlo de intérprete mientras el padre Pedro Claver lo preparaba para la muerte. Entonces me habló de lo mal que le había ido desde que le cortaron el repujado copete sobre la coronilla y las trenzadas guedejas desde la sien, por lo que había perdido el poder de mandar y hacerse obedecer de los yolofes, y la fuerza para correr y saltar como un caballo, y me tocó acompañarlo con sus cinco cómplices desde las cárceles reales a la plaza del Esclavo, y todo fue un acontecimiento, el coro cantando el terrible himno de la muerte, pero el suplicio estaba hecho de la peor manera al pie del triste árbol de la horca. Pero lo que más me impresionó de estas tres historias fue la música cantada en el responso, la misma que quisiera me cantaran en mi entierro –el criado se quedó serio, mirando de reajo al padre que se acomodaba en la cama–. Estoy seguro que con la delicada voz de Nicolás en el suplicio de Juan Yolofe, la plaza se pobló de ángeles, porque por la noche o al cuarto del alba, cuando me tocaba buscar la carne en la Carnicería, aún oía el rumor de sus alas sobre el triste árbol de la horca. A pesar de haberles contado estas historias en las que el final fue triste, no son tan tristes como la que tuve yo a los catorce años de edad en mi tierra. Me cortaron el pelo, me vistieron a la morisca, con camisa y calzón blancos, y me circuncidaron en un sitio especial, debajo de un gran árbol, y quedé por fuera del pueblo por cuarenta días, peregrinando por los campos, aunque tampoco las mujeres se salvan de este rito porque le sajan el labio bajo para que quede prieto y caído... Eso vale para la mayoría de los yolofes que se convirtieron al Islam, porque para el resto de yolofes aún creen en una gran cantidad de espíritus y en el poco mencionado dios Ngeej...

El criado calló de repente. En esos momentos el padre terminó de expectorar y se recostó sin aire en la cama, poniendo en aprietos a los

esclavos. Domingo Folupo le pidió permiso para tomarle la temperatura en la frente, pero no se lo permitió, y más bien le pidió que le trajera otra dosis de brinquiño de la botica. Después de que hubo salido el esclavo, el padre se dirigió a Francisco de Jesús Yolofé, que estaba sentado en la misma banca con Francisco Yolofé, y le preguntó:

–Y tú, Olivastro, ¿cómo te encuentras con nosotros?

El criado se acomodó en la banca. Era el más anciano de todos, el más obstinado, el de piel más clara y tostada por el sol, y abriendo la boca cuyos dientes perdió por la arena del desierto del Sahara, le respondió:

–Tengo quince años de estar conociendo al padre Pedro Claver y no me arrepiento de haberme convertido hace poco. Me fue difícil, pues había nacido en un ambiente en que se criticaba duramente a los cristianos por haber corrompido los Evangelios, y en el que los musulmanes no me lo hubieran perdonado, como en esta ciudad Amete. Cuando estaba en Las Galeras, varias veces me visitó el padre Pedro Claver para convertirme, pero estaba seguro de que mi ley era superior a la de Cristo, además de que somos rebeldes por naturaleza, levantiscos, aguerridos, indomables, desobedientes, belicosos, revoltosos, por lo que no somos buenos productores de esclavos, aunque solemos esclavizar a los vecinos. En ese entonces el napolitano Esteban Melón estaba condenado a muerte por un asesinato con robo y no había verdugo que lo ajusticiara. El teniente Fernando de la Riva y Agüero dio la idea de que yo lo podía hacer por mi condición de esclavo del rey y por la fortaleza física de mi oficio de bogavante. Me excusé diciendo que no sabía hacerlo, que Alá no me lo permitía. Y siendo esto de poca excusa para el teniente De la Riva, hui de las barracas del penal del rey a la península de Boca Grande, siempre alejándome del castillo de la Santa Cruz... Tenía enfrente la isla de



Karex y quizás me encontraba en la misma encrucijada en la que estuvieron en su momento Domingo Biojó y Juan Yolofé, pero con la diferencia de que yo quería escaparme a las costas de Marruecos y no a tierra adentro. Era un sueño. Al día siguiente, me atraparon y me llevaron a las murallas de la ciudad. En eso llegó el padre Pedro Claver que comenzó a asistirme y mi obligación era ejecutar al napolitano. Tenía que ahorcarlo por orden del gobernador de ese entonces, don Juan Pérez de Guzmán, y yo le decía al padre Pedro Claver que no, que no tenía sangre para ello, que nunca en mi vida había ahorcado a nadie, que con ese acto perdería la gloria eterna. Llegó el día señalado, como aún me temblaba la mano para ahorcarlo, me dieron de dispensa de que lo ejecutara con el garrote, en uno que habían traído de las cárceles reales, el mismo que utilizaron al perillustre reo, pero eso tampoco me cambió el cargo de conciencia que iba a tener de un óbito. Recuerdo la última voluntad que recogió el padre Pedro Claver del condenado que quería morir con los ojos hacia el cerro de La Popa, porque así le hacía recordar el Vesubio y la bahía de su natal Nápoles, y lo ayudó a dirigir sus últimas plegarias a su devoto santo Gennaro. Había llegado la hora de la ejecución, y mientras el padre Pedro Claver le secaba el sudor de la cara, lo aromatizaba, lo salpicaba con agua bendita y le daba la galleta remojada con vino, yo empezaba a temblar. No podía controlar mis manos ni mis pies y tenía una horrible sensación en el estómago y no soportaba los ojos del público. Quería huir de ahí al arrabal de Getsemaní por la boca del Puente, pero esta estaba custodiada. El padre Pedro Claver me vio temblando, me secó el sudor de la cara con otro pañuelo, me dio un poco de vino y me dijo: 'Ánimo, hermano, que no puedes estar más asustado que el mismo condenado a muerte, y es menester que salgas pronto de este trance.'

”No tuve otra opción que acercarme al condenado con la ayuda de varios milicianos, colocarle la capucha y ajustarle el torniquete por el lado de la nuca. Tres veces se me zafaron las cuerdas, o más bien no las sabía retorcer con el palo por el temblor de mis manos, y tres veces el padre Pedro Claver le llenó las narices de vinagre al condenado a muerte. Un religioso, a pocos pasos, le advirtió al padre sobre las leyes canónicas que prohibían a los clérigos acelerar la muerte de los reos, pero el padre no se dejó perturbar. La plaza seguía en suspenso, la gente no cabía en ella, ni en los balcones del portal de Las Negras, ni en las murallas de la boca del Puente y del baluarte de San Pedro Apóstol, ni en el techo de la Carnicería, a pesar de la insistencia de un día amagado por la lluvia. Yo temblaba y lo primero que me imaginé fue la invulnerabilidad del condenado a la muerte. Me habían dicho muchas cosas de él, que era sortilego, que llevaba debajo de la camisa un dibujo del cielo empíreo, lo que lo hacía inmune a las flechas de los indios, a la lanza de las alabardas, al cuchillo de la bayoneta, al golpe de la maza, a la bala de los arcabuces, a la bala de los mosquetes, a la bala de los cañones, incluso a las máquinas del tormento. En el cuarto intento lo ejecuté, quedándoseme grabada en mi mente ese espantoso grito de ahogo y el mundo se me vino encima. Pero no todo llegó allí, porque después me tocó firmar el acta de defunción con una cruz al pie del documento pues no sabía escribir la letra romana. Esa noche, en mi barraca y en la soledad de mis pensamientos, no se me quitaba de la mente la escena de la ejecución. Me decía: ‘Mísero de mí, mataste por encargo a un hombre, aun cuando se hubiera criado entre las prostitutas, los bandidos y los sodomitas de la conocida plaza de Nápoles.’ Le pregunté a Alá por qué no había sido piadoso conmigo, por qué me había hecho perder la vida de esa forma, y maldecía mi esclavitud en Las Galeras, y la hora en que me atraparon en el Mediterráneo, y

deseaba haber muerto yo en el garrote y no el napolitano. Buscaba la alquibla con los ojos, y si la encontraba, ya no me concentraba con la zalá. Predicaba: ‘¡No hay más divinidad que Alá! ¡Solo hay Infierno y Paraíso! ¡Alá es compasivo y misericordioso! ¡Mahoma intercederá por mí!, pero me preguntaba, ‘¿Por qué no habría de salvarme, si llevo a Alá en el corazón, y mi arrepentimiento está por encima del peso de un grano de mostaza?’ Pero me aterraba la idea de ir al Infierno, condenado en el círculo de los que pecaron con la mano. Ahí me imaginé, quemándoseme las mías entre montañas de carbones, y para aumentar el dolor, cayéndole encima bloquécitos de hielo. Pero me consolaba: ‘Si me mandan al Infierno, Mahoma es santo y rogará por mí ante Alá para que me saquen de las montañas de fuego. Al fin y al cabo, soy buen hombre, cumplo con los pilares, no hurto, no mato, salvo lo que me pasó en la plaza del Esclavo. ¿Por qué razón iba a perder el Paraíso?’ Estaba confundido, tratando de entender mi desgracia, entonces miré a los astros. Les dije: ‘Estrellas que brilláis mi destino, alumbradme y decidme qué motivos tuve para ajusticiar a un hermano menor de las Escrituras, y solo os pido la gracia de Alá para que se compadezca de mí y entienda que lo mío fue en cumplimiento de una orden contraria a mi voluntad, y también os pido que no me cerráis las puertas del Paraíso, ni me abandonéis en el estrecho puente que da con su entrada.’ Pero no recibía ninguna señal de los astros, por lo que me sentía más solo en la barraca del penal, demasiado solo en la inmensidad del espacio cósmico, por lo que al día siguiente fui a la pequeña iglesia del Colegio a buscar consuelo, y el hermano Nicolás me llevó a la capilla del Milagro donde estaba el padre Pedro Claver orando. Lo esperé, y lo que nunca había conseguido en tantos años, de repente comenzó a prepararme para el bautismo”.



Y quedándose solo el padre Pedro Claver con Domingo Folupo, un acceso de tos lo dejó sin aire. El criado se asustó y salió corriendo al cuarto de enfermería. De regreso con el médico Bartolomé de la Torre, este comenzó a descongestionarle el pecho con golpecitos en la espalda. . . Aliviado, el rector Juan del Toro le preguntó al médico lo que en sí tenía el padre Pedro Claver.

–Aparte de la luna que se ha movido y revuelve a los flemáticos, su mal tiene diferentes orígenes, entre ellos la frialdad de las lluvias y el mal trato que le da al cuerpo. . .

Los dos sabían que el padre disfrutaba con placer los dolores que se infligía al cuerpo, y que nadie se atrevería a suspenderle el cilicio, la disciplina, el freno ni el ayuno, porque los cambiaría por otras formas de castigo aún peores, a lo que el médico De la Torre, sin embargo, le insistió al superior que, por tener el paciente una complexión melancólica y una marcada palidez, debería controlarle de alguna manera los castigos que se propinaba a sí mismo. . .

–¡No, no puedo! –lo cortó el rector Juan del Toro–. Vuestra merced debe saber que vuestra paternidad cuenta con la admiración del padre Sebastián de Murillo por la forma como afina su alma, porque lo tiene por hombre virtuoso, que nunca deja de rezar, y al que le fluyen a diario las lágrimas por las consolaciones, por las gracias y los favores que recibe de arriba. . .

En eso entró el provincial del Nuevo Reino de Granada y Quito, padre Rodrigo de Barnuevo, que lo regañó por la forma como desatendía los consejos del médico, a lo que más atrás, el padre Alonso de Sandoval, como si los dos se hubieran puesto de acuerdo para doblegarle la tozudez del padre, lo regañó primero en latín y después en romance, diciéndole que las grandes cosas nunca se conseguían en corto tiempo. Le dijo:

–*Non venit exiguo tempore larga segēs!* ¡Zamora no se ganó en una hora!



# Capítulo ocho

PARA LOS CARNAVALES DEL 51, UNO DE LOS HIJOS DEL secretario del secreto, Juan de Uriarte Araoz, no se reponía de la muerte de su padre. Subía con cautela la escalera de la portería, con mucho miedo, a pesar de la confianza que le tenía al padre Pedro Claver desde que le salvó de una fiebre mortal a su pequeña hija, y se detuvo justo delante de la puerta de la celda del padre. El hermano Nicolás González hizo anuncio de su llegada y el ilustre visitante, después de quitarse el sombrero y de hacerse la señal tres veces, entró y saludó al padre Pedro Claver de la mejor manera.

—¡Que Dios le dé salud a vuestra paternidad!

El padre cerró de golpe el cuaderno de los apuntes espirituales en la mesa, se puso de pie, tomó el crucifijo de la mesa y se lo apuntó al supuesto demonio que venía detrás del visitante y que nadie podía ver, y que colérico el padre Pedro Claver lo expulsó no con las habituales palabras con que se solía expulsar al Demonio, “*Vade retro, Satana!*”, sino con las que empleó Juan al inicio de su evangelio y que dieron origen al misterio de la

Encarnación, “*Et Verbum caro factum est!*”, y el estruendo de una voz en huida estremeció el piso de la celda.

El recibimiento era lógico si se miraba la sangre del visitante, hijo del fallecido secretario del secreto, del que heredó hasta su nombre completo de pila, Juan de Uriarte Araoz. Para el común de la gente, no debía estar entre los cristianos, ni recibir los sacramentos, ni ser enterrado en el lugar consagrado, lo que impulsó al padre Pedro Claver no solo a cuestionarlo, sino a advertirle del peligro que corría si inspiraba en las malas acciones de su fallecido padre. Después le aconsejó:

–No quiero que tengas miedo de mí, ni creas que la confesión es perjudicial para el confesante. Tampoco pienses que te estás confesando con un santo religioso, adonde no pueden venir los que han ofendido a Dios. Empecemos. ¿Cuándo fue tu última confesión?

Los dos se sentaron en sillas diferentes, con la puerta de la celda cerrada, y después de haberle pasado el susto a Juan de Uriarte Araoz, pues siempre creyó que el padre había expulsado un demonio detrás de sus espaldas, respondió:

–Padre Pedro Claver, acostumbro a confesar las veces que me sean necesarias, pero desde que murió mi padre hace veinte días no lo hago. Esta incertidumbre me creció desde que visité al Santísimo en la pequeña iglesia del Colegio para ganarme la indulgencia de las cuarenta horas...

–Ya entiendo, quieres ganarte la indulgencia de las cuarenta horas porque viene Cuaresma y quieres comulgar en ella... Bien, te voy a hacer una pregunta aparentemente sencilla. Cuando te empeñas en hacer una cosa, ¿la haces para no pecar o para hacer una buena obra?

Juan de Uriarte Araoz no entendía la pregunta y el padre se inclinó para repetírsela al oído. Tampoco supo responderle, y como si estuviera superando su propio miedo, le respondió:

–Tengo muchas cosas que decir, padre Pedro Claver, que no sé por dónde empezar. No las diría por odio ni para dañar la reputación de mi padre, que el Señor lo tenga en su santa gloria, sino para decir la verdad. Sé que a Dios le agradan las cosas buenas y puras, pero... –y se contuvo de inmediato, como si algo lo llenara de rabia.

El padre le preguntó en tono muy suave:

–¿Te encolerizas con mucha frecuencia?

–¡Con frecuencia, padre Pedro Claver! ¡Sobre todo con las personas que le han hecho daño a mi familia!

–Calma, hijo –le dijo el padre pausadamente–. ¿Cómo honrarías a tu padre ya muerto?

Juan de Uriarte Araoz calló y se tomó un tiempo para reflexionar, mirando por la ventana de la celda, como si con ello quisiera buscar un poco de aire fresco a sus resentimientos, y con las manos juntas, dijo:

–Aparte de las misas, de los responsos y de las obras pías que dejó testadas mi padre, quiero ocupar la plaza que dejó vacante en el santo tribunal, la que perdió por el visitador don Pedro Medina Rico hace siete años, cuando lo acusó de adulterio, y que por derecho propio me pertenece, aun cuando la Suprema no me haya extendido la merced...

–Respiro tu resentimiento, lo que te hace llevar una vida desahucible que te impide el arrepentimiento y la confesión completa. Más bien, bajemos para hablar con el Santísimo o recemos aquí un padrenuestro.

–Padre Pedro Claver –lo interrumpió De Uriarte Araoz–, se trata de gente que quiere mancillar el honor de mi familia y desconocer los derechos que tenemos sobre los bienes bien habidos de mi padre, y que están embargados por el santo tribunal. Estamos pasando

por una situación difícil, aparte de la deuda que dejó mi padre por herencia...

–Ya entiendo, te refieres a las cosas materiales que tanto abruman al ser humano, como si las espirituales no tuvieran ninguna importancia. . .

–Ciertamente llegó un momento en que odié tanto a mi padre que estuve a punto de hacer el viaje a Madrid para denunciarlo ante la Suprema. Quedé resentido de él, porque me menoscababa, me des- acreditaba, delante de todo el mundo, como a mis hermanos y a mi madre, y no nos daba lo suficiente para el sustento. A mi madre la maltrataba todas las veces que quería, de palabra y obra, la tenía por demente para no traerla aquí, a pesar de las recomendaciones de que hiciera vida maridable con ella. Y las pocas veces que iba a la hacienda, si acaso una o dos veces al año, iba a las otras haciendas por otros asuntos, y no nos preguntaba ni siquiera por las necesidades de nosotros que solo las conocía el mayordomo. Por eso, cuando salgo a la calle, lo hago con mucha vergüenza, porque llevo encima la imagen de mi padre desmedido y de mala conciencia, y he aquí el porqué de mi cólera –calló para detener los ímpetus de su rabia–. Padre Pedro Claver, creo que no he hablado mal de nadie, ni de mi padre, solo quiero descargar mi conciencia...

–Entiendo, hijo, solo viniste a descargar tu conciencia...

–Así es, padre Pedro Claver, quiero descargarla completamente. Solo ataco a las personas que han obrado mal con mi familia, y se aprovecharon de mi padre a pesar de haberles dado la mano. No he matado a nadie, ni soy testigo de ninguno de los asesinatos que comprometieron a mi padre...

–Como cuáles...

–Tres que conmovieron a la ciudad. El envenenamiento del inquisidor, el licenciado don Martín de Cortázar y Azcárate en el 40, y el



envenenamiento del testigo que se retractó de su recusación contra el oidor de la capital de Santa Fe, don Bernardino de Prada, quien había metido preso al entonces gobernador, don Melchor de Aguilera, y al abogado de los presos de la Inquisición, el licenciado Rodrigo de Oviedo y Luzón... En el primero dicen que le encontraron una carta dirigida a la Suprema, en la que daba cuenta de los graves actos que hacían mi padre y el entonces fiscal del secreto, Juan Ortiz... En el segundo dicen que sacaron al testigo refugiado en este claustro con el argumento de que lo iban a juzgar por un delito de fe en el tribunal, pero que en verdad lo enviaron a la finca del capitán Barahona en Costa Brava donde lo envenenaron...

Pero se quedó pensativo.

—¿El tercero?

—¡Es el más escandaloso de todos! Mandó a matar a su propio amigo, al licenciado Rodrigo de Oviedo y Luzón, contratando los servicios de un asesino a sueldo, Juan Uredma. Todo porque lo vio hablando una noche con el visitador de la Suprema, don Pedro Medina Rico, quien vino especialmente de Madrid para averiguar los fraudes de aquí, y tuvo miedo de que lo fuera a delatar, a pesar de haberle jurado sincera lealtad delante del maestro de campo el ilustrísimo señor don Pedro Zapata de Mendoza, que por su condición de caballero de Santiago e hijo del conde de Barajas, el juramento era fuerte, pero no le creyó...

Pero el padre Pedro Claver le preguntó si tenía otro delito por contar. Juan de Uriarte Araoz le respondió:

—Cinco días antes de que se fugara a España, cuando tenía la casa por cárcel, me dio un manuscrito gastado en pergamino, del grueso de dos dedos, para que se lo atase y se lo forrase en lienzo; cuando lo abrí me di cuenta de que eran las cuentas del tribunal, por la firma

del alguacil que yo conozco. Lo tenía escondido en el escaparate de la casa, pero ante el embargo que le iba a hacer el visitador don Pedro Medina Rico, lo mandó a guardar en la casa de don Felipe de Angulo. Después me dio un papel en el que llevaba el inventario de los bienes de los reos y me pidió que le enmendase ciertas partidas de plata en determinados renglones, ya sea contrahaciendo o asemejando la letra, o cubriéndolas con tiras de tela, o trasladándolas en otro papel que tenía que envejecer manoseándolo, yo le supliqué de rodillas que no, que no me mandara a hacer ese tipo de cosas, pero él me amenazó con castigarme como a los esclavos. Entonces me di cuenta de las cosas que hacía mi padre: se enriquecía con los bienes de las brujas de Tolú y con los bienes de los judíos, de los que solo tenía derecho el dos por ciento por concepto de administración, y supe de dónde venían el vestido de novia, las valonas, la comida y el postre para el matrimonio de mi hermana Catalina, nada menos que de la casa del reo judaizante Luis Gómez Barreto, del depositario de bienes de la ciudad y provincia... Cuando lo iban a atormentar con la cuerda, toda la familia se fue de la casa, que queda cerca del tribunal, a otra más lejos, para no oírle los gritos desde la cámara del tormento. Pero ya mi padre le había preparado las cuerdas para que saliera airoso del tormento, declarando menos años de edad, porque allí era donde podía purgar la probanza que era muy grande, y como lo sabe todo el mundo, le había dado el nombre de los testigos que habían depuesto contra él por judaizante, unos ocho, que luego tachó de enemigos para tumbarles sus deposiciones. Después se fue a la casa del reo para pedirle a su mujer, doña Bárbara Pereira, las albricias, y ella le dio una gruesa cadena de oro. No en vano las quejas de su hija, doña Josefa Barreto, de que había gastado más de cuatro mil pesos entre misas y limosnas en el

proceso de su padre preso –y quedó callado por un instante–. Padre –proseguía, mientras se arreglaba el pelo detrás de las orejas–, si la mayoría de mis pecados no fueron en ese tiempo por acción, por lo menos lo fueron por omisión. Del resto de judaizantes, a Francisco Piñero le oculté en el libro de cuentas cinco barretones de oro, un taleguillo de perlas pinjantes, varias cabezas de esclavo y unos 10.000 pesos, y me dio lástima cuando supe de su queja por la forma como había salido de prisión, “pobre y acabado”. A Francisco Rodríguez Freyle, al que le dicen “Carnero”, le cambié el valor de su anillo de diamante, tasado en unos 800 pesos, por otro más barato de 250, contrahaciendo el renglón con tinta añil y blanquizca, y nunca pensé la fama que hubiera podido ganar ese diamante en el auto de los judíos, que hasta un médico de Panamá vino a comprárselo por 1.200 pesos. Pero las cosas no llegaron aquí, pues vivía amancebado con doña Francisca del Peso y sus dos hijas, y con la legítima, doña Juana de Simancas, tuvo una niña que crio en secreto la mulata Marcelina Geliz. Después estuvo amancebado nada menos que con la hermana del fraile Juan Ortiz de la Maza, doña María... Tenía comprado al gobernador, don Alonso de Arce, y a los testigos que lo iban a querellar ante el segundo visitador de la Suprema, don Martín Real; y con la plata del tribunal, compró unas cuatrocientas cabezas de esclavo recién llegadas de Angola y Guinea, que después envió en dos fragatas al Perú con perlas, ruanas, ropa de Castilla, y cuando partieron con buen tiempo, nunca olvidó las palabras que pronunció delante del fiscal Juan Ortiz en el puerto de Los Plátanos, que Dios le llevase la mercancía a buen salvamento porque en ella iba toda la honra del tribunal, y lo repitió con las manos juntas y mirando al cielo, y después supe que se habían ganado los dos en ese negocio, ¡60.000 pesos!

Pero el padre Pedro Claver, paciente, le advirtió que en realidad no se estaba confesando, sino contando una historia...

–Ciertamente, una cosa me inquieta, no sé si es pecado, ni qué nombre darle, es la forma como me atacan ciertas personas...

–Ya veo, no viniste a confesarte sino a...

–Ciertamente, he caído en el pecado de la avaricia, deseando más de lo justo, guardando lo que no debía tomar. Eso sí, nunca robé, ni cometí fraude, ni sustraje dinero, ni me disfracé de clérigo para cometer delito, ni hice trampas a nadie, ni dejé de pagar las deudas, ni derroché dinero, ni utilicé mi pequeño poder para excomulgar a nadie, o para meterlo preso, o para presionar a la población con una cesación a divinis... Reconozco que muchas veces gocé de las cosas que se había robado mi padre, pero no sé por qué uno peca fácilmente...

–Así es, hijo, pero se pueden confesar y absolver... ¿Acaso no confías en mí?

–No es eso, padre Pedro Claver, quisiera confesar estas faltas que me tienen confundido. Aparentemente soy rico, las mujeres me persiguen... ¿Pecado de gula? Me gusta el puchero de gallina, el jigote, el chocolate, la torta, los pastelones...

El padre lo reprendió y De Uriarte se le arrodilló en el acto, sin que le diera tiempo para arremangarse las acuchilladas calzas.

–Lo esencial –lo regañaba el padre–, es cumplir el papel que Dios nos ha asignado, en este caso tú no lo estás cumpliendo...

–He sido fiel con ello, pero debo acusarme de mi debilidad mental para recordar mis pecados... –y quedó callado, mirando arriba...

–No es pecado perder la viveza mental por ratos, siempre y cuando no haya malicia en ello... ¿No has cometido faltas graves, como mentir y levantar falsos testimonios?

–Supe de los libelos que mandó a pegar mi padre en el rollo de la plaza del Esclavo contra el visitador don Martín Real... Eran calumniosos y agraviantes...

–¿Has deseado la mujer ajena?

Juan de Uriarte Araoz negó con la cabeza.

–¿De pensamiento?

De Uriarte miró al techo, haciendo un recorrido de la memoria. Después se le inclinó hacia delante, como para decirle en secreto.

–Sí, no lo puedo ocultar, quizás a las esclavas de facciones delicadas, como a la negra esa que sustrajo de los bienes de Francisco Rodríguez de Solís y que se llamaba Magdalena, pero nunca mandé a comprar los gusanitos de bejuco a los indios Pintados de Tenerife que mi padre usaba de afrodisiaco... Ni he cometido adulterio como mi padre y el fiscal del secreto Juan Ortiz, presos por el visitador don Pedro Medina Rico...

–¡Arrepiéntete! ¡Arrepiéntete, hijo!– lo cortó el padre Pedro Claver en el acto-. ¿Tienes otra cosa que confesarme?

–Siempre he deseado ser rico, incluso codicié los bienes que mi padre sustrajo de la Inquisición. Yo codiciaba las barras de plata que tenía guardadas en el aposento. Me gustaba ser ostentoso, regañaba a mi hermana Úrsula la vida de pobre que llevaba en el convento de las hermanas clarisas descalzas e iba a las estancias de Matunilla, Mahates, María La Baja y Tolú para disfrutar de los placeres de la vida. A veces maltrataba a los esclavos –se detuvo en el acto, mirándose el anillo de esmeralda que llevaba en la mano, y después tocándose la gruesa cadena de oro que llevaba oculto debajo del jubón, y que parecía ocultar el peso de sus propios pecados.

El padre lo atacó:

–¡Arrepiéntete! ¡Arrepiéntete, hijo! Más bien recemos un padre nuestro para que el Espíritu nos llegue.

Lo rezaron los dos, Juan de Uriarte Araoz arrodillado, transpirando su frío sudor por debajo de la pomposa ropilla.

–¡De nuevo, hijo! –lo regañó el padre desde la silla–. ¡Porque la oración no vuela, y no hay legión de ángeles que lo pueda levantar, y el diablo se regocija de ello! Eres presumido y crees que Dios no pide nada, pero lo pide todo, porque para Él todo y nada son lo mismo, y ¡ay de los desdichados que lo quieren tener todo!

–¿Todo?

–¡Sí, hijo, todo, para ser el más rico!

–¿Para ser el más rico?

–¡Sí, hijo, porque la pobreza es tesoro en el Paraíso! ¡Dichosos los que no tienen nada!

–¿Dichosos?

–¡Sí, hijo, dichosos! Te invito a que seas pobre, tan pobre que ni siquiera pienses en ver a Dios algún día. O hagamos este ejercicio sobre el Infierno. Como tú sabes, no es menester ir en coche o en barco para visitarlo. ¡Solo concéntrate! San Ignacio de Loyola lo coloca en la primera semana de ejercicios para el quinto día. Para visitarlo, basta emplear los sentidos, los ojos de la imaginación. Cuando llegues, puedes ver su forma y naturaleza, el estanque de fuego y de azufre, y los cuerpos quemándose en las llamas. Cierra los ojos y concéntrate...

A los pocos minutos, sin embargo, el padre le preguntó si había visto sus límites. De Uriarte le dijo que sí.

–¿Viste a los condenados?

–¡Sí!

–¿A cuántos?

–¡A muchos, padre Pedro Claver! A unos que se los comían los gusanos por dentro y clamaban por la Muerte. También vi a mi padre...

–¿A tu padre?

–¡Sí, a mi padre, y lo diferencié por su arrogancia!

–¿No será que me mientes?

–¡No, padre Pedro Claver! ¡Lo vi en el círculo de los que pecaron por avaricia, y se lo juro por Dios, por la santa Cruz, que digo la verdad, so pena de excomunión mayor! –y besó el arabesco rosario de plata que llevaba sobre el pecho.

–¿A quién más viste?

–Creo que al alcaide de las cárceles secretas, entre los lascivos, por haber embarazado a las dos esclavas de doña María Ortiz de la Maza bajo su custodia en la Inquisición, y a las que les hizo parir a cada una un mulatico... También vi a Domingo Biojó –pero el padre lo cortó y le preguntó:

–¿Cómo eran los demonios?

–¡Terriblemente feos!

–¿Y el fuego?

–Abraza pero no alumbra. Quema pero no carboniza. Es raro verlo crecer en medio de las tinieblas. Vi los lagos de fuego y de azufre...

–¿Qué oíste?

–¡Llantos, alaridos, blasfemias! Vi a mi padre maldiciendo las riquezas, los placeres y los honores que recibió. Vi al licenciado Rodrigo de Oviedo y Luzón culpando a mi padre de su desgracia.

–¿Qué oliste?

–¡Humo, azufre y la putrefacción de cientos de cadáveres, peor que en una peste!

–¿Qué probaste?

–¡Cosas amargas, cosas acerbas! A los que tenían hambre, les daban leños encendidos. El rico le pedía al pobre siquiera un dedo mojado de agua...

–¿Qué tocaste?

–¡Fuego! ¡Mucho fuego, que ni los mismos artistas pueden imaginar!

–¿Qué más viste?

De Uriarte se estremeció. Se hizo la señal y, con los ojos cerrados, le suplicó:

–Por favor, padre Claver, ¿qué falta cometí para que mi confesión no sea completa?

Estaba pálido, temblaba de miedo y la quijada le bailaba. Se secó el sudor de la frente y trató de serenarse con la respiración. Al cabo, le dijo al padre que aún tenía un secreto por confesarle, algo que involucraba a los padres con el entonces judaizante reo Luis Gómez Barreto. El padre se estremeció y esperó a que se lo confesara de pie.

–La hija del reo, doña Josefa, también dijo que le había tocado sobornar a los consultores del proceso de la Inquisición con 600 pesos a cada uno para que votaran en favor de su padre, entre ellos al padre Sebastián de Murillo, en ese entonces rector de esta institución, quien también recibió por vía de limosna varias piezas de lama de color carmesí para el altar y el vestido de los jesuitas...



Después de la fiesta de Cuasimodo, a mediados de abril, el padre se preparó para lo que iba a ser su última misión apostólica a las tierras del sur de la provincia de Cartagena de Indias.

–Sé que has tenido una dura Cuaresma –le suplicaba el rector Juan de Arcos en el despacho– y que los señores obispos han renovado su confianza en ti para la administración de los sacramentos en el resto de la provincia, pero algo me preocupa de ti, y es tu salud.

El padre Pedro Claver bajó los ojos y pensó en el hermano Alonso Rodríguez, que le hablaba de la necesidad de recoger la sangre de



Cristo fuera de la celda, aun cuando el rector De Arcos le hablara de las malsanas y calurosas tierras del sur, azotadas por la lluvia, por las tempestades y por las enfermedades, y de la pasada misión que le hizo mucho daño a la salud, en la que tuvieron que darle el viático en la cama. Sin embargo, el padre le respondió:

–Sé que todas las cosas se dan bajo la suprema voluntad, pero allá los pobres negros me esperan por el remedio de sus almas. No está de más recordarle a vuestra reverencia que no solo se gana al negro catequizándolo y bautizándolo aquí, también hay que ir detrás de ellos para que no regresen a sus antiguos estados de gentilidad y barbarie. Sin embargo, haré lo que me digan, pero presiento que esta misión es mía, lo que no quiere decir que me pertenece en absoluto. Si no voy ahora, qué será de ellos exponiéndose a la mala muerte...

A los pocos días, fue al sagrario para despedirse del Santísimo. La pequeña iglesia estaba sola y cerrada, solo iluminada por las ventanas laterales, y no tenía duda de que su viaje iba a ser de buen provecho, aunque el precio fuera a costa de su propia vida. Ya con la compañía del hermano Nicolás González y de varios esclavos de la Compañía, partió hacia al fondeadero por el boquete de la muralla del claustro. Partió sin ningún tipo de provisión, aparte del vestuario, las imágenes, los sacramentos, el estuche de las medicinas y la cruz de palo de rosa debajo de la sotana. Se embarcó en la espaciosa barcaza del Colegio, impulsada por los criados y, a menos de trescientas yardas, entre las aletas de los tiburones, lo subieron a la capitana por la espuerta de la naranja y del limón. El cielo estaba cubierto de nubes, como todo cielo de abril, y la bahía estaba gris, solo animada por el rasante vuelo de las garzas y de los pelícanos tras los cardúmenes de sardinas. En la nave, todos, desde el capitán al grumete, se cuadraron para el ceremonioso quite de sombrero. Y desde la inestable baranda, el padre comenzó

a despedirse de las decenas de advocaciones a la Virgen que le mostraban desde la playa del baluarte de Los Cestones. Solo era cuestión de tiempo para que el capitán diera la orden de largar las velas, y a las cinco los vientos arreciaron y la nave se despertó de su letargo a la orden de maniobra general. Los gavieros y los juaneteros subieron a los palos para desplegar las velas, al tiempo que el capitán invitaba al padre a la recámara del cabestrante para que escuchara la saloma que le iban a dedicar el contra maestre y los marineros mientras subían la pesada ancla. Las velas comenzaron a hincharse, haciendo crujir la arboladura, y la nave, inclinada a estribor por la fuerza de la brisa, comenzó a abrirse paso como un pétalo de rosa sobre las rizadas aguas de la bahía hasta alcanzar el canal de Boca Chica.

–Cada vez que paso por aquí –comentaba uno de los esclavos de la Compañía, Francisco Bran–, me recuerda el triste final que tuvieron el sargento y su ayudante en el castillo de San Luis. Mandaba en ese entonces el gobernador don Ortuño de Adalpe, en reemplazo del gobernador don Melchor de Aguilera. El gobernador estaba ofendido por la forma como había escapado del castillo el conde de Castelo Melhor, el perillustre señor don Juan Rodrigues de Vasconcelos e Soussa, por lo que los mandó a decapitar. De nada sirvieron los alegatos de que ellos no eran los únicos culpables, sino también la guarnición del fuerte que se distrajo con unas naves holandesas por el lado del mar, lo que ayudó al conde a escaparse por la puerta principal a la selva de la isla. Vuestra paternidad tuvo que intervenir en el proceso convenciendo al sargento de que no involucrara a nadie más, lo que consiguió posteriormente. Pero lo que me conmovió de ese caso fueron las cabezas empaladas en la entrada del fuerte, las que en cualquier momento las podían hacer hablar los espíritus malignos de las aguas saladas. Y me hizo recordar a los adúlteros de mi tierra nigeriana, a los que no son nobles, que también los decapitan pero con

la diferencia de que son conjuradas para que no las ocupe ningún otro espíritu. El padre Pedro Claver los preparó para el bien morir e hizo que los concurrentes de la plaza del Esclavo les cantaran el terrible himno de la muerte en el patíbulo. Después yo me quedé teniéndole miedo a las cabezas que no se habían enterrado, y todas las noches sentía que el espíritu de ellas cruzaba la bahía para penar por los corredores del claustro. Pasaban los días, nadie las enterraba, hasta que vuestra paternidad hizo lo que todos esperábamos: se las pidió al gobernador De Adalpe para enterrarlas a donde estaban los cuerpos.

La nave continuaba su marcha a todo trapo a lo largo la isla de Varux, escoltada por otras dos que la seguían a barlovento. Atrás iban quedando el rasante viento de la península de Boca Grande, el estrecho canal de Boca Chica, el dorado castillo de San Luis, el distante cerro de La Popa y las primeras baterías del castillo San Felipe de Barajas que se perdía sobre la parte continental de la ciudad. Y dándole una vuelta a la sureña punta de la isla, dieron con los manglares a babor, con los arrecifes de corales de las pequeñas islas del Rosario a estribor, y con el grupo de delfines alrededor...

–El estero que veo allá –continuaba el esclavo–, me hace recordar los esteros del río Níger. Allá, como aquí, se cruzan las aguas dulce y salada en varios puntos por lo que existen un rito para los espíritus de las aguas dulces y otro para los espíritus de las aguas saladas. Y para ganar sus favores, pues existe la creencia de que más tarde van a renacer en el cuerpo de un recién nacido, les fabrican diversas clases de máscaras, ya sea con la figura de un hipopótamo, de un cocodrilo o de un tiburón, y le levantan altares de madera por todo el delta, y un secreto que le quiero revelar a vuestra paternidad es que aún tengo la sensación de que tuve una vida pasada en la que fui pescador, porque me gusta todo lo que tenga que ver con la vida del mar y del río...

Siendo parco en los gestos, esta vez se encontraba locuaz y maravillado por la forma como la nave movía sus poleas y sus cuerdas como los músculos de una persona; y al abandonar la nave la entrada de la bahía de Barbacoas, el esclavo dirigió los ojos a los parajes pantanosos en la parte continental y recordó los parajes que empleaban los carabalíes en el delta para ofrendar a los espíritus de sus ancestros con el sacrificio de una mujer albina cada año, para que no pudieran entrar los compradores de esclavos al interior del país.

–De estos parajes –interrumpía el hermano Nicolás González–, debió venir la nube que bañó al padre Juan Onofre el pasado viernes de Lázaro en la plazoleta de San Ignacio... Dicen que fue obra del Demonio para que los asistentes no pudieran recoger los frutos de su sermón y el padre Pedro Claver pasara lastimado Cuaresma, después de que lo cargaron sobre los hombros desde la conmocionada plazoleta a la capilla del Milagro por el perdón de los pecados...

El sol comenzó a ocultarse, haciendo dormir a los gallineros de la cubierta. El padre Pedro Claver reunió a los pasajeros y tripulantes al pie del palo mayor para la oración. Había que augurar buenos tiempos por lo que les hizo besar la imagen de Nuestra Señora del Rosario, y el hermano Nicolás González les hizo escuchar un ejemplo de la vida de Anselmo del gastado Flos sanctorum que se mojaba con las salpicaduras del mar. Al finalizar la lectura, el padre dio inicio a la primera novena en honor de este santo por ser 21 de abril. La noche se hizo rápida, ocultándose por igual el sol y la luna sobre el refulgente Poniente, y nada hacía presagiar el comportamiento de los astros salvo el pequeño claro que se abría por el lado de la proa y por donde se colaba la reluciente estrella de Pólux.

–Hace dos días tuvimos un eclipse solar parcial –continuó el hermano Nicolás González excitado–, pensaba que el mundo se iba a

acabar después de la prematura noche que tuvimos a las cinco y media de la tarde. Ahora tenemos a Pólux sobre los cielos, al que Zeus transformó junto con Cástor en la constelación de Géminis. Pero eso es leyenda, y lo que estamos viendo es una pequeña porción de lo que es el octavo cielo, el de las estrellas fijas, el que está por debajo del gran impulsor, y el décimo cielo de donde deben de estar escuchándonos y cuidándonos...

Todos dirigieron los ojos hacia allá, y el padre tuvo una rara sensación cuando observó el débil resplandor de la pesebrera de estrellas de la constelación de Cáncer por encima del palo mayor, la misma que hubo de regir cuando nació el 26 de junio de 1580, casi 71 años y nueve meses atrás. Sin embargo, deseó de todo corazón apartar sus pensamientos sobre todo lo que tenía que ver con la ciencia de la astrología, y como insignificante feligrés, quiso unir su alma con Dios aunque fuera por un brevísimo instante. Comenzó a orar en silencio, con los ojos hacia la cristalina bóveda, diciéndose: “¿En qué lugar te escondes, mi dulce Amado, que me dejas aquí desamparado entre los que viajan en esta nave?”

“¡Lo creo, lo creo!”, se decía el hermano Nicolás González con los ojos arriba, “¡pues el padre Pedro Claver debe estar escuchando la música de las altas esferas y debe estar viendo las legiones de ángeles que se desplazan arriba y abajo, porque es el único que las puede ver!”

“¡Gran cosa, gran cosa!”, continuaba el padre Pedro Claver, “¡tantas criaturas nobles allá arriba que no cesan de moverse a tu voluntad, y yo aquí abajo, como vilísimo gusano, ajeno a estas maravillas, como a las que tengo cerca, al agua, al viento, a la nube, al alquitrán de la nave, incluso a la faena del marinero que parece fortalecerse con el vaivén de las olas!”

“Contra lo que cree el padre Juan Manuel, Cáncer es buen signo, aunque simbolice el cangrejo y los indios de aquí lo tengan por antepasado. Los que nacen bajo este signo son afectuosos y sensibles, bondadosos y comprensivos, tienen buena memoria, se preocupan por el bienestar de los demás, aman el trabajo que se les asignan, sufren cuando los demás sufren, defienden la verdad hasta la muerte, pero son muy vulnerables a las críticas por la influencia que ejerce sobre ellos la Luna como signo acuático”.

Y sosteniéndose en el brazo del esclavo Francisco Bran, el padre le pidió que lo llevara a los camarotes de popa. Estaba cansado y el vaivén de olas no lo dejaba meditar sobre la creación del mundo. Sin embargo, pensaba: “Pobre de mí, de mi borriquillo a punto de morir, y ya con deseos de descansar de las cosas terrenas, como si el freno, el cilicio, la disciplina, el ayuno, el amargo de la comida, la falta de sueño, los remedios, lo mandasen a descansar para siempre... ¿Hasta cuándo voy a seguir trabajando con mi borriquillo?”

“¡Indudablemente!” se decía el hermano Nicolás González, “Lleva una vida noble que merece ser revelada para la posteridad. Qué más voto de pobreza que el mismo breviario con que se ordenó de epístola, viejo y roto; el diurno, deshojado y atado con una cintilla; la medalla de Ignacio, basta por los años que la ha utilizado, porque nunca le dio un bañito de oro. Lo mismo pasa con el vestuario, como el sombrero sin forro, el manteo raído y colgado de los hombros con alfileres, la sotana deslucida, las calzas remendadas, las bragas hechas de costales, los zapatos desgastados por otros, y con el alba de siempre, pobre y deshilachada, y nunca con la recabada de florecillas. También pasa lo mismo con la hostia, la que desechan los otros padres porque están pequeñas y mal selladas; y siempre en los oficios más humillantes, lavándose las manos con el agua que dejó el otro en la inmunda

calderilla; alumbrándose con el pabilo y el sebo que los demás dejan por ahí, y nunca con el aceite que le da el procurador; firmando los boletines con la pluma más gastada y con el papel de las cartas y de los boletines arrojados en la caneca; rezando con el rosario de semilla de jaboncillo, y no con el que le dan de cuentas de vidrio. Sin nada que le valiese un maravedí, porque el oro y la plata que le dan los nobles y los ricos lo reparte entre los pobres; si una mano generosa se le abre para que se lleve todas las monedas que están ahí, solo toma una, la más pequeña, porque cree que es la de menor valor, sin saber cuál es la de uno o medio real, solo guiado porque en el reverso de la moneda estuviera grabada la cruz de Jerusalén; y si le pide al mercader cuatro varas de lienzo crudo para el vestido de un niño negro, no recibe más de las cuatro ni la de mejor calidad... Después de todo, ¿en qué es rico? En nada, salvo en las estampas que utiliza para catequizar a los negros duros de entendimiento...”

A las siete, el grumete volteó la ampolleta y cantó la hora. Todos comenzaron a rezar el Ángel de la Guarda al pie del palo mayor y todos hicieron fila para besar por última vez la imagen de Nuestra Señora del Rosario que parecía perderse con las primeras sombras de la agitada noche marina. Y creyendo los viajeros tener sobre sus cabezas la legión de ángeles que tanto esperaban, se fueron a acostar con mucho recogimiento. El padre Pedro Claver y el hermano Nicolás González lo hicieron en el camarote de popa, en un estrecho espacio que les iluminó el capitán de la nave con una lámpara, mientras que los criados, como la mayoría de los tripulantes y viajeros, lo hicieron sobre las esteras que trajeron entre sus petates y que extendieron sobre la cubierta.

Al clarear el día, el capitán de la nave dio la orden de dirigir la proa hacia los cerros de Tigua. En ese instante, una salva sonó desde el

fuerte de la villa de Santiago de Tolú, que luego pareció despertar en ecos al aletargado mar Caribe, lo que obligó al capitán a identificarse con las señales de bandera que lo acreditaban como una nave amiga de la Corona.



Lo primero que hizo el padre Pedro Claver fue besar la tierra y trazar una cruz sobre la arena. “¡Qué dicha volver a tierra!”, se dijo, lo que indujo al resto de acompañantes a hacer lo mismo. Apareció el párroco de la villa junto con la población.

–¡Qué dicha es contar con nuestra vuestra reverencia! –le dijo y le preguntó por el estado de su salud.

Luego le habló de la conmoción que aún les producía a los habitantes el último milagro que les hizo, el aguacero de tres días que salvó las cosechas de Tolú, aun cuando la población llevaba varios días sacando en procesión a la trilogía de santos campesinos, Isidro Labrador, María de la Cabeza e Illán.

–Para mí esto no tuvo ninguna relevancia –le respondió el padre un poco molesto–, porque no hice otra cosa que encomendar.

–¡Lo del volcán sí fue milagro! –lo cortó el párroco triunfalista.

–¿Lo del volcán?

–Sí, lo del volcán. El que está ubicado en las tierras de Los Flamencos de doña Jerónima de Urbina.

–¡Tampoco! –le dijo el padre Pedro Claver, mirándolo a los ojos.

El párroco se echó atrás.

–Al menos, la población lo considera así y repiten la fórmula que hizo dormir el volcán: “¡En el nombre del...!” –pero el padre lo detuvo–. Como no se dejaba sujetar, y seguía siendo un peligro para los



que querían ir a la capilla al otro lado de la carretera, entonces vuestra reverencia lo reprendió de otra forma –pero el padre lo contuvo de nuevo. El párroco siguió–: Así ocurrió, porque al cuarto de hora el volcán dejó de vomitar para siempre el agua y la ceniza con una piedra en la boca...

El padre estuvo a punto de reír, pero le preguntó con aire grave:  
–Dime, padre mío, ¿de dónde sacaron esa historia?



De madrugada, el padre Pedro Claver partía en la diligencia con el hermano Nicolás González y los esclavos que lo acompañaban desde el principio. Era sábado, y la Estrella, como hecho esperado y grandioso, hizo su aparición sobre el Levante. La comitiva se movió entre la multitud que lo aclamaba, y lo primero que sintió el padre al partir fue el tirón de los caballos, el traqueteo de las ruedas y el canto de las ranas. Abandonaron lo que comúnmente se conocían como las tierras de la brujería y los demonios. El camino era largo y tortuoso, cortado por arroyos y quebradas, envuelto por la bruma matutina, y asaltado por nubes de polillas que tapaban las luces de la diligencia. Cuando lo tapaba el monte, los criados se bajaban de sus caballos para abrirlo con sus machetes, y en los claros, la sabana se abría como una inmensa sombra llena de misterios, donde se refugiaban el cocuyo, el mosquito, el murciélago, el búho, la zorra...

Rezaron los maitines hasta sorprenderles la claridad, y desde el claro pudieron identificar los oscuros bultos de sombras como aislados bosques de ceibas entre las ondulaciones de la imponente serranía que recortaba los primeros rayos de sol sobre el horizonte, y acercándose

la comitiva a los árboles, pudo oír los primeros pájaros cantores como el mochuelo, el azulejo, el meriño y el tucero, como el picoteo de los pájaros carpinteros, el aullido de los monos, el zumbido de las avispas, y más allá, el revoloteo de las mariposas, el tránsito de un morrocoyo, la cercanía de unos goleros, el nido de una tortolita, el salto de una rana, como el zambullido de una hicotea en la laguna, la mirada de una babilla en reposo, el olor de una zorra y el vuelo de una bandada de garzas... Entonces, hicieron un alto en la primera posta que parecía estar hundida entre la vegetación, y afuera todo era alegría y vida, el gallo cantaba, el pato parpaba, el pavo glugluteaba, la gallina cacareaba, el perro ladraba, el cerdo figgaba, y el dueño, acabando de ordeñar una cabra, los saludó y los ayudó a bajarse del coche, y les regaló las primeras noticias de la región. Y la vivienda, llena de grasa y hollín en las paredes de bahareque y en el techo de palma, olía a carne salada y las moscas revoloteaban sobre la carne ahumada, pero el tierno canto de un burro le hizo cambiar de planes al padre Pedro Claver, que se dirigió al patio húmedo mientras calmaban a los perros. Acarició al burro por la cabeza y le habló de su borriquillo ya decrepito y sin las fuerzas para sostener el peso de su propia alma. Y despidiéndose del hermano burro, nunca se sintió tan enaltecido por las cosas que veía a su alrededor, por las cosas que sentía, olía, oía y percibía, que se entusiasmó y les cantó a los platanares, a los cocotales, a los maizales, a los pastizales, a los trapiches de caña de azúcar, al hermano saltamontes, al hermano grillo y a la hermana mariposa, a la hermana vaca, a la hermana cabra y al hermano carnero, al hermano ñeque y al hermano ponche, a la hermana tortuga, a la hermana iguana y al hermano camaleón, al hermano Sol y a la hermana Luna, pero se entretuvo con la subida de un caracol sobre el tronco de un árbol, sobre el que les explicó al hermano Nicolás

González y a los esclavos la forma como subía el alma de esa forma, llevando la casa a cuestras como los pecados, y guiándose solo con los tentáculos como las potencias...

Por la tarde llegó desfallecido a la hacienda del capitán Alonso Cuadrado. El capitán lo ayudó a bajarse del coche y pidió a los criados a que les dieran de comer y de beber a las bestias. Entonces, llevó al padre Pedro Claver de brazo a la terraza donde estaba la familia y el pequeño reino de pájaros que tenía allí, de todos los colores, formas y cantos, como de flores y mariposas, e incitó al loro a que le recitara al padre una estrofa del Hosanna, y mandó a callar a la cotorra parlanchina al otro lado del patio y al inquieto tití en el totumo; y el padre, abrumado por la diversidad de especies, aromas y vida en ese pequeño espacio, terminó pidiéndole al capitán Cuadrado un rincón para la meditación. “¡Señor!”, oraba en silencio en el oratorio, “¿Hasta cuándo voy a estar sufriendo de mis males?”. Animado, le pidió permiso al capitán para hablar con los esclavos, a los que saludó uno a uno, y una de ellas, conversadora, le prometió devolverle la visita al Colegio en cuanto ganara la libertad.

–Baba –continuaba la esclava emocionada–, nunca puedo olvidar el don de profecía que tuvo vuestra paternidad con mi marido José, si seguía viviendo amancebado conmigo... No nos habíamos casado porque en mi casta el matrimonio es caro, requiere de dote, y no tenía dinero para comprarme ni para mandar a buscar a los puertos africanos las diez nueces de cola con que se acompaña la propuesta matrimonial... A los dos meses se cumplió la profecía: Se fue a bañar mi marido en el río, porque la noche había sido calurosa, y ¡zis, zas!, se lo comieron tres caimanes. Al día siguiente apareció en el vientre de los caimanes, y no tenía más consuelo

que hacerle el mejor entierro que se le pudiera hacer a un esclavo. Me vestí con el luto de mi tierra, de blanco, repartí cazabe y chocolate en el velatorio, y le dediqué la danza de las mariposas hasta el amanecer, pues mi marido era muy vivaracho y muy hermoso, y lo enterré en esa ceiba que para los guineos representa la libertad, y al final los invitados me regalaron esa cabra...

La esclava suspendió la historia por el acoso de los mosquitos, y el padre, con las manos ennegrecidas, y en contra de lo que le pedía el hermano Nicolás González de que los matara, solo comenzó a espararlos con el suave soplo de su aliento. Decía:

–No está bien matarlos, aunque no haya pecado en ello, como lo dice san Agustín, y sean capaces de saltar con su picadura una mula. Son animalitos de Dios que me ayudan a extraer la mala sangre, como tampoco deben confundirlos los esclavos como mensajeros de sus antiguos dioses, ni practicarles ningún rito...

Pero el capitán Alonso Cuadrado dio por terminada la reunión. En la mesa, el padre le rogó por el arroz que estaban haciendo afuera, el mismo que le entonaba el estómago y le paliaba los achaques de la vejez, a lo que el capitán le recordó que eso era la comida de los esclavos y que para eso tenían el pan de los blancos, el mismo que le había mandado a hacer en forma especial con el mejor trigo de Castilla y el agua de allí. Sin embargo, el padre partió un pedazo de la mesa, pero insistió en que le trajeran la porción de arroz que no le venía, porque, como alimento frío y húmedo que era, era lo único que le podía aplacar el alboroto de la bilis amarilla y la penosa digestión propia de la época de los calores. Al cabo, recibió la porción y la acompañó con la carne salada, y la bajó con un poco de vino aguado, y mostrando cierto desespero, pidió permiso a los comensales para levantarse. Salió apresurado y se dirigió a las cabañas donde vivían

los negros, abriéndose paso entre la nube de polillas alborotadas por el olor de sus pescados fritos. Entonces, los vio compartiendo sus comidas, su mojarra y su yuca, y les preguntó por la cabaña donde podría pasar la noche.

Pero al regresar, se vio obligado a rechazar la oferta del capitán Alonso Cuadrado de que durmiera en el cuarto de huéspedes, arguyéndole que esa habitación estaba lujosa e iba en contra de las reglas; y no pudiendo convencerlo de que le iba a quitar el decorado y hacerla más sencilla, se vio obligado a prepararle la cabaña que le habían recomendado los esclavos, a la que le mandó a sacar el cazabe. El interior estaba caluroso, maloliente, lleno de ratas y murciélagos, y el esclavo Andrés Sacabuche se la limpió, sacudiéndole las paredes, barriéndole el piso de tierra, y se la acondicionó, alistándole la litera y abriéndole el toldillo sobre el lecho de paja. Y quedándose solo el padre Pedro Claver en el interior, pues el hermano Nicolás González se fue a dormir a la habitación ofrecida por el capitán Alonso Cuadrado, nunca se sintió tan a gusto en ese estrecho espacio que trató varios asuntos espirituales hasta vencerle el sueño. Al filo de la noche despertó sobresaltado y, solo guiado por la poca luz de la luna en cuarto creciente, se dirigió al interior de la hacienda para observar a los árboles que muchas veces evocaba en la Creación. Entonces, se abrió paso entre el destello de cocuyos y entre los invisibles hilos de telaraña perdidos entre las ramas de los naranjos, y por su forma y olor pudo identificar dentro del vergel de árboles frutales, el guayabo, el guanábano, el mamoncillo, el papayo, el tamarindo, la cañafístula, el ají...; y gozoso de haber disfrutado más que nunca de las cosas que narra el Génesis, y que solo imaginaba dentro del claustro, se dirigió a la capilla donde pudo hablar con el

Santísimo por largo rato, hasta que lo venció el sueño sobre la estera del oficiante, y lo despertó el esclavo Bartolomé Nalú hacia la salida de la Estrella, a las tres de la mañana...

Estando de visita en el resto de haciendas, cierta tarde, fue llamado para atender la muerte de una esclava. Las lluvias del mes de mayo habían enlagnados los caminos y no había manera de vadearlos si no con la ayuda de una silla de manos.

–No veo razón para que un pescador de almas no tenga que mojarse los pies –lo regañó el padre, cuando el hermano Nicolás González lo aguantaba de la mano.

El hermano Nicolás le recordaba el estado de salud en que se encontraba, a lo que el padre consideró como asunto de vida o muerte si no la atendía a tiempo, porque él mismo caería en excomunión lata sententiæ, poniendo en riesgo hasta su propia salvación; y apoyándose en los brazos del esclavo Domingo Folupo, se quitó los zapatos y se alzó el traje talar, y a pasos cortos atravesó la vastedad de sus aguas turbias. En la cabaña, encontró a la esclava con los senos desnudos, quejándose de un dolor de cabeza, pero esta se volteó con una sarta de improprios.

–¡Por favor, hermana! –la cortó el padre Pedro Claver– ¡No vine aquí para hacerte daño, sino para salvarte!

Entonces el capataz le cubrió los senos con un trapo, y tratando de disipar la turbación, le dijo al padre:

–Ojalá vuestra paternidad supiera lo difícil que es luchar con las costumbres de estos negros. Para el tiempo de roza, trabajan a medias para los blancos, pero por la noche se vuelven excelentes trabajadores cuando van a sembrar su ñame para estos días de luna creciente. Algunos se visten con ropas muy coloridas, otros se enmascaran; mientras el principal comienza a invocar los espíritus

de la naturaleza para que la tierra les sea productiva, otros se dedican a bailar la danza de la cobra, llevando en la mano la figura de una serpiente ondulada. Los popóes, con su horrible marca en la frente, van adelante, quitándose el sombrero y la pañoleta, y los lucumíes, con sus frentes abombadas, van detrás, aireando las mujeres sus senos, invocando a Obatala, que dicen ser su Santísimo. Al otro lado, los carabalíes levantan un tendal a la diosa Ale, a la que le ofrecen las primeras semillas de la nueva siembra, entre ellas la que contiene el espíritu del ñame... Van danzando en un monótono canturreo, que parece ser el quejido de cientos de espíritus sufrientes, y que acompañan con muchos estribillos hasta que uno de ellos se corta el prepucio con un cuchillo y lo arroja a la tierra surcada. Estos cantos lo dicen en voz baja, para que no lo oigamos los blancos, pues estas cosas producen muchos escalofríos, y empiezan a tocar sus tambores suavemente y a murmurar voces en muchas lenguas, a veces colocando en el centro de la ronda un plato de barro en el que deposita la presentación de un ñame cortado por la mitad...

Pero la esclava, lúcida por el momento, se quejó de la fiebre que le quemaba la boca y le pidió socorro al padre. Como no había forma de encontrar un médico a la redonda, el padre le pidió al capataz que le preparara una escudilla de caldo de gallina con piel de culebra recién mudada. Entonces, se sentó al lado de la esclava y le advirtió de la breve batalla que iba a tener con el Maligno como feroz león.

La esclava se asustó y le pidió que le pusiera la cruz de palo de rosa sobre la cabeza, cuyos efectos milagrosos había escuchado desde lejos. Entonces el capataz se dio cuenta de que no había siquiera una cruz de palo en el cuarto, por lo que hizo una de las ramas de un matarratón, y se la puso sobre la cabecera de la cama. Sin embargo, el padre empezó a regañarla, pero el hermano Nicolás

González, tratando de suavizar el ambiente, le preguntó a la esclava si se sabía la historia del negro que no quiso cargar el rosario.

–Para ese día –prosiguió el hermano Nicolás–, un negro oyó la voz de alguien que lo llamaba desde el monte. Miró a ver quién era y como no vio a nadie, se asustó y salió corriendo del lugar. Pero en el camino se encontró con alguien que parecía ser el dueño de la voz y que comenzó a pegarle con un látigo. Le decía: “¡Perro inmundo! ¡Perro inmundo! ¿Por qué no trajiste el rosario? ¡Ve y dile a la mujer del capitán que te dé los cuatros reales que me cogió, y se los da al padre Pedro Claver para las misas que me hacen falta para el descanso de mi alma!”. El negro quedó muy lastimado, como si le hubieran pegado con alambre caliente, y a los pocos días la mujer del capitán se sintió tan culpable de lo que le había pasado que le dio el dinero de inmediato...

El padre Pedro Claver, añadiéndole un ingrediente a la historia, le mostró a la esclava la imagen de las ánimas del Purgatorio, pero esta se la tapó con la mano, diciéndole que no, porque le tenía mucho miedo a esas ánimas, y sacó debajo de la almohada el escapulario de la Virgen del Carmen para decirle que con esa imagen siempre se había salvado de todos los peligros que se le habían presentado, aun cuando se le hacía difícil rezarle las oraciones de la tradición. De repente tuvo un dolor de cabeza que la hizo gritar y decir cosas que no debía decir, como Obunike la había enfermado, Ale le había traído la muerte, el espíritu de la Oveja no le había traído los hijos de su fracasada relación anterior, y el padre Pedro Claver, angustiado, no tuvo otra opción que darle el caldo de gallina sin el pellejo de culebra, para al menos amansarle la fiebre que la hacía delirar.





Corría el mes de junio, y el padre Pedro Claver apenas se recuperaba de las últimas tercianas. El día anterior, en la parroquia de la doctrina de Cocotá, había confesado todo el día, pero a las diez de la noche el padre Esteban Amaya tuvo que socorrerlo de un desmayo. Cuando despertó recibió la única carta que nunca hubiera querido recibir a treinta leguas de las murallas: su regreso inmediato. Se había entristecido con la orden y le imploró al párroco la oportunidad de que le dejara dar la última misa a los indios zenúes al día siguiente.

La dio bastante temprano y después de desayunar con bollo de maíz tierno, y que acompañó con ajo para avivar los humores enfriados por las lluvias, le pidió al párroco que lo acompañara al límite de lo que era el caserío indígena de treinta bohíos, porque tenía la certeza de que esa iba a ser su última misión. Entonces, subió a un claro donde pudo ver los confines de la sabana justo al pie de las selváticas montañas, pero el párroco le habló de lo caluroso y malsano que eran esas tierras para su salud, donde la carne y el pescado se corrompían al instante, donde existían toda clase de bichos y enfermedades, donde incluso los corsarios construían sus propias naves de asalto para el pillaje de las riquezas que salían del puerto negrero de Cartagena a la Metrópoli, contra lo que el padre le arguyó que eso no era ninguna excusa para no consolarlos pues la mayoría de ellos estaba en carrera de salvación, por lo que quería tener una doctrina en el Darién, no para estar con ellos por tres o cuatro meses, sino por todos los meses del año, como lo sugería el propio obispo de la diócesis, y después se preguntó si las leyes de Burgos se podían aplicar a los negros como lo estaban a los indios, en las que el encomendero estaría obligado a sostenerles un doctrinero o un párroco por la salud de sus almas.

Aún triste por su partida, el párroco trató de alegrarlo con el despetar de cientos de golondrinas que no dejaban de cesar sus trinos

desde los árboles del caserío, y como no lo pudo contentar, entonces le mostró los regalos que le habían traído los indios para la víspera, bollos, frutas, queso; como tampoco pudo, le habló del éxito de la última misión por esos pueblos del Sinú el año pasado, del luminoso año 50, proclamando el jubileo del papa Inocencio, con el que ganó muchos adeptos para la causa papal; y viendo aún triste al padre Pedro Claver, se le ocurrió la idea del loro cantándole al amanecer el clamoroso himno a la Trinidad, “¡Santo!, ¡Santo!, ¡Santo!” como un grito de glorificación a la última misión que acababa de terminar. Pero en últimas le cambió de tema y le habló de la última providencia que se estaba dando por esas tierras, la llegada del veranillo de San Juan, que contribuía con el secamiento de los caminos haciéndolos más transitables, con menos monte y menos garrapatas, lo que ahorra el esfuerzo de los esclavos de abrirlos con sus machetes...



Por fin, se dio el feliz regreso a casa. Lo recibieron en el fondeadero los padres y los coadjutores de la Compañía. Llegó deshecho, tembloroso y con una mortal palidez. Lo llevaron en silla de manos y cuando vio al rector Juan de Arcos en el boquete de la muralla, quiso arrodillársele para besarle los pies, pero este lo detuvo al instante:

—¡Por amor de Dios, no lo hagas!

Pero el padre Pedro Claver insistía en humillársele y miraba a todos como si esperara de ellos un agravio sobre el resultado de su misión, por lo que exclamó:

—¡Ay de mí, de mi vida cargada de penas, y vuestra reverencia que no me permite arrodillarme a sus pies!

El rector De Arcos dio la orden de que le prepararan un vigoroso caldo de pichón, con el pichón más jugoso del palomar, para que pudiera recuperar la humedad perdida en el viaje.



Pasaron las fiestas del Corpus, y como si el veranillo de San Juan hubiera querido llevarse a la tumba a los más débiles y enfermos, pues hacía poco se había llevado al último obispo de la ciudad, fray Francisco Rodríguez de Valcárcel, también parecía llevarse al padre con una calentura en la celda.

–Vuestra merced debería saber que lo que tengo es solo una leve agitación de los humores que se me ha extendido a las manos por el calor del veranillo.

El médico Bartolomé de la Torre lo examinaba en la cama y le insistía en que no bajara al presbiterio por el convite eucarístico que se iba a dar en ese momento, porque el temblor de las manos era el resultado de las lluvias que había cogido en la provincia y que otra sangría lo debilitaría aún más, por lo que le habló de amansarle la calentura con un tratamiento más suave, aceite de higuera, para que le compusiera la sangre serosa y desleída, y le sacara los malos humores acumulados durante el veranillo, lo que lo hacía caminar de esa forma, con la cabeza y el tronco adelante, y con pasitos bruscos y cortos.

Quedándose solo con el criado Domingo Folupo, pues el médico De la Torre se había retirado del cuarto, le pidió que lo ayudara a pararse de la cama, y no lo hizo para sentarse en el borde de la misma, sino para salir por la única puerta de la celda, porque abajo se iba a dar el convite eucarístico, y el aceite de higuera lo había entonado bien.

En esas lo sorprendió en la puerta el rector Juan de Arcos y no supo cómo regañarlo para que regresara a la celda, por lo que, contrariado, terminó dándole un circunloquio al regaño:

–... Y lo mismo pasa con los zapatos que te damos... No los quieres tomar porque son nuevos y van en contra de los votos de pobreza, porque te afligen y no te dan consuelo, y se los da a otros para que los gasten, sin tener en cuenta lo indecente que se ve el sacerdote con los zapatos deslucidos y reventados, tropezándose por ahí porque ya no le sirven de nada, como un afrentado vestido de librea...

En eso apareció el padre Alonso de Sandoval con el médico Bartolomé de la Torre, y lo tomó por los brazos para acostarlo en la cama. Cuando le fue a quitar la sotana para que lo fuera a examinar el médico con más fineza, le pidió al rector De Arcos que le ordenara quitarle la camisilla de cáñamo que utilizaba como ropa interior, pues le tenían prohibido el cilicio y la cruz de palo de rosa amarrada en la espalda. El médico empezó a auscultarle el vientre con los dedos de la mano y empezó a revelar el estado de sus órganos, estragados y opilados, en desorden y secos, como si cargara en el vientre un saco de gravas, por lo que sospechaba de la crudeza de los humores que aún no le habían cocinado el mal. Le tomó el pulso de la muñeca y le preguntó por los años de edad.

–He perdido la cuenta –le respondió el padre Pedro Claver todo molesto, porque no quería que nadie se enterara de la proximidad de su cumpleaños, aunque su importancia estuviera por debajo de su onomástico Pedro Apóstol.

–Es menester preguntar estas cosas –le decía el médico De la Torre–, para regular el medicamento conforme a la edad.

Le pidió dos muestras de orina, una a la medianoche y la otra al alba, ambas en ayunas, para mirar el estado de la vejiga, y aparte de las

comidas frías y húmedas que le prescribió, le sugirió al rector Juan de Arcos nuez de cola como tónico y estimulante, como lo recomendaban los esclavos, y corteza de quina contra las tercianas, como lo recomendaban los indios del Putumayo, pero el padre lo interrumpió:

—¡Pues, en verdad, vuestra merced, mi borriquillo está harto de tantas comidas frías y húmedas, para no hablar de los remedios y de los purgantes, que solo quiere despedirse de mí para la gran resurrección, cuando nos unamos los dos para la segunda vida!





# Capítulo nueve

PARA SEPTIEMBRE, EL PADRE PEDRO CLAVER NO QUISO terminar el mes sin haber visitado el hospital de San Sebastián. No solo lo hacía para lucrar gracias espirituales, sino para darle vuelta al estado espiritual de los enfermos. Había llegado en borrico, regalando la naranja, el limón, la guayaba, la granada, el guineo, la yuca, la batata, el tabaco, y lo habían recibido en la portería los hermanos hospitalarios. Adentro, las cosas estaban en su sitio, como el armario de los aceites, de las lociones y de los ungüentos, como el herbario y los cuadros alusivos al pecado, como el baldaquín para transportar el viático, como el rollo informativo, incluso el sitio donde debían convalecer los enfermos, como la recámara donde agonizaban los moribundos, la recámara donde rabiaban los pacientes, la recámara donde se recuperaban los llagosos, el rincón a los que se les imponían las manos... El prior fray Jacinto de Hacha lo recibió en el despacho y le puso a su disposición el hospital. El establecimiento estaba en una esquina de la calle del Cementerio de la Iglesia, en el

mismo barrio de Santa Catalina, y era de ladrillo y madera, y poseía un patio interior donde guardaban el carbón, la ropa del hospital, y en donde se encontraban las letrinas, el depósito de cadáveres y el huerto de las plantas medicinales... Como esta vez el padre no pudo barrer las salas, recoger los vasos, botar la sobra, vaciar las bacinillas, cambiar las sábanas, perfumar a los llagosos, lavar los pies o limpiar a los que todavía estaban sucios, se sentó en la cama del único paciente que quería confesarse con él en la sala de los febricitantes y no con los otros curas que le habían traído los hermanos hospitalarios. El paciente comenzó a quejarse de la cura que nunca le llegó desde que quedó ciego por la venérea, como sí le llegó al soldado que le aplicó el padre un emplasto en los ojos, y que al final el médico del hospital, don Adán Lobo, lo aceptó como milagro. No solo le recordó ese milagro, sino otros que el padre no quiso oír, los que quedaron despellejados como san Bartolomé tras una explosión en La Armada, como el sífilítico que lo curó con unciones de mercurio, el llagoso que le lamió las heridas, el internado que le salvó el brazo gangrenado con la cruz de palo de rosa...

En esas llegó el enfermero Diego López en sambenito desde la sala de partos y angustiado le preguntó al padre qué se podía hacer para salvar la vida de una parturienta que llevaba tres días con la criatura atravesada. El padre, enterado de que le habían machacado hierbabuena y que solo esperaban su muerte con el encendido de una vela, le sugirió encomendarla al buen parto.

Pero algo lo perturbó, y fue la entrada de la reconciliada Justa Pérez en la sala de los febricitantes. Entró con el sambenito recién entintado, lo que indicaba su reciente sentencia; con la argolla en el tobillo, lo que indicaba su vigente carcelería; por lo que el padre Pedro Claver se maravilló por la forma como la Inquisición había



reconciliado a esos dos mulatos condenados por crímenes de herejía al seno de la Iglesia.

“¡Dios mío! ¡El padre Pedro Claver!”, trastrabilló la reconciliada al verlo sentado en la cama. Traía consigo una lavativa en la mano, ocultando entre las camas la incómoda argolla del tobillo, y había olvidado que los jueves el padre solía visitar el hospital con los novicios, por lo que una oleada de recuerdos le alteró el estado de ánimo en ese rincón de la sala. Lo miró de reojo y notó que era el mismo padre que le había asistido a su auto de fe privado en la iglesia de Santo Domingo el 24 de mayo de 1648, y que después de quitarse el sombrero, de repetir las cortesías con el obispo y de cantar el motete a media voz mientras ponían la cruz enlutada en un altar ricamente iluminado, se le acercó por detrás de la fila de los penitenciados para advertirle del peligro que corría si reincidía por tercera vez en pecado de herejía, y ella, como si tuviera una mordaza en la boca, no le pudo decir lo mal que le había ido con los señores del Tribunal, quienes la acusaron de bruja y de embustera, cuando en realidad solo le abrieron el nuevo proceso para quitarle lo poco que tenía de patrimonio, su pobreza, pero esta vez en el hospital lo vio diferente, tembloroso, encogido, como si con ello hubiera ganado la verdadera apariencia de los santos bobalicones de las iglesias.

El padre Pedro Claver, al otro lado de la sala, no la podía olvidar, no tanto porque la hubiera amonestado en la fila de los penitenciados, como cuando se le acercó meses atrás para la confesión de sus pecados, como los que se daban en la época, con toda su casuística, pero que se desengañó cuando no le habló de lo que normalmente escuchaba de una negra, de sus dioses, de sus espíritus, de sus ancestros, de sus familias, de sus rencillas, de sus tristezas, de sus sufrimientos, de sus ganas de ser libres, sino de su secreta sospecha de que

la Inquisición la iba a aprehender en cualquier momento; y siendo más sincera con sus palabras, le dijo que esa confesión se la hacía a él, no porque fuera el confesor más misericordioso, sino porque aún no había llegado el capellán de La Armada, y porque tampoco se la hacía a los señores inquisidores ni al entonces visitador de la Suprema, don Pedro Medina Rico, por la forma como interrogaban y atormentaban a los reos; ante la gravedad del asunto, el padre Pedro Claver no tuvo otra opción que escucharla, sin que se le pasara por alto ningún detalle malicioso por parte de la penitente. Comenzó a preguntarle en lo que creía, ella le respondió que en la Trinidad, Uno cuando creó el mundo y Trino cuando se encarnó el Verbo, y como para que no quedara ninguna duda de su fe le dijo que era devota del Cristo Negro de Portobelo, del puerto donde vivió últimamente, y pasó a contarle la historia de su vida, y que iba a ser sincera con las preguntas que le hiciera para no ofender a Dios, y que estaba dispuesta a cumplir con el mayor propósito de enmienda para pagar por sus pecados de herejía, por lo que no le tocó más al padre que escucharla sacramentalmente. Empezó confesándole que su hermana Rufina Pérez no era ninguna santa como se lo imaginaba la gente, aunque solía tocar el pandero para las fiestas del Corpus, pues tenía de amante al teniente Francisco Llano Valdés, servidor del entonces gobernador don Francisco de Murga, el que incitó los primeros disturbios contra la Inquisición, y que ayudándola para que el teniente Llano se enamorara más de ella, le hicieron toda clase de conjuros, como el de la Estrella, el de María Magdalena...

Como la lista de oraciones era larga, le siguió contando otras cosas más, la vez que le quemaron el semen del teniente con un cirio para castigarle su infidelidad; la vez que le hicieron un muñeco de trapo para clavarle un alfiler en el pecho delante de tres misales y tres cirios

pascuales; la vez que lo miraron a escondidas en la plaza del Esclavo, y abriéndole los ojos desde el portal de Las Negras sin que él se diera cuenta, le dijeron, “¡Con dos te veo!; ¡con cinco te ato!; ¡la sangre te bebo!, ¡el corazón te parto!”. Después de una breve pausa, recordó otro conjuro, el que le hicieron al entonces fiscal del secreto, Juan Ortiz, en la calle donde él vivía, la calle de la Expurgación... El padre, contrariado, la llenó de preguntas y repreguntas, y la confesante, acorralada, se vio obligada a contarle cosas que no debía contar sobre la brujería como la hierba de Tolú, el ara molida y la sangre menstruada para los asuntos amorosos; las palabras de la consagración, “*Pax nobis onis, oculus*” para la sumisión; las palabras sobre la naturaleza de Jesús, “*genitum non factum, engendrado, no hecho*”, para el bienquerer; y le habló, además, de la suerte del pan, de las habas, del rosario de Ifé y del oráculo carabalí; y sollozando, como si con ello quisiera expresar sus más profundos sentimientos de arrepentimiento, le habló de los otros delitos que había cometido con la capitana de brujas la negra Elena de Viloría, de su participación en los aquelarres en las faldas del cerro de La Popa, de su adoración al vicario del Demonio llamado en forma despectiva Buziraco, porque siempre se presentaba a la ceremonia con su despectivo disfraz de buco o de macho cabrío, y le habló de lo que hacían en la misa negra, y entre las preguntas que le iba haciendo, la penitente no tuvo reparo en revelarles los coitos que tuvo con un compañero durante la ronda al Demonio, que era enano y se llamaba Tararira, porque, como lo indicaba su nombre, era feroz y bullicioso con su falo demasiado grande, que se lo hacía tanto por el vaso trasero como por el vaso delantero, y le confesó de sus viajes con hierba de indios, que al consumirla volaba como las aves, que una vez voló lanzando balidos y no los gritos de una bruja, lo que indicaba que algo andaba mal porque debía volar con el alma de

un ave, y que cuando se volteó para ver su cuerpo lo vio transformado en chivato, a lo que tuvo que gritarle al vicario, “¡*Vri, vri, Buziraco veni!*, ¡estoy perdiendo altura, ayúdame a transformarme en ave!”; y cuando la transformó, entraba por las ventanas de las casas para chuparles la sangre a los niños porque esa sangre la hacía vivir muchos años más, pero que no los mataba como lo hacían las otras brujas, y cuando regresaba al cuerpo se despertaba con el fuego de mil braseros en su interior... De repente le preguntó al padre Pedro Claver si la estaba escuchando, entonces le dio las gracias por la forma como estaba descargando su conciencia y empezó a hablarle de los ritos que hacía el negro Fernando Cabamoche en el arrabal de Getsemaní, el mismo que le quitó el teniente Francisco Llano Valdés de las manos de la Inquisición, cuando lo venían azotando por las calles por hechicero. “Acósame, padre Pedro Claver, de este pecado y de otros que voy a contar”, y continuó diciéndole la reconciliada que a la medianoche dicho Francisco se reunía con otros negros en un aposento del arrabal, que el principal se montaba sobre una caja con una lumbre en la cabeza y los invitaba en la lengua de los yorubas a que bailaran a su alrededor mientras él tocaba el arquillo con la boca y decía que quería volar como los pájaros para ser libre, y el coro le respondía que volara como los pájaros; y apagando la lumbre, de uno en uno fueron bajando los asistentes del techo de paja para saludar al sacerdote, y lo saludaban chocándose entre sí el dedo índice y el del medio, que luego acompañaban con un gruñido y la palabra “¿*Mbolo?*”, a la que todos le respondían, “bien”, “bueno”, aunque estuvieran sufriendo por la esclavitud, y que cuando movía los brazos hacia delante para ahuyentar a los malos espíritus, gritaba, “¡Ogún, gran guerrero que enviaste a Benkos por nosotros!”, y el coro le respondía, “¡Interceda por nosotros, los esclavos!”; “¡San Jorge, que

mataste al dragón degollándolo y viniste de los puertos de África, ten compasión de nosotros, los esclavos!"; "¡Santo Thomé, santo de los sufridos negros, ten piedad de nosotros, los esclavos!". Entonces el sacerdote se quitaba la imagen de Calunga del cuello y lo hacía besar a todos los presentes para que Lungambe, el señor de la oscuridad, no hiciera posesión de sus cuerpos, y después invocaba a Calunga con los brazos abiertos al mar para que llegara con la corte de espíritus, y le decía, "¡Calunga! ¡Calunga-gueeé!", y el coro le acompañaba el estribillo con palmadas y movimientos de cadera, "¡Oyeeé-ye! ¡Yum-bam-beeé!"; "¿Está Calunga con Nuestra Señora?", "¡Síii, está con la Madre de Dios!"; "¡Calunga, reina del mar!, ¡que vienes rompiendo la mar!", "¡Socorre a los esclavos, y a los que están en rebelión en los arcabucos, trayéndonos de Loanda, de Guinea, de las costas de Oro y de Marfil, de Cabo Verde, de las islas de Las Biojóes y de Bioko, los espíritus de nuestros ancestros!"; y al finalizar la ceremonia, el sacerdote les preguntaba por las cosas que desearían tener los presentes, la penitente le respondió que por muchas riquezas... Para el amanecer pasaba la lista de los que habían asistido, cada uno decía su casta y el espíritu en que creían... En ese instante, el padre tuvo una cabeceada y para retomar la confesión, le preguntó a la reconciliada por su nombre, "Justa Pérez, padre Pedro Claver. Mulata y hermana de Rufina Pérez. Tan unidas las dos como la Estrella que sale por la mañana y por la tarde, para los angolos las esposas de la Luna, para los españoles las patronas de Sevilla, vírgenes y mártires..."

Contrariado, el padre la amonestó invocando el respeto que se le debía tener a las dos santas y le pidió que hiciera otro recorrido de su memoria, y de tanto insistirle, la penitente le habló de su pasada amistad con la negra Paula de Eguiluz, la misma que la amonestó en la fila

de los penitenciados en la plaza de la Inquisición por su unguento de sapo que la hacía volar como las brujas, a la que se le encendía la cara cuando consumía la hierba de los indios, la que le aseguró que el milagro de estar viva no era porque la Virgen haya intercedido por ella ante la Suprema, para que le cambiaran la sentencia a ser quemada en la hoguera por la del destierro, sino por Changó, poderoso espíritu de los yorubas. “Aquí entre nos, padre Pedro Claver, la negra Paula de Eguluz salía de las cárceles secretas para curar a los enfermos ilustres, incluso al fallecido señor obispo fray Cristóbal de Lazárraga, donde una vez estuvo hospedada por veinte días en su casa obispal... Salía sin el hábito de los penitenciados, con saco de canesú y verdugado, con abalorios, piedras preciosas, filigranas y cintas, con toquilla y abanico, empolvada y en silla de manos, y se sabía de memoria un montón de fórmulas para curar toda clase de enfermedades que ni los renombrados médicos sabían curar”; y para que se sintiera aludido, le habló de una cura que había oído y que decían que era buena para amansar la calentura y la perlesía, una a base de cáscaras de naranja, huesito de muerto y hojas de romero, que dejado en el altar de una iglesia por una noche, al día siguiente se molía y ese fino polvo se disolvía en un vaso de vino; después le habló de las otras invocaciones que se sabía y que eran buenas para la buena suerte, para volverse invisible y saber el verdadero sabor del pan y el vino consagrados durante la misa, para volverse pájaro o cabra con la hierba de un negro bañón, y dándole muestras de estar arrepentida de todas las cosas que había dicho, quería que el padre le impusiera la penitencia más fuerte que se podía imaginar, y el padre, conmovido por la confesión, no sabía qué hacer, pero en ese instante el bullicio de la gente de la sala de maternidad hizo que el melancólico hospital se estremeciera de alegría, al tiempo que una enfermera bajaba con la criatura en los

brazos, mostrándosela al padre a la distancia, al tiempo que le atribuía el milagro de esa nueva vida a su ilustre visita, lo que contrarió al padre Pedro Claver que no dejaba de mirar a la escurridiza Justa Pérez...



No había terminado el 51, y el milagro que tanto esperaban los habitantes no parecía llegar a los enfermos de la nueva epidemia. La peste había llegado a todos los rincones de la ciudad, llevándose a la tumba a seis sacerdotes y tres coadjutores, y pareciéndose llevar también al padre Pedro Claver en el claustro. Los médicos no sabían su origen, algunos la atribuían a la creciente población canina, otros al último barco negrero que arribó al puerto, otros a la aparición de una fiebre maligna que hacía colapsar el sistema respiratorio en pocas horas, pero la población empezó a sospechar de su origen divino por el comportamiento que habían tenido los señores inquisidores en los últimos años.

Si algo era cierto era la mortalidad de la peste y el número de cadáveres que aumentaba, y que después tiraban al caño porque no había carretas ni gente para enterrarlos, con la esperanza de que después no boyaran para el festín de las ratas y de los gallinazos. En el claustro, la pelea parecía estar perdida cuando el médico don Bartolomé de la Torre hizo entrega formal del padre al rector De Arcos para que le aplicaran los últimos sacramentos.

–Hasta aquí llego yo, reverencia –le decía, con la cara llena de cansancio–, pues solo queda esperar un milagro...

Y añadió a los achaques del padre Pedro Claver, perlesía, palidez, abulia, crudeza de humores, frío de la terciana, edad y cambio de complexión colérica a sanguínea.

Entonces el rector De Arcos ordenó al padre Joaquín de Amestoy a que le administrara el viático. Cuando entró, el padre quiso arrodillarse al Santísimo con los últimos restos de sus fuerzas, pero el flamante provincial del Nuevo Reino de Granada y Quito, padre Gabriel de Melgar, le pidió recibirlo en la cama. Pero el padre insistía recibirlo de rodillas, justificándose como el verdadero culpable de la epidemia, por sus grandes pecados.

Después de haberlo recibido en la cama, se sintió alentado para seguir hablando de su muerte y de su testamento.

–Estando de partida de este mundo –le decía al escribano en el borde de la cama–, y con la licencia del provincial aquí presente, quisiera regalar este gran tesoro que recibí del hermano Alonso Rodríguez en la isla de Palma de Mallorca al maestro de novicios del Colegio de Tunja, donde hice mis estudios de teología: dos cuadernos espirituales de su puño y letra, y tres de sus enseñanzas... En cuanto a la gratificación, no les pido premio ni paga, sino perdón y misericordia, y que rueguen por mí en cuanto muera, porque habiendo tenido en mi poder tal tesoro, no supe aprovechar el oro de su santidad, sino su escoria...

A los pocos minutos se puso violáceo por la baja circulación de aire en los pulmones, lo que hizo temer su pronta muerte. Entonces, los presentes se unieron en oración para aligerarle el peso de su tránsito, para que su partida no tuviera ningún sobresalto. Era la primera vez que el padre Pedro Claver se iba de verdad, y todos los del claustro se metieron en el pequeño cuarto de enfermería para despedirlo y para pedirle favores y recomendaciones desde el más allá. Pero a la hora, contra lo que esperaban, empezaron a aireársele los pulmones al padre, lo que llenó de alegría a los presentes, y se dio lo que tanto esperaban, el flato, que, como bomba de malos humores, trajo buen



suceso, porque al fin se le habían ablandado las tripas con el purgante que le habían prescrito, a pesar de su conmovedora fetidez...

Pero para finales de octubre, la peste continuaba y los médicos no tenían otra opción que entregar los enfermos a los curas. Se multiplicaron las misas, las rogativas, las procesiones, las mandas, obligando a la población a regresar a los asuntos piadosos, y a poner los ojos sobre la Virgen de La Popa en lo alto del cerro del mismo nombre. La bajaron solemnemente a través de los caminos cortados por lluvias, con el mejor vestuario y la corona de oro, y la llevaron al arrabal, a la isla amurallada, y la pasearon sobre una ciudad limpia de monte y basura, y cuando la veían los devotos, se le postraban a los pies, ya fuera arañándose la cara, arrancándose el pelo o golpeándose el mea culpa, y con los ojos llorosos le pedían que los liberara de tan terrible flagelo a punto de acabar con los últimos restos de la población. Cada noche durmió en una iglesia diferente, de las siete que había en la urbe, y aprovechando el ambiente piadoso, el provisor de la ciudad y provincia, el canónigo Matías Suárez de Melo fijó el anatema para los primeros días de noviembre.

En la procesión, todos querían ir adelante, detrás de la imagen de san Sebastián, el invocado para contrarrestar la peste, y detrás de san Roque, al que le habían prometido levantarle una capilla en el arrabal si los salvaba de la peste. Todas las iglesias, todas las ermitas y todas las capillas se pusieron de acuerdo para lanzar las campanas al vuelo a las nueve en punto, y el provisor, dirigiendo la procesión, iba acompañado de un representante de cada orden, un dominico, un franciscano, un agustino, un jesuita... La primera estación fue en la pequeña iglesia de la Santísima Trinidad, y de allí regresaron a la iglesia de la Orden Tercera de los franciscanos en el mismo arrabal, y de allí por el puente de San Francisco a la pequeña iglesia de los jesuitas, donde lo recibieron

con el clamor de las campanas, y en ese orden continuaron a la iglesia de los dominicos y de los agustinos, y en todas ellas iba el padre Pedro Claver en silla de manos, lo que no lo ayudó a ocultar su cansancio y el temblor en las manos. No solo su presencia proveía un efecto mesiánico por su milagrosa curación, sino las reliquias que despertaron cierto encanto mágico sobre las bondades del sistema santo y sus consolaciones, y que tuvieron en cuenta su orden, la astilla de la Cruz, el plato de Nicolás, el casco de Constantino, el vestido de Ignacio, la gota de sangre de Sabino, el diente de Úrsula, la canilla de León, el hueso de Basilio, el parietal de Vital, la hebra de cabello del hermano Alonso Rodríguez... Y como siempre, más atrás los pavorosos himnos de las monjas.

Llegaron a la plazoleta del Cabildo donde les abrieron espacio para los que venían de atrás, los que se golpeaban la espalda con cadena, los que caminaban con grilletes, los que cargaban un tronco como crucificado... En eso apareció el provisor desde la puerta del Perdón de la Catedral, donde impuso el orden y elevó las primeras oraciones... Entonces se dirigió al promotor de la peste con todas las fuerzas de su ser:

*–Exorciso te, immundo spiritus! Exorciso te, immundo spiritus!*

A pesar de la escasa instrucción de la población sobre el idioma latín, todos se arrodillaron en el acto, dejando pasar sobre sus cabezas las palabras que parecían remover la maldición instalada en la plaza de la Inquisición, donde quedaban las Casas de Inquisición. Nadie dudaba del terrible encuentro nunca visto en los últimos años, entre las fuerzas del Bien y del Mal, y cada maldición que le lanzaba el provisor al promotor de la peste, iba a cada una de las siete puertas del circuito amurallado.

*–Exorciso te inmunde et maledicte diabole!* –terminó un poco desfallecido, y 7.770 voces se unieron al Gloria in excelsis Deo, la máxima alabanza que le podían brindar a la Trinidad.

Luego se dirigió en forma particular a los pecadores y a los que atacaban la fe, y les lanzó el anatema con todas las fuerzas de su alma:  
 –¡Malditos seáis!

Entonces se produjo la gran turbación. Aparecieron los desvanecimientos y las plegarias, y los que estaban en la arquería del Cabildo buscaron consuelo en el padre Pedro Claver que les mostraba el retrato del hermano Alonso Rodríguez, pero que sin embargo les prometieron al padre y a la imagen, entre llantos y lamentos, mayor arrepentimiento para acabar con la impiedad y la herejía tras muchos años de relajamiento...



Corría el mes de diciembre y un misterioso visitante empezaba a subir la escalera de la cámara del secreto de las Casas de Inquisición. La escalera era de madera, a lo que cada paso que daba sobre el peldaño parecía delatarlo ante los familiares de la institución. Iba revestido de clérigo, con el bolso de los sacramentos debajo del brazo, lo que le daba la apariencia de subir a la cámara del secreto por un asunto de fe y no por otro de otra índole. Se detuvo en el rellano de la escalera, miró con disimulo el patio de las cárceles secretas recién barridas, pero no vio a nadie, salvo al guardia que salía de las mismas. Receloso, llegó a la pequeña puerta y sin tocarla alguien se la abrió desde dentro, y al instante los dos se dieron los buenos días. Adentro lo esperaba la reestructurada plantilla del tribunal, apenas organizando los asuntos inquisitoriales, sin que hubiera tiempo ni presupuesto para cambiar el viejo mobiliario ni refeccionar el descolorido cuadro del reconocido inquisidor general Tomás de Torquemada a un lado del escritorio principal; entre ellos estaba el fiscal del secreto, Juan

Ortiz, asumiendo las funciones de inquisidor mayor... Desde hacía varios días lo esperaban, y sabían que el proceso debía circunscribirse a un asunto de fe y no de otra índole, y sabían que debían sustanciarlo con el mayor cuidado posible, para no dejarse llevar por las pasiones, sino por la serenidad de los teólogos calificadores, como lo fue el proceso de Teresa de Jesús el siglo pasado que dio con el traste, además de que estaba en juego la nueva imagen de la Inquisición deteriorada en los últimos diez años, y algunos de ellos habían muerto durante la peste.

Pero, ¿quién era ese misterioso visitante que tuvo el valor de deponer contra el padre Pedro Claver, cuando en los últimos meses había subido su fama de santo por su milagrosa curación, y porque, como lo atestiguaban los mismos creyentes, había salvado la ciudad de una peste mayor?

–Es menester que vuestras señorías sepan la magnitud de sus pecados –insistía el informante, cuya identidad habían ocultado los escribanos para no agitar la historia del claustro, como ocurrió con las observaciones de Galileo y las proposiciones de Giordano que agitaron la historia de la Iglesia–. Bautizaba a los negros sin que mediara previo conocimiento del castellano, solo valiéndose de intérpretes que no despiertan ninguna idoneidad. Es bien sabido la ferocidad y el estado de barbarie en que se encuentran los bozales, la escasa capacidad para entender nuestras cosas, la malicia para burlarse de nuestras cosas, para que de la noche a la mañana los confiese, los mueva al acto de contrición en una lengua tan extraña como la nuestra y los bautice con los sagrados nombres cristianos... Dice que bautizó a 300.000 de ellos, lo que es imposible, ni siquiera con los 35 años de cura que tiene aquí. Serían, en promedio, 8.570 esclavos por año, cuando en realidad llegaban al puerto 4.000, eso sin tener en cuenta los que venían bautizados de los puertos de

habla portuguesa y española, y los que bautizó el padre Alonso de Sandoval en su momento, aparte del número de naves negreras que disminuyó con la separación de Portugal. Fijaos la forma como los bautizaba, sin licencia del párroco o del doctrinero, y aunque tuviera el permiso de los señores obispos, no debió violar sus competencias. Y los bautizaba, creyendo el negro que lo estaban lavando o refrescando la cabeza del calor, o que esa agua era un preservativo contra las enfermedades, o sencillamente recibiendo el lavatorio de mala gana pues creían que era una invención de los blancos para sujetarlos. A los negros que creía haber bautizado, les ponía un hilito en el pulgar de la mano derecha, como si la hebra de lino o de cáñamo no la pudieran replicar, lo que demuestra el abuso que ha tenido del privilegio que les concedió los papas Pío V y Gregorio XII para que los negros fueran únicamente catequizados por los jesuitas...

–Es decir, el padre Pedro Claver no es apto para la administración del sacramento del bautismo...

–Así es, vuestras señorías. No solo hablo de los bautizos que hizo a los negros, a los indios, a los mulatos y los que hizo sub conditione, sino del agua que le echó al par de mellizos y la razón por la que estoy denunciándolo. Era muy sabido que la partera los había bautizado primero, después corregido un sacerdote, pero al padre no le pareció suficiente este último, porque creyó que había omitido ciertas palabras, y lo que hizo fue a poner a sufrir a ese par de criaturas con un llanto de 30 días, como si dentro de sus cuerpos se hubiera librado la más difícil de las batallas con las fuerzas del Mal, lo que confirma la forma como llevaba la vida religiosa, más allá del sentido común de las cosas, a veces buscando el sufrimiento por el puro placer de sufrir, y no por la purificación del alma, y como se lo dije varias veces al rector De Arcos, que lo reprendiera por escrito y en público, pero...

–Pero, ¿qué?

–Como siempre, tomaba la reprensión en silencio, se humillaba delante de nosotros y se decía gran pecador, digno de los peores castigos y dispuesto para los grandes propósitos de enmienda, y me decía que oraba por mí –se detuvo con la mirada en el bufete–. Oraba con esa mansedumbre que cualquiera creería en su gran bondad, pues, en contra de los demás hermanos que no gustaban de él, nunca lo he tratado ignominiosamente, de ignorante, simple, impertinente, sin letras y sin prudencia, ni le he hecho preguntas indiscretas para rajarlo en gramática y latín, ni lo he insultado, ofendido con blasones, ni me he comportado como el otro hermano de corazón de pedernal que lo trataba de hipócrita, intolerable, insufrible, de que Dios se librara de santos como él, y lo dejaba ir adelante cuando lo acompañaba en la calle, o lo hacía arrodillarse y besarle los pies para concederle una merced. También el rector Juan de Arcos lo hacía responsable de los altercados entre los negros, de que fuera pueril catequizándolos con imágenes del Infierno y el Purgatorio, y siempre le recordaba el tiempo que perdió de prefecto de la iglesia, pues lo único que hizo fue llenarla de malos olores, de ruido y de negros asquerosos, en vez de llamar a los bienhechores, y el anterior provincial padre Rodrigo de Barnuevo lo desenmascaró con sus contradicciones, defendiendo a los negros por un lado y haciéndolos comprar para el claustro por el otro, como a ese que llamaban el Negrillo del Padre Claver...

–¿El padre qué respondía?

–Nada, vuestras señorías. Si lo castigaban en el comedor, se arrodillaba al lado de la candela, rezaba el breviario por dos o tres horas, hasta que alguien se lo recordaba al rector Juan de Arcos.

Se hizo un silencio, mientras el notario afilaba la pluma y el secretario organizaba los papeles en el bufete. El informante continuó:

—Les lamía las horrendas llagas, se les sentaba en los catres sucios de sangre y baba, abrazaba a los leprosos como a amadísimos hermanos, los cubría con el manteo, juntaba el rostro con el de ellos, cosa de por sí asquerosa porque no tiene nada que ver con la purísima imagen de Cristo. Además, confesaba a los negros en la misma cama teniendo de intermediario a un intérprete, sabed vosotros quién puede ser ese intérprete, ¡otro negro machacando el castellano, además de supersticioso! Es tan irreverente e imprudente que después de comulgarlos les daba de comer cualquier cosa, y los consentía con regalos que guardaba en el confesionario, sin respetar Cuaresma, y terminada la misa los mandaba en sillas de manos a sus casas como a toda persona de bien, y de esto pueden dar testimonio los negros Francisco Yolofo, José Monzolo y Antonio Balantas. Otra conducta impropia que tuvo fue la forma como atendió a la última negra enferma de viruelas. La alzó del lecho por los brazos para colocarla en el manteo que había tendido en el piso; después de limpiarle y arreglarle el lecho, la tomó por los brazos para ponerla de nuevo ahí, y es bueno que sepan vuestras señorías quién lo ayudó a cargarla, el negro ese que llaman Ignacio Angola, porque rechazó la ayuda del hermano Nicolás González. Lo peor de toda esta historia, si me lo permiten vuestras señorías, es el manteo que después se puso contra las recomendaciones del hermano Nicolás y la dueña de la casa, de que estaba sucio de sangre y pus. Y todos estos comportamientos, que de alguna forma violan la ortodoxia, tuvo sus excesos con los condenados a muerte en el patíbulo, consolándolos con vino y bizcochos, cuando en verdad debería preocuparse más por la salud de sus almas que la del cuerpo, testigo de ello el propio pueblo cuando asistió a la ejecución del perillustre reo, la del cimarrón Juan Yolofo y la del napolitano Esteban Melón. Y con los leprosos,

el mismo pañuelo con que les limpiaba las putrefactas llagas y las hediondas babas, lo guardaba en el bolso como si llevara debajo del brazo una canasta de lirios y rosas. Va en contra de los votos de pobreza en su propia celda, pues siempre conserva en la alacena plata, paños, toldos, tabaco, miel, limones, naranjas, guayabas, guineos, granadillas, dátiles y tamarindo, y toda clase de golosinas como objetos de placer, pero esto no es nada grave porque también conserva vino y aguardiente, y tiene una particular manera de premiar al primero que le anuncie la llegada de una nave negrera con una misa o con una disciplina. ¡Ah, los esplendorosos almuerzos que organiza para los domingos de Resurrección y la forma como atiende a los negros, que lo único que le falta es labrarse la piel, cortarse los dientes, agujerarse las orejas como ellos!

Se hizo otro silencio, mientras el informante se tomaba el vaso de agua que le habían traído. Pero el inquisidor Juan Ortiz le preguntó:

–Dinos, ¿tienes alguna animosidad con el padre Pedro Claver?

–Ninguna, vuestras señorías, ni siquiera lo he tratado con sequedad y desabrimiento, al contrario, fui compañero de él en los ritos de la liturgia, y he dicho estas cosas después de haberlas sopesado con la balanza de la razón, para no tener que decirlas por malos sentimientos o por pasión...

De nuevo le preguntó el inquisidor Juan Ortiz:

–¿No has oído, escuchado o leído alguna proposición que él haya dicho, escrito o sugerido y va en contra de las enseñanzas?

El informante quedó callado, haciendo memoria de lo que podía descubrir.

–Que yo recuerde... Que yo recuerde...

–¿Ni en las ocasiones cuando se le acercó a los penitenciados en la fila?



–Que yo recuerde... Que yo recuerde... Ninguna. De una cosa estoy seguro, es la falsedad de sus conversiones. Por ejemplo, las que ha hecho a los moros de Berbería condenados a galeras y las que ha hecho también a los protestantes capturados de las islas de Santa Catalina y de Saint Kitts, como a ese inglés que se hacía llamar el Arce-diano de Londres y que hizo trato amistoso con él con el ceremonial de la jarra y los vasos en la propia nave enemiga, repitiendo el mismo insulto que nos hizo el pirata Francis Drake el siglo pasado aquí en la antigua plaza Mayor, cuando se apoderó de la ciudad... Tampoco estuve de acuerdo con las disputas que sobre asuntos teológicos tiene con Amete y con los otros moros, como si supiera más que el padre Sebastián de Murillo, ¡con sus grandes conocimientos para desbaratar las doce objeciones de los judíos sobre la venida de Jesús como Mesías! Por otra parte daba licencia con mucha facilidad a los negros y a los indios para que comulgasen, bastándole con que tuvieran una capacidad mediana de entendimiento, porque siempre se defendía con la parábola del convite: “Id y llamad”.

–Entonces, ¿no has escuchado nada que haya dicho, por ejemplo, “pobrecito penitente, todo lo que sufrió en las cárceles secretas y en el tormento?”.

El informante pidió un tiempo para recorrer la memoria. Se tomó dos, tres minutos...

–Que yo recuerde... Que yo recuerde... Ninguna. Pero estoy dispuesto a ayudaros en cuanto tenga memoria de ello... ¡Ah, los esclavos que fueron condenados por el santo tribunal! –se agarró la cabeza–. ¡Me refiero a los negros Isabel Biafra, María Cacheo y Antón Carabalí, y que el tribunal los condenó por sodomitas y caníbales, por los que abogó para que la condena fuera más suave y él los pudiera catequizar en el claustro!

Se tomó una pausa para terminar con el vaso de agua, para secarse el sudor de la cara y para esperar alguna pregunta. Sin embargo, continuó:

–Es menester saber la forma como ha evolucionado su personalidad, si me lo permiten vuestras señorías. En el 16, cuando ingresó al Colegio, pasó de ser un simple coadjutor que apenas sabía latín, por lo que siempre le tuvo miedo al ejercicio del sacerdocio, a un pobre sacerdote sin entender muchos puntos de la liturgia. Cuando tomó los hábitos en la Catedral era un religioso de complexión colérica, amigo de los esclavos y enemigo de los negreros, sabiendo lo impropio del superior que se deje mandar del súbdito como si fuera su igual, como cuando se sentaba en el piso, en el odre, y el resto de esclavos e intérpretes en las sillas altas con apoyaderos. Hizo la profesión con solemnidad, no me acuerdo en qué año, y es raro que la haya tomado porque tenía que dominar el griego y pasar por un examen final de sus estudios, sobre todo el de retórica y oratoria que debió aprender en Barcelona, y que solo sabe el que emplea para la confesión de los negros... En el 42, aún sin cambiar su nefanda postura de convertir negros, pasó a tener la mirada triste, como si el Altísimo le hubiera transfigurado la cara por su secreto pacto con el Maligno, hasta que recibió su merecido castigo en la última misión con la perlesía que todos sabemos. Quién sabe si todos estos achaques provienen de la vez que se tomó de una vasija el pus y los flujos de la esclava Rufina enferma de viruela en la casa de doña María Ortiz de la Maza, y que se la tomó para castigar al propio cuerpo que tuvo intento de vomitar por la podredumbre de sus heridas...

En este punto, los señores inquisidores estuvieron a punto de vomitar, no así el inquisidor mayor, Juan Ortiz, que vio la oportunidad de sacarle dividendos al caso, primero, a título personal, por la rabia

que le tenía al padre Pedro Claver cuando era notario apostólico y le recogió las declaraciones injuriosas que le había lanzado al entonces canónigo doctor Matías Suárez de Melo en el 39, y segundo, a la alicaída Inquisición en Cartagena de Indias, sobre la que pensaba recuperar su antiguo prestigio.





# Capítulo diez

TRAS LA ÚLTIMA INTERVENCIÓN QUE LE HIZO EL MÉDICO Bartolomé de la Torre, en la que le raspó y cauterizó la última apostema, el padre Alonso de Sandoval creyó haber regresado de las mismas paredes del Infierno. En esas entró el padre Pedro Claver, que lo admiró por la forma como su maestro de apostolado había soportado el procedimiento con mucha valentía. No solo lo soportó con valentía, también sin ningún tipo de anestesia y sin mordaza, y le pidió ayuda para hacer memoria de algún pecado olvidado y a punto de llevarse en su fallecimiento, invirtiéndose entonces el rol de confesor y confesante entre los dos, pues ahora era el padre su confesor. Sin embargo, sintió la necesidad de explicarle los últimos detalles de su pasada obra con los negros como si todavía no hubiera sido claro con ella.

–¡Qué cosa! –le decía desde la cama–. Todas las veces que hemos estado enfermos de muerte nos ha tocado acompañarnos el uno al otro. Esta es la tercera vez que caigo, pero tú tuviste la particularidad de salvarte dos veces de la muerte, de la que estoy seguro no la tendré

yo esta vez. Aquella vez, en el 41, bajó esa negra con ese tumor tan pestilente en el cachete que tuvieron que reservarle una sala para ella sola en el hospital. Respiraba por el hueco del cachete, como por una chimenea, y a ti te tocó prepararla después, costándote la salud. Entonces te revelé el secreto que me quemaba el corazón y que espero lo revele en cuanto me muera. ¡Miento, hermano! Dos veces más estuve a punto de morir. Cuando los indios arhuacos casi me capturan de regreso de Maracaibo y cuando la última peste. Ya no tengo más pecados que revelarte, porque creo que todos los escarbé en el fondo de mi alma. Quedan, pues, cosillas que no parecen tener importancia, *peccata minuta*...

–Como cuáles...

–Descuida, cosillas que se dan por el orgullo que envanece al hombre, porque a veces uno quiere amar más al Señor que los demás. No quiero morir con su peso, aunque sean demasiados pequeños, y menos cuando reflexiono sobre las cosas que hice y no hice, y las que hice para mal, sumergido en el mundo de la codicia. Sabes muy bien la alegría que me produjo la reedición de mi obra en latín en el 47, que luego tomó por título *De Instauranda Æthiopum salute*, pero mirando hacia atrás, si el título indicaba que era un tratado sobre la salud del alma de los morenos, me doy cuenta de que pequé por vanidad cuando dije que yo era el autor de esa obra, cuando en realidad son los mismos morenos los autores. La escribí para realzar el aspecto humano de ellos, no tanto por su procedencia como cuando son hijos de Dios, y siempre busqué, como todo pontífice, el bendito puente entre las costumbres de ellos y las nuestras para que el catequismo se diera aparejado y sin sobresaltos, lo que me estimuló a dedicársela al entonces padre general Muzio Vitelleschi.

–Entiendo, hermano, hay que estar agradecido por el favor que nos hizo el difunto padre general, haciéndonos acreedores de este apostolado...

–Así es, aunque no es de nuestra incumbencia explicar su legalidad, no veo razón para esclavizarlos, a no ser como lo explicaba el padre Luis de Molina en la disputa 33 de su libro *De iustitia et iure*, cuando son prisioneros de una guerra injusta, cuando son presos de un delito que no cometieron o de poca monta, o cuando los venden a los blancos por hambruna. Si llegamos a esta conclusión, llegamos a la otra en la disputa 34, en la que la compra, el transporte y la venta de esclavos mal avenidos es injusta, y los que la ejercen en cualquiera de sus tres etapas, incluso por omisión, pecan mortalmente, *lethali-ter peccare*. Me pregunto: ¿acaso los morenos les han hecho la guerra a los españoles para que sean ellos nuestros prisioneros y a la vez nuestros esclavos? ¿O se la han hecho a los portugueses, holandeses o ingleses? ¿O has tenido noticias de que han estado pasando por una hambruna o por una calamidad en sus tierras? Tampoco encuentro ninguna legalidad en la forma como ellos mismos se esclavizan. Los biafras apresan a los biojóes para venderlos a los portugueses; los yolofes y los berbesíes venden sus presos junto con su familia, o les dan ciertas licencias a las mujeres para que se acuesten con otros hombres y después la acusan de infieles. Los *pumberos*, desde Loanda, van a comprarlos en las ferias y no faltan capitanes que los hacen prisioneros cuando entran en sus naves, y tengo mucha duda de los morenos de los grandes Ríos, los de buena ley, los que vienen principalmente de los puertos de Guinea y Cacheo, por ejemplo, berbesí, yolofe, fulbé, mandingo, pues los intercambian por paños de la India, por mantas que fabrican los indios de aquí, por vino, por ajo, por cuentas y por hierro, y hay que mirar la forma como

hacen prisioneros los biojóes a sus vecinos con la complicidad de los portugueses, principalmente a los biafras, que los cazan de noche o al cuarto del alba cuando están dormidos después de sus agotadoras ceremonias... A veces los apresan en la forma más desagradable, atando a los niños a los árboles para atrapar a sus madres, por lo que me pregunto si es justa o no la compra que hacen los mercaderes de ellos cuando han sido cautivos de esa manera, o condenados por un tribunal sin ninguna representación legal, y cuando las penas se hacen extensivas a los descendientes como delito de sangre. Qué ironía, los ingleses, al que bautizan, lo liberan, y los moros, al cristiano que entra en su infernal secta, lo honran como a uno de los suyos... ¡Maldito el que redujese al prójimo a la esclavitud! ¡Maldito el que lo maltratase! –exclamó, inspirándose en una cita del Deuteronomio–. No sé qué pasa con la bula de Urbano VIII que parece no despertar ningún interés entre el obispado y la Inquisición, como para ir acabando con la esclavitud de los morenos... Si por naturaleza los morenos son brutos, hay que desbistarlos, pero hay que tener buena disposición con ellos, porque en ellos no hay nada hermoso, salvo la lengua de los biafras...

Los dos respiraron hondo.

–Tampoco comparto la opinión de Aristóteles de que los hombres son nacidos naturalmente esclavos y naturalmente libres –prosiguió el padre De Sandoval–, ni la de Varrón, que la ventaja de los esclavos sobre las bestias y los instrumentos de trabajo, es que hablan, mientras que los otros medio hablan y no hablan. ¿Sabes por qué? Porque el negro, como color, cuenta con ciertos privilegios en la vida religiosa. La ropa que empleó la Virgen para aparecérsele a santa Mónica, fue oscura y no clara como las que emplean las nativas de Nazaret. Uno de los reyes que adoró a Jesús en el pesebre, fue de piel oscura. También lo fue la esposa en el



Cantar de los Cantares, y aparece en varias advocaciones de la Virgen, de La Candelaria, de Tenerife, de Guadalupe, de Roma...

–¡Y de Montserrat! –lo cortó el padre Pedro Claver, con una cuota de lágrimas en los ojos. Era la Virgen de su tierra, *La Moreneta*, a la que tenía años que no la visitaba en lo alto del cerro en su provincial tierra de Cataluña.

Pero el padre Alonso de Sandoval lo interrumpió:

–De acuerdo, hermano, y hay que ver lo que produce el negro cuando se combina con las demás razas, como con el blanco y el indio, dando amulatado, mulato, pardo, zambo, bazo, bermejo, loro, castaño, tostado, azabache... Y mira lo que le ocurrió a la pareja de negros atezados de Mompo. La mayor, Teodora, de doce años, era blanca, rubia y de ojos azules, aunque tenía la vista corta. La segunda, Juana, de nueve, no sacó los duros rasgos de sus padres, sino que era graciosa y de facciones españolizadas. El menor, Ventura, de seis, aunque feo, bezudo, chato, patón y con el pelo ensortijado, era más blanco que un alemán, pues tenía los ojos azules y el cabello entre plateado y dorado. Tengo por anécdota la duda que sembró en el vecindario los rasgos de los niños, a lo que el padre salió al frente, diciendo haber tenido en Angola un hijo blanco y unas primas con hijos interpolados, blancos y negros.

En ese instante, entró el esclavo Diego Folupo para retirar los paños de las curaciones del padre Alonso de Sandoval. Entró despacio, tratando de no interrumpirlos con la suela de sus gastadas babuchas en el piso de madera, pero el padre De Sandoval le contó la historia que acababa de contar y lo invitó a que le hiciera toda clase de preguntas sobre su raza. El esclavo, en ese tiempo reemplazando a su paisano Domingo Folupo que había partido a la isla de Jamaica con su nuevo amo, le preguntó por qué los negros eran de facciones duras.

–¡Por el descuido de sus comadres y de sus parteras que no se dedican a perfeccionarles el rostro! Además, por las mutilaciones que se practican para cada rito, ya sea marcándose la piel con cuchillo o fuego, deformándose el cráneo, circuncidándose, cortándose los dientes, o perforándose las orejas, la nariz o los labios...

Y sin que se lo preguntara, le explicó el porqué de los dientes blancos, por el sol que los reseca y les concentra el humor, como el hueso bajo sol; el porqué de las uñas negras, por su nacimiento en los dedos; el porqué de los patones, por el calor que soportaban, como la madera bajo fuego y se ensanchaba a la vez...

Lo mandó a retirarse, y contento por la forma como estaba refrescando sus conocimientos, prosiguió con el padre Pedro Claver:

–A veces tienen cosas de gente inteligente, como los guineos esos que se vuelven músicos, herreros, armeros, hacedores de cosas curiosas, como si fueran nuestros gitanos; como el calepino ese que hablaba once lenguas africanas; como el ba-ñón ese que quiso ganarse la libertad denunciando al rey de Casamanza aquí, alegando que su rey no era más que un mal señor entre los bañones... Lo había condenado a la perpetua servidumbre por un delito menor, no solo a él, también a su mujer y a sus hijos, lo que no logró convencer al escribano a pesar de haberle llevado testigos y argumentado que la decisión de su rey no tuvo ningún valor jurídico. Desde luego, Pablo se gloria de ser esclavo, pero de Cristo...

El dolor de una de las apostemas lo hizo doblar. Cuando se recuperó, tras recitar una de sus famosas jaculatorias que parecía llenar el cuarto de enfermería de ángeles, lamentó el hecho de que ninguna de sus apostemas estuviera en los lugares por donde hirieron a Cristo, pero retomó la conversación para decirle al padre Pedro Claver lo feliz que se sentía en las postrimerías de su vida, porque moría convencido de que todas las cosas se movían por moción...

–A pesar de haber confesado todos mis pecados –le decía–, no dejan de molestarme hasta la presente, la rabia que cogí con el provincial el padre Rodrigo de Barnuevo cuando criticó mi obra de teatro sobre la conversión de Ignacio en la que vestí de mujer a dos muchachos; el desprecio que le tuve al entonces inquisidor mayor de “pocas luces y letras”, el licenciado Agustín de Ugarte Saravia, metido en nuestros asuntos, y después al entonces fiscal Juan Ortiz, por el papel que jugó contra ti en la Inquisición; y el rencor que les guardé por muchos años a los que me denunciaron ante el entonces padre general Muzio Vitelleschi, porque envié a Cabo Verde al hermano Jerónimo Valerio, no solamente para recoger limosna, sino también para vender camisas, jubones, bálsamos, vino y otras cosas que no recuerdo, de las que dependía el Colegio para su subsistencia, con tan mala suerte que su nave fue hundida por los holandeses, y apenas se pudo salvar nadando hacia las costas africanas –se mantuvo callado por un rato, con las manos juntas–. ¿Sabes qué otra cosa me afectó terriblemente? La profesión. Sobre todo, cuando el entonces rector Juan del Toro, entre las peticiones que le llevaba al nuevo padre general Vicente Carafa en Roma en el 42, no lo convenció de las que cosas que había hecho por la Compañía, levanté el claustro a punta de limosna a principios de siglo, trabajé con los morenos por más de 30 años, bauticé a más de 40.000 de ellos, aprendí una de sus lenguas, publiqué el primer libro sobre los esclavos, incluso traduje del portugués la vida de un santo, lo que pareció confirmar la negativa que siempre tuvo el difunto padre general Muzio Vitelleschi conmigo, y no contigo –rio de buena gana–, con todo lo que tú le habías rechazado la profesión con que te honró... Como dijo Sancho, la libertad es uno de los dones más precioso que los cielos dan al hombre... O como

dijo don Quijote, me parece duro hacer esclavos a los que Dios y Naturaleza hicieron libres... Y cuando este se apea de Rocinante y le da una palmada en las ancas para decirle que se fuera a donde ningún otro amo lo hubiera permitido... Me están atormentando las palabras de Antonio de Montesinos, dichas para un día como hoy, cuarto domingo de Adviento, al propio virrey Diego Colón en la isla de La Española, al primogénito de Cristóbal Colón... ¿Será que nos falta la voz de otro fraile para que condene la esclavitud de los morenos desde el púlpito, y amenace a los que la practican con la suspensión de los sacramentos? *Mors ultima ratio*, diría yo, porque la muerte no es la última razón de todo, ni la encargada de borrar los malos sentimientos, sino la primera en borrarlos. Sin embargo, cuesta trabajo morir, aunque sea el fin de la carga. No espero ningún milagro para mi enfermedad, pero eso no quiere decir que haya perdido la fe en las providencias, porque la vida por sí misma es milagrosa. Cada día que pasa, es un día cumplido, que se debe aprovechar al máximo, *carpe diem*; no tengo más días que el de hoy, porque no hago cuenta de los que pasaron ni de los que vienen. Mientras más lejos veo mi fecha de nacimiento, más cerca veo la de mi muerte. *Tempus it, et tamquam mobilis aura vola!*, ¡el tiempo vuela como el viento!, y el cuerpo, aunque quede reducido a polvo, no se aniquilará, ya que habrá de levantarse en el día del Juicio para juntarse con el alma que lo vivificaba. Séneca decía que la vida no es otra cosa sino el largo tormento de la muerte: cada día morimos por partes; de aquí cuando me preguntan: “Hermano, ¿cuántos años tienes?” Yo respondo: “Si me hablas de los que tengo, ninguno, porque se acabaron, han muerto en mi vida. No tengo más que los años muertos y ninguno de ellos me pertenece”.

Entonces recordó los versos de Quevedo:

*Ayer se fue...; mañana no ha llegado;  
 hoy se está yendo... sin parar un punto:  
 soy un fue..., y un será, y un es cansado.  
 Y con los ojos llorosos:  
 En el hoy y mañana y ayer, junto  
 pañales y mortaja, y he quedado  
 presentes sucesiones de difunto.*

–La vida es sueño –continuó, y cerrando los ojos le preguntó al padre Pedro Claver–: ¿Acaso el derecho a nacer es un delito?

Y después de respirar hondo, y de acomodarse en la cama, continuó con un verso de Calderón de la Barca:

*Solo quisiera saber,  
 para apurar mis desvelos  
 (dejando aparte cielos  
 y el delito de nacer),  
 qué más os pude ofender,  
 para castigarme más.*

–Hermano, ya me estoy yendo de este mundo, y quiero morir para la Resurrección, porque la muerte no es el final de las cosas, es el comienzo de la otra vida...

Le pidió la bendición y la mano para besársela, la que mojó con una generosa cuota de lágrimas.

–En cuanto salgas de aquí –le dijo–, quiero que me traigan el viático. De mí, nunca olvides las obras que hicimos juntos y las que padecemos. ¿Quieres que recitemos *De profundis*, cuando me encuentre animado?

Recitaron el salmo los dos, cada uno un versículo en forma alternada. También recitaron *Miserere, In te Domine speravi, y los amorosos versos No me mueve mi Dios para quererte*. Agotado, el padre Alonso de Sandoval se echó en la cama, y trajo a colación un versículo de las Revelaciones.

–¡Soy el primero y el último! ¡Y vivo aunque estoy muerto! ¡He aquí que vivo por los siglos de los siglos!

Y los dos se mantuvieron callados por varios segundos.

El padre Pedro Claver le prometió rezar por él en la misa que iban a celebrar esa tarde para cerrar el cuarto domingo de Adviento, a lo que el padre De Sandoval le expresó sus deseos de morir para la fiesta de Navidad, y de revelarles el último secreto que le carcomía el corazón desde hacía muchos años.

–Siempre que me avisaban de la llegada de un navío negrero, me corría ese sudor frío y mortal por el cuerpo, como si las fatigas y los trabajos que he padecido con ellos por tantos años, no me hubieran suavizado las asperezas de mi abominable alma...



A la semana de haberse muerto el padre Alonso de Sandoval, el 25 de diciembre de 1652, el Año Nuevo no le deparaba ninguna novedad al entristecido padre Pedro Claver que en vano trataba de superar su proceso en la Inquisición. Su dificultad para hablar –lenta, confusa y monótona– lo había alejado del púlpito, del confesionario, del catecismo y de las misas. Quería hablar, pero el ejercicio del habla le era un calvario y no encontró mejor ocasión que hablar que con la palabra escrita. Tomó la pluma, pero esta no le corría. Le temblaba la mano, y ese temblor no lo dejaba concentrarse sobre la mesa, ni a

dejarle poner la pluma sobre el primer renglón de la hoja. Entonces le pidió al esclavo Diego Folupo que le enderezara el cuerpo sobre la silla, pero cuando creía estar listo sobre la misma, ya no sabía a quién escribirle, ni de qué, ni para qué... Una vez pensó en el padre general Vicente Carafa, otras en el provincial Gabriel de Melgar, en el provisor, en el inquisidor mayor Juan Ortiz, en el rector Juan de Arcos, en el hermano Nicolás González, incluso en el criado y esclavo Diego Folupo que debía estar fastidiado con la lidia de su enfermedad. ¿Por qué no escribirle al papa, como operario y soldado de Cristo? Pero la mano ya no le corría. Quiso apelar a los supremos auxilios, pero prefirió ampararse por sus propios medios. “¡Qué cosa!” se decía, “¡Todo lo que tengo que hacer para escribir siquiera la primera letra del saludo!” y le hizo señas al criado de que le secara el sudor de la cara. De nuevo se concentró en la pluma, y recordando la vieja caligrafía de su natal Verdú, atinó a poner la pluma sobre el primer renglón. Pero la mano le temblaba, haciéndole chirriar la pluma, por lo que le pidió al criado que se la afilara de nuevo. Al cabo, no pudo poner el punto sobre la primera frase, y terminó dibujando un tembloroso círculo que después no pudo rellenarlo con la tinta. Quiso leer lo que había escrito, con el papel más cerca a los ojos, para superar la presbicia, pero vio la letra aplastada, y se dio cuenta de que le estaba escribiendo a la familia. La tenía olvidada, por cierto, solo la recordaba en las oraciones, como a su difunta madre y a su difunto hermano, muertos el siglo pasado. Pero siguió recordando su infancia, la casa donde vivía, la calle Mayor, los olivares, los viñedos, los trigales, los Pirineos, el camino de Vich, y su partida para siempre a la vida conventual a los trece años de edad. Sin proponérselo, había encabezado el primer renglón con un saludo a su padre, por lo que le asaltaron detalles de aquella que le escribió a principios de siglo en Palma de Mallorca, en

la que le recomendaba las visitas al Santísimo para los días de indulgencia, la prohibición del juego de cartas entre los criados, y el ejercicio de las tres potencias para alcanzar la virtud evangélica, aun cuando él mismo dudaba de su vocación en el colegio de Monte Sion y el hermano Alonso Rodríguez le aconsejaba que el verdadero religioso debía ser como Melquisedec, sin padre, sin madre, sin parientes, y si los tuviera, tenerlos a la distancia para entregarse totalmente a Dios.

Le hubiera gustado escribirle de nuevo a su padre, porque tenía muchas cosas que decirle, cosas buenas, como la prueba que pasó por la Inquisición, a pesar de la pureza de sus actos, y como los dolores que estaba padeciendo, los de la estranguria, los más fuertes que todo ser humano podía gozar. Pero una cosa lo consolaba, era que tenía los pensamientos en catalán, y siguió pensando en ese idioma, y cuando le pidió a Diego que se le acercara, temió perder la vigencia de su lengua materna que solo la perdía cuando iba a hablar con Dios. Le hizo señas al criado de que lo llevara a la cama, y el criado lo cargó por los brazos, y en la cama le pidió que le apretara el cilicio en el cuello. Tomó el crucifijo del pecho, lo besó, cerró los ojos y pensó en la carta que también hubiera deseado escribir no a su familia, sino a los novicios de Tunja, en la que les explicaría la semejanza entre Dios y el hombre, Uno y Trino, y los trabajos que pasaba el hombre cuando no utilizaba sabiamente esa similitud.

Pero le molestaban los recuerdos de su familia, y le hubiera gustado escribirle asuntos triviales que tenían que ver con su apostolado, o con los negros que bajaban de las naves. Le hubiera gustado contarle lo que le pasó para la fiesta de Pentecostés, cuando tuvo que abrirse paso entre los que estaban enfermos en las bodegas y en el suelo de la nave, para vestirlos después con un trapo decente y para aliviarles el hambre y la sed con naranja, limón, guineo, granadilla, merengue,



bizcochuelo, vino y agua fresca. Como la vez que le tocó entablar un pequeño espacio en la cubierta con tejas y ladrillos para atender a los que no podían caminar, a los que estaban fríos y sin pulso, a los que los amos no les perdían tiempo porque los consideraban criaturas muertas, y que los salvaba con toda clase de sahumeros y con el calor del manteo que los hacían cobrar sus espíritus vitales, y que muchas veces les hablaba con las manos y no con la lengua, les lavaba el rostro y el vientre con vino y les preguntaba por el catecismo del bautismo, por los pecados y por la forma como debían aborrecerlos, que a los más avanzados les preguntaba por la Trinidad, jornada que lo dejaba todo molido. No solo estas cosas le hubiera gustado contar, también la vez que le tocó a atender a unos de una casta rarísima llamada erolo, que el único que podía entenderse con ellos era el Calepino de las once lenguas africanas, y que como cosa curiosa, también había llegado al puerto un negro gentil que hablaba en un lenguaje nunca visto antes, como el de un papagayo, pero que después de haberle dicho los evangelios y el credo, se quedó quieto y bueno, de suerte que todos supieron que era obra del Demonio para que no recibiera el agua.

Pero estaba agotado, bañado en sudor, y no quiso pensar más en su familia, ni cuando era maestro de novicios, ni cuando era sospechoso en la Inquisición. Si estuviera bien, se decía, no hubiera aceptado que Diego Folupo le siguieran limpiando la boca escurrida de saliva, y más bien lo hubiera sacado del cuarto. Pero estaba reducido a la mesa, sin poder ensartar siquiera la cuenta de un rosario. Sonó la campanilla de la portería, y el criado salió a recibir la comida de doña Isabel de Urbina, lo que aprovechó el padre para disciplinarse. Se echó en la cama, y desapareciéndosele el temblor de las manos, empezó a azotarse la espalda con rabia, tratando de romper la tela de la sotana que lo protegía de las esquiras de vidrio, y cada latigazo lo

acompañaba con un terrible gemido, porque el dolor debía ser superior al que le había causado la estranguria.

En eso apareció el criado con la comida, a lo que el padre se la regaló, porque más bien quería terminar con el ejercicio contemplativo en la cama, y presentarse en la Inquisición descalzo y con la corona de espinas para que de algún modo pudiera finiquitar su proceso manejado en total secretismo. Ante esa horrible impotencia, quiso meditar las virtudes divinas como lo venía haciendo en los ejercicios contemplativos, de nuevo escogió Bondad, Grandeza, Eternidad, Poder y Sabiduría, y se decía que en todas ellas y en ninguna de ellas había fatuidad, porque, ante todo, Bondad nunca dejaba de hacer bien, producía bien en sí y de sí mismo, pero lo desconcentró el dolor de la estranguria. El dolor era intenso, y cada gota de orina lo hacía gemir, mientras se apretaba el pubis con la mano, y el rostro adquiría el color de la muerte, y se dio cuenta de que ese dolor era más fuerte que todos los que se infligía al cuerpo. Era más purgativo, se decía, y dirigió sus pensamientos arriba para estar agradecido por la forma como sufría, por el placer que le producía esa clase de dolor.

Fastidiado por el olor de la comida, su mente se convirtió en un locutorio de voces, de voces que se enfrentaron en el pasado sobre la naturaleza de Cristo, si era humana o divina, y que nunca parecieron ponerse de acuerdo, y los que buscaron el camino medianero entre los nestorianos y los monofisitas en el concilio de Éfeso, totalmente humana, totalmente divina, hijo de María e Hijo de Dios...

De pronto, cayó en una extraña duermevela, en la que vio a Jesús cerca de la hora, sudando sangre y luchando contra las tentaciones. Pero a la hora, despertó aliviado, y eso no le agradó. Quería cantarle al dolor con mucha alegría, como a las penas, a los tormentos, a las deshonras y a la muerte, pero su mente bajó de altura y solo pensaba

en las cosas terrenas, y más que nunca en su familia. A pesar de la distancia y de los años que tenía de no saber nada de ella, algo la hacía entrañar. Recordaba a su padre Pedro Claver y Minguela trabajando en el campo, a su madre Ana Corberó y Claver trabajando en la lencería y a su hermano Jaime muerto a los pocos días de haber fallecido su madre. Pensaba en lo que les hubiera dicho si estuvieran vivos, lo mucho que le tocó sufrir no solo con los negros, también con los calores más fuertes que los de la canícula, con el agua caliente y salobre, con la mosca, con el mosquito, con el jején, con el pantano, con el aire corrompido, con las enfermedades de los climas calientes y con la peste, y que no estaba apesadumbrado de ello, al contrario, bendecido por el deseo de padecer. Recordó los viajes que lo condujeron a Barcelona y a la isla de Palma de Mallorca, en 1596 y 1605 respectivamente, y el que lo condujo para siempre a las Indias Occidentales en la nave *San Pedro* el 15 de abril de 1610, atravesando temporales y calmas, previniéndose de los piratas, de los franceses y de los holandeses, como también recordó las clases que lo formaron en la ciudad de Tunja y que lo ayudaron a ordenarse en la Catedral de Cartagena el 19 de marzo de 1616, y la profesión a los 33 años de edad, el 3 de abril 1622, en la que derramó lágrimas cuando firmó el acta de compromiso delante de todos, agregándose un voto más de los tres que tenía por su condición religiosa, y que decía, “Amores míos: Jesús, María y José; Ignacio; Pedro; Alonso, Alonso mío; Thomé, Lorenzo y Bartolomé. Santos míos. Patronos míos. Maestros míos. Abogados míos y de mis queridos negros. Oídmme. *Petrus Claver, Æthiopum semper servus*”. ¡Pedro Claver, esclavo de los negros para siempre!

Esa tarde, después de descabezar el sueño del cansancio, le reaparecieron los dolores de la estranguria. Había perdido el color de la piel, por lo que varios hermanos de la comunidad se reunieron

para ayudarlo en la penuria. Sin embargo, no dejaba de pensar por los pecados que hubiera cometido, por los actos que lo habían llevado a la Inquisición, y por las tentaciones que le reaparecían a cada momento, como la de vivir unos años más y renunciar al dolor que estaba padeciendo, o renegar del apostolado de los negros. Angustiado, se dirigió a la Madre en busca de consuelo, pero al final quedó desabrido y obligó a que todos lo dejaran solo. Entonces, empezó a arrepentirse por las misas que había dado, por las oraciones que había elevado, y cayó en un profundo estado de tristeza, y pidió que le llamaran al rector Juan de Arcos, pero perdió la osadía de decirle los recientes pecados que había cometido. Al otro día, lo llamó para que lo asistiera de nuevo, pero tampoco pudo decirle nada; después quiso estar a solas en la celda, rezó el oficio de rodillas, se levantó a la media noche para la meditación, recitó la oración mental en la madrugada, y se entregó a los ejercicios contemplativos por tiempo indefinido. Así se mantuvo por varios días, aislado de las visitas, como en una celda de las cárceles secretas, acosado por las pesadillas, las mismas cuando el cristianismo perdió control del Santo Sepulcro con Saladino, hasta el día en que tuvo tentaciones de echarse por la ventana desde la segunda planta, pero se dio cuenta de que era pecado matarse, y que ese asunto podría regresarlo a la Inquisición.

Entonces, puso su pensamiento en la vida de san Ignacio de Loyola, la recreó mentalmente, y se propuso a no comer ni beber hasta el día en que Dios lo proveyese o tomara una decisión por él. Así pasó la semana, después la siguiente, hasta que el rector Juan de Arcos lo obligó a romper con las penitencias, y fue cuando se sintió libre de toda culpa. Pero a los pocos días se acordó de los pecados pasados e hizo una lista de ellos, hasta el día en que llamó al rector, y le confesó las mentirillas que le decía al criado, cuando tenía hambre

y le decía que no, para que no le diera la comida en la boca; cuando tenía sed y le decía que no, para que no le diera el vaso de agua; cuando se sentía mal y le decía que no, para que no le diera los remedios; cuando se ensuciaba las bragas y le decía que no, para que no lo limpiara; al final le preguntó al rector Juan de Arcos en qué había quedado su apostolado, ya que estaba dispuesto a ir en ayunas, descalzo y con la corona de espinas al Santo Oficio para que su negocio fuera despachado cuanto antes, y así pudiera entregarse al servicio de Dios.



Corría el 53, y los asuntos ya no eran del orden espiritual, sino corporal. Le habían reaparecido los dolores de la estranguria, tapándolo completamente. El esclavo Manuel Bran dio aviso de ello al rector Juan de Arcos, y este llamó al procurador para que le prepararan los funerales, y todos en el cuarto comenzaron a rezarle las oraciones para su definitiva partida. El médico Bartolomé de la Torre llegó y lo encontró pálido, ojeroso, casi muerto, y le auscultó el pecho con el oído, y se dio cuenta de que su señal respiratoria era débil. Temió ser el primer testigo de la muerte del más reconocido santo viviente de las Indias Occidentales, y pidió a los orantes que se fueran, para que le entrara aire fresco al cuarto. Le examinó la saliva, era sangrienta y amarillosa, como la de los coléricos, y comenzó a preguntarle al esclavo por los últimos síntomas que había padecido el padre Pedro Claver. Le habló del goteo de la orina y del fuerte dolor que parecía tener en el caño del miembro. Estaba retenida en algún punto, le decía, lo que impulsó al médico De la Torre a prescribirle los polvos de atutía con leche de mujer; y mientras se lo traían, comenzó a hacer

un inventario mental de todas las cosas que había en el interior del cuarto y que parecían tener una conformación especial para la vida de un santo: la cama de una pilastra, la estera de costal, la almohada de madera, la mesa floja y apoyada en la pared, el armario cargado de cilicios, disciplinas, costales...

Llegado el polvo, el médico Bartolomé de la Torre se dispuso a jeringarlo en la cama. El padre estaba ido, sudoroso, con los ojos en el techo, y el médico comenzó a desnudarlo. Al desabotonarle la sotana, se dio cuenta de que no llevaba puesto el jubón ni la camisilla de sudoración como se lo exigía la Compañía, sino la de cáñamo que él mismo elaboraba con sus propias manos. Pero eso no era nada, alrededor del cuello tenía un cilicio a manera de estola, y otros dos en los brazos en forma de mangas, y otros dos entrelazados en los dedos del pie. Se dispuso a quitarle la camisilla de cáñamo, lo que no fue fácil, pues estaba atado por una serie de cuerdas que hacían de su pecho un formidable fardo de pesares, hasta que le quitó la cruz de palo de rosa aplastada contra el esternón. Lo regañó:

—¿Por qué hace esto, padre mío?

El padre no le respondía.

—¿Cómo no vas a estar enfermo si te martirizas de esa forma, como si tú fueras el homicida de ti mismo?

El padre seguía callado, solo le hacía gestos de que no le preguntara más.

Entonces, vino el procedimiento quirúrgico, y a la luz de todos, el médico Bartolomé de la Torre lo jeringó en el acto, introduciéndole la punta de la jeringa por la uretra, obligando al padre a invocar a los abogados que había mencionado en la profesión, en especial al hermano Alonso Rodríguez, al que le pidió

gracia, paciencia y alegría para soportar el dolor, hasta que el médico terminó, y la orina comenzó a circularle a los pocos minutos.

Al cuarto de hora, y sintiéndose aliviado, entonces el padre oyó lo que el procurador informaba al rector Juan de Arcos sobre la perentoria orden real de tumbar la segunda planta del Colegio, de acuerdo al laudo publicado el pasado 22 de abril de 1652 en Madrid, y que estuvo en contra de las peticiones de los padres de construirle al rey, a cambio, un lienzo de muralla y dos baluartes fuera del predio, o una nave de quinientas toneladas para el transporte de la plata a la Metrópoli, o 20.000 reales representados en materiales y jornaleros para el castillo de Boca Chica, y en contra de las recomendaciones de los ingenieros militares de que ese sector ya no era vulnerable para la urbe, porque la península de Boca Grande estaba defendida por el castillo de la Santa Cruz y por el matorral de árboles venenosos que ni el propio Francis Drake pudo atravesar el siglo pasado... El padre, lleno de rabia, y como si su nombre de pila *Joan Pere Claver* se le hubiera subido a la cabeza, se sentó en la cama y recusó la sentencia en los términos más enérgicos que podía emplear:

–¡Juro delante de todos, que esta orden nunca se dará, mientras yo esté arriba!

Pero otra noticia lo llenó de alegría. El hermano Nicolás González había subido con un ejemplar de la vida del hermano Alonso Rodríguez publicado en el 52. El libro, *Vida, hechos y doctrina del venerable hermano Alonso Rodríguez*, había llegado con los últimos galeones, y estaba escrito en catalán por el padre Francisco Colín.

El padre le pidió que lo ayudara a sentarse en la cama y se lo puso en la cabeza en señal de respeto y obediencia.

–¡Bendito sea el Señor que me dejó ver esta obra!

El hermano Nicolás González lo abrió sobre un retrato del hermano Alonso, se lo acercó a los ojos del padre, y aprovechó la circunstancia para que le contara más sobre su pasada relación con el hermano portero.

–Cuéntame, padre mío, aparte de la revelación que te hizo de que ibas a estar entre los tronos más gloriosos, ¿te sugirió que vinieras a Cartagena de Indias en forma especial?

–¡A las Indias! –le respondió el padre, apartando el libro–. Eso me dijo y otras cosas más. Lo del asueto que todavía me hiela la sangre. Salí con el hermano Miguel Serra, y en la portería nos dijo que hicieramos cuenta de que a un lado estaba Jesús y al otro María, y nos dejó herido con sus palabras. También lo del Espíritu Santo. Salía del recreo cuando me señaló al pecho diciéndome que yo era el Padre, el compañero el Hijo y, poniendo las manos entre los dos, el Espíritu. Todos quedamos arrobados, y mi compañero tuvo que suplicarle al Altísimo que lo moderase de la merced... –y le pidió al hermano Nicolás González que lo dejara descansar.

El esfuerzo fue tan grande que se tiró en la cama. Mientras descansaba, el hermano Nicolás hojeaba el libro que trataba de entender por la similitud de los dos idiomas, castellano y catalán, pero pasaron los minutos, y el padre, reanimado, retomó la conversación.

–Para la víspera de mi partida me insistía en que me fuera a las Indias donde había grandes cosas por hacer. Me regaló este pequeño oficio de la Inmaculada Concepción de su puño y letra, y que lo he recitado tres veces por semana durante 40 años. Estos cuadernos espirituales que saqué del Monte Sion, con el permiso del superior. ¿Sabes qué ejercicio admiré de él y que me hubiera hecho feliz si yo fuera portero de este Colegio? Atender el llamado de la campanilla. Cuando la tocaban, levantaba el corazón y decía: “¡Ya voy! ¡Ya voy,



Señor!”. ¿Sabes por qué? Porque Jesús suele disfrazarse de prójimo y no se le puede tratar con asperezas ni con mala educación –al padre se le llenaron los ojos de lágrimas.

El hermano Nicolás González continuaba:

–Tenía el don de la profecía, y profetizó un viaje dorado de vuestra paternidad a las Indias...

–Eso no, hermano...

–Eso sí, padre mío, porque tampoco fue fortuito el viaje que hizo vuestra paternidad a la península en esa nave destartalada y en una zona infestada de piratas, donde solamente se montaron tres hermanos en el puerto de Mallorca, porque los demás, interpretando el “viaje dorado” por lo alto, esperaron al marqués de *Villena*, virrey de Sicilia, con una compañía de mosqueteros en el puerto. El famoso viaje dorado se dio en la nave destartalada en el año 10 y no en la Vellina, pues fueron capturados, como las riquezas del virrey, por los piratas de Argel, y en las costas de Berbería pasaron muchos trabajos, y el rescate fue demasiado alto...

Pero el padre Pedro Claver no decía nada. El hermano Nicolás González miró el retrato del hermano Alonso arriba de la cabecera y comenzó a señalar las diferencias que había entre ese y el del libro, diciéndole que en aquel tenía más años de edad y la apariencia de un religioso de mediana estatura, piel oscura, espalda encorvada, rostro seco, lagrimales encendidos, calva grande, boca torcida, lo que pareció retratar el pintor los tres días que duró el hermano raptado mientras moría...

–¡Tenía las manos encallecidas de tanto rezar el rosario! –lo interrumpió el padre, riéndose y mostrándole las suyas.

–¡Hasta que se le apareció la Virgen en la cuesta trabajosa! –lo cortó el hermano Nicolás, mostrándole una reproducción sobre el tema

del famoso pintor Francisco de Zurbarán-. Subía con la pesada limosna de ese día canicular, cuando se le apareció la Virgen, quien le secó el sudor con un delicado pañuelo, borrándosele todos los achaques que tenía acumulados hasta ese momento. Venía sufriendo de la muerte de su mujer y de sus dos hijos, y había renunciado a las riquezas para ser ermitaño, hasta que entró en el Colegio de Monte Sion. Esta merced duró poco, pues pasó los últimos años de su vida prácticamente solo, afligido, acosado por los dolores y asaltado por las tentaciones, como si los largos años de penitencias no le hubieran servido de nada, hasta que empezaron a bajarle las consolaciones y ya no podía levantar los ojos sin ver a Jesús y María –y al padre se le aguaron los ojos, mientras el hermano Nicolás González se detenía por un rato-. Nos dejó muchas enseñanzas, decía que la santidad no era tener visiones, consuelos, don de profecía, ni revelaciones, sino virtudes. Y dijo otras cosas más: no se perfecciona el religioso en las cuatro paredes, sino en las obras; el que se conoce se desprecia, el que no, se envanece; el que busca el rincón, encuentra la devoción; no hay mejor remedio contra la injuria, la reprensión y el maltrato, que el silencio; hay que tomar las alabanzas por oprobios, los vituperios por goce y los baldones por estima; hay que mirar de frente, nunca atrás, ni mirar las cosas curiosas, ni oír las cosas inútiles, como el oro, la plata, las riquezas, la cantidad de esclavos; hay que hablar poco, con palabras sustanciosas, pero más con Dios que con los hombres; hay que participarlo de las primicias, de las obras que vayas a hacer, y antes de salir del aposento, hay que pedirle permiso y visitarlo en el templo; ningún tema es mejor para la meditación que la Pasión. Aconsejaba servir en las misas porque en ellas frecuentaban los ángeles, y fue puntual con los que se burlaban de los místicos, diciéndoles que cuantas más altas, sólidas y perfectas eran sus virtudes, mejor se

disponían para su unión suprema, aunque esas acciones parecieran actos de locura para los demás...

Tocaron vísperas, y toda la congregación se metió de inmediato en sus respectivas celdas. El susto era grande por el terrible encuentro que se iba a dar entre las fuerzas del Bien y del Mal sobre la misma urbe. Era un lunes, día de san Bartolomé, 24 de agosto, para el común de la gente día del agua y del fuego, y el temido aguacero se dio inundando la ciudad, emparejando las aguas de la lluvia con las del mar, y el horror creció con los relámpagos, con los truenos y con las centellas. El hermano Nicolás González, solo en su celda, se fue a la del padre Pedro Claver en busca de consuelo, y el padre, barrido por los destellos de la tormenta, lo invitó a que se le arrodillara delante de la imagen de santa Bárbara que acababa de encender, y los dos se unieron en una sola oración para que la muerte violenta no los fuera a sorprender. Corrían los minutos, corrían las horas, y el frío aguacero de agosto no parecía dar tregua al furor de sus aguas ni de sus rayos que partían los cocoteros por la mitad, estremecían los campanarios y derrumbaban tramos de la muralla, y los que estaban cerca sentían el efecto de su carga eléctrica en el cuerpo, hasta que de repente escampó y los truenos empezaron a alejarse mar adentro, lo que produjo cierto alivio; y aún iluminados los dos por la única veladora de la imagen, creyó el hermano Nicolás el momento de revelarles el último secreto que le tenía guardado al padre por muchos años. Le recordó el incidente que tuvo con él por la casulla de lana blanca que se manchó con el aceite del altar aquel viernes florido, le pidió perdón por lo mismo, porque esa misma tarde la encontró limpia y desmanchada en la sacristía, como si en ella hubiera obrado un misterioso milagro.



A poco de haberse dado el último prodigio –el esclavo Diego Folupo lo había visto levitando a caña y media del piso–, y de haberse desprendido el padre de su más grande tesoro en el 51 –el marqués de Mancera, virrey del Perú, don Pedro Álvarez de Toledo y Leiva, le había cambiado la cruz de palo de rosa por su refulgente insignia de la Orden del Toisón de Oro–, el gobernador interino don Pedro Zapata de Mendoza entró agitado a la celda para ganarse la disciplina que el padre solía conceder al primero que le avisara sobre la llegada de una nave negrera. El padre se puso contento, mandó a buscar a los intérpretes de la lengua adjá, ewé y fon. El esclavo Manuel Bran lo vistió, le puso los últimos zapatos que le había hecho el también esclavo Antonio Balantas, y lo llevó a la misa. Cuando el oficiante alzó la hostia, el padre nunca vio tan refulgente el Corpus Domini en ese instante que le dijo: “¡Señor! ¡Señor de tanta Majestad! ¡No sabes cuánto me alegro con el último cargamento de esclavos que me acabas de enviar!”

Terminada la misa, se hizo llevar entre brazos a la sacristía.

–Hermano –le decía con el ánimo en alto–, mira cómo corre el año 54, y quiero organizar mi partida contigo para el más allá, porque esta vez va a ser mi último cargamento de esclavos que voy a recibir en vida. ¿Quieres que te lleve algo?

–Pida por mí y por los que están en el claustro –le respondió el hermano Nicolás González, inclinándosele al oído.

Y le pidió al hermano Nicolás que le hiciera una lista de las personas que iba a interceder. Cuando la iba a firmar al final, el hermano Nicolás lo detuvo y le pidió que la firmara un poco más abajo, por si acaso se le ofrecían otros nombres nuevos. El padre Pedro Claver la firmó al final de la hoja, junto con el dedo que le ponía el hermano Nicolás González, con su temblorosa mano, dejando en el papel un

confuso trazo, y después le pidió que lo acompañara a los sitios que se quería despedir, como si estuviera recogiendo los últimos pasos que había dado en la pequeña iglesia.

–En un día dedicado a la Virgen –le decía–, quiero morir. Quiero que me entierren aquí, al lado de la puerta, para que todo el que entre y salga por la puerta pueda hollar mi tumba con sus pies, y no al lado del altar del Cristo de la Expiración, como me lo han sugerido, porque le restaría devoción al Crucifijo... Hermano, hoy es sábado, 29 de agosto, dedicado al martirio de Juan Bautista, sabes el martirio que tengo ahora con doña Isabel de Urbina y los bozales...

Entonces, regresando a la celda, encontró al hermano Pedro Lomparte en el rellano de la escalera, que de inmediato le preguntó hasta cuándo iba a estar utilizando la camisilla de cáñamo que tanto daño le hacía.

–¡Hasta la muerte, hermano! –le respondió el padre Claver, con voz clara y firme, como nunca lo había dicho en los últimos meses.



Esta vez, en la calle de La Media Luna, doña Isabel de Urbina lo esperaba en su nueva casa en el arrabal de Getsemaní, pero no con la alegría como lo hubiera deseado. La casa –de dos plantas, de cal y canto, con portada, portón, postigo, escudo de armas, cochera, ventanas, zaguán, vestíbulo y con una escalera tan ancha como su rango social, con comedor, recámaras, balcón en el segundo piso y con aljibe en el patío central–, no era nada ante la ausencia de su fallecido esposo. Estaba desconsolada y su luto se había extendido tanto en el estrado, donde cambió los colores de la colgadura, de la cortina y de los cojines por otro de color lila, los bucólicos cuadros

y el par de cornucopias por una imagen de la Dolorosa, y el retrato del adelantado don Pedro de Heredia, el fundador de la ciudad el siglo pasado, por otros más pequeños y alusivos a la tragedia humana, como al dolor, a la muerte y a la piedad. El padre Pedro Claver entró tembloroso, encorvado, agobiado por el esfuerzo que le produjo la subida de la escalera, y se sentó con la ayuda del hermano Nicolás González en la butaca de arrimo, al lado de la silla ratonera donde lo esperaba de pie doña Isabel con su sencillo vestido de luto de una sola pieza, como el de una santa, sin escotes, sin prendas, sin abalorios, sin encajes, sin brocados, y con las charreteras de su difunto marido sobre los hombros, y tocada con un manto de paño negro. Cuando se sentó el padre, después que lo hicieran los miembros de la familia De Urbina y los criados corrieran los cancelos del balcón para que se airera un poco la sala, soltó una exclamación que lo ayudó a relajarse: “¡Ave María purísima!”

–¡Sin pecado concebida! –exclamaron todos los que estaban en la aireada sala.

Después le preguntó a doña Isabel cómo estaban allí de paciencia de la que estaba faltó y venía a encontrarla en vuestra señoría...

Doña Isabel de Urbina sonrió, pero al cabo se dio cuenta de su error. Mudó la cara de alegre a triste y sentada le respondió:

–Me siento triste, desde que se fue mi marido...

Se refería al oficial Hipólito de Salazar, castellano del castillo de la Santa Cruz, al que el padre nunca pudo olvidar los quinientos pesos que le ofreció para la canonización si lo salvaba de la peste. Tratando de olvidar ese detalle, trató de consolarla con palabras que el mismo hermano Nicolás y los mismos De Urbina podían escuchar a pocos pasos de él, como para desvirtuar cualquier rumor que surgiera entre la vida de un religioso consagrado a la santidad y una viuda al suplicio.

–Señora –le decía con voz lenta y monótona–, hice todo lo posible por salvarlo... Le puse las reliquias del hermano Alonso... Pero con vino que muriese antes... Porque nunca estuvo mejor dispuesto para el viaje que en ese momento...

Pero doña Isabel le recordó la curación que le hizo a su hermana doña Juana de un mortal tabardillo, a pesar de las amonestaciones que le había hecho por usar el guardainfante en la última Cuaresma.

–Entonces –recordaba doña Isabel de Urbina con los ojos llorosos–, vuestra paternidad llegó en silla de manos, se le acercó a pesar de estar ella llena de pústulas, le puso la cruz de palo de rosa y le leyó el Evangelio, y al final la obligó a comerse el bizcocho que le había traído. Me dijo: “¡Vuestra señoría ya no tiene por qué temer la muerte de su hermana, porque pasó como cuando pasa un río por una parte seca!”. Lo mismo pasó con mi hermano Francisco, que enfermo de muerte en Panamá, de su regreso del Perú, nos dijo sonriente: “¡Pronto regresará a mandarnos en la Compañía!”. Predijo la muerte de mi esclava Sabina con un día de anticipación, y en otra ocasión, cuando le pedimos que nos encomendara los esclavos de la estancia, pareció revelar el destino de uno de ellos con estas palabras: “¿Y qué de aquel pobrecito negro, mártir de la servidumbre?”. Después supimos que en ese instante el mayordomo lo había matado de un fuerte castigo. Cuando le suplicó a mi hermana Jerónima que libertara a Sebastián porque estaba viejo, y mi hermana le dijo que no, porque le haría mucha falta aun estando anciano, tuvo que liberarlo cuando se puso enfermo. No solo hablo de los milagros en casa, también de los que ha hecho en otras partes, y que si no me equivoco pasan de trece, como cuando curó al rector Juan del Toro de una grave enfermedad, cuando salvó al regidor de una tisis, cuando salvó al sobrino del padre Pedro Mercado de una insolación, cuando resucitó a uno

de los angolos que cayó en el pozo de la plaza de Santo Domingo, cuando se le murió dos veces la criada Agustina en la casa del bargel, cuando regresó a la vida al mulequillo Perico, cuando salvó al par de mellizos de un mal bautizo después de treinta días de llanto, cuando calentó con los dedos de la mano el agua de un bautismo para una criatura enferma, lo que indica el poder milagroso que tiene esa cruz de palo de rosa –pero el padre le suplicó con la mano que callara cuando le quiso hablar de la nueva especie de planta que hizo brotar con el agua de un negro bautizado, cuyas flores se conocían por el nombre de Clavellina.

–Vuestra señoría debe considerar mi próxima partida... –la interrumpió el padre– y la confirmación del padre Fariñas como mi sucesor...

–Lo sé, padre mío Pedro Claver, por algo me mandó a decir que se salvó de la muerte de una enfermedad porque vuestra paternidad lo había nombrado mi confesor... Pero yo no lo quiero cambiar por ninguno otro, no en vano su fama de santidad en Lima, México, España, donde se habla del fin de la peste por su intercesión...

–Va a ser mi sucesor... –le insistía el padre–, pues dentro de diez días, para la fiesta de la Virgen, moriré, y ya no podré volver a confesar a vuestra señoría... Es un lindo padre que vino de España con el marqués de Montealegre para continuar con mi labor... –pero doña Isabel le hizo señas de que no.

Al final cambió de posición y le dijo llorando:

–Padre, no quiero que os vayáis...

Luego, como si ya estuviera resignada, le pidió que le bendijera la casa y a los esclavos, a los que llamó uno por uno, a Margarita Cabo Verde, la encargada de prepararle la comida durante la enfermedad; a Liseta, el encargado de llevársela al Colegio; a Manuel Cabo Verde, el paje de la casa... Y prosiguió:



–Padre, nunca olvido la promesa que me hice desde la muerte de mi marido: me conservaré viuda virgen hasta la muerte –y se tocó una de las charreteras de su difunto esposo sobre el hombro– y manumitiré a Margarita en cuanto vuestra paternidad se reúna con el Señor –y puso los ojos sobre una imagen del Cristo de la Expiración en la sala–. La libentaré sin restricción, con casa, hamaca, ropa y con unos animalitos y una pequeña porción de tierra para que tenga de que vivir y no pase trabajo...

Y arrodillándosele al padre, fue entonces cuando por primera vez pudo besarle el anillo de la santa dignidad en la mano en los veintitantos años que lo venía tratando.



Para el martes, 1 de septiembre del 54, otro asunto tuvo preocupado al padre Pedro Claver: los leprosos del San Lázaro. Cuando el esclavo Manuel Bran lo vistió, entró el hermano Nicolás González que lo regañó porque llevaba debajo de la sotana la camisilla de cáñamo.

–¡Deje de molestar! –le dijo el padre con gesto de fastidio–. Porque siempre que hago una cosa distinta a la que me pide mi “Borriquillo”, me va mal...

En eso apareció el acemilero de la leprosería en la portería. Había llegado en mula, en una que le había mandado en forma especial el nuevo prior del hospital, fray Francisco López. El padre, a horcajadas, y tratando de equilibrar su magro sobre la bestia, empezó a abrirse paso entre los pocos transeúntes que había en la plazoleta de San Ignacio de Loyola, mientras el acemilero, un terciario encorvado por su oficio de limosnero, la conducía por la pedregosa y brevísima calle del mismo nombre de la plazoleta. La procesión era corta, solo secundada por

el hermano Nicolás González y los criados esta vez con los canastos de los regalos para los leprosos y no con la usual silla de manos del padre Pedro Claver. Cuando el padre tomó la plaza del Mar, agitada de marineros y mercaderes, y coronada detrás de los portales de La Aduana por los palos de las naves de la Carrera de Indias, empezó a despertar la curiosidad entre los habitantes que lo tenían olvidado y que no salían de su asombro por la forma como cabalgaba, agarrado al pomo de la montura, mientras el padre no dejaba de reposar sus pensamientos, tratando de hacerse un examen de conciencia en el último ejercicio espiritual del día, pero a la salida de la plaza esquivó las aguas sucias de un charco sobre las que se dijo: “¡Ay de mí, de mis fracasadas inspiraciones, corrompidas como las aguas de ese charco, después de haber caído limpias del cielo!”; y siguió con las comparaciones, en el portal de Los Moros vio a un carpintero desbastando con una azuela, sobre lo que se dijo: “¡Ay de mí, de mi alma más dura para el desbaste!”; y más adelante, hacia la plaza del Esclavo, vio la subasta de los últimos esclavos llegados al puerto: “¡Ay de mí, más bárbaro y feroz que esos araráes!”; hacia la calle de Nuestra Señora de las Carretas, vio a un orfebre martillando la plata: “¡Ay de mí, de mi alma pecadora, que merece ser golpeado por ese martillo!”; hacia la Carnicería, vio una camada de cerdos en el barro: “¡Pobre de mí, revolcado en el lodazal de mis culpas!”; hacia el baluarte de San Pedro Apóstol, respiró el vaho de un barrial lleno de basura: “¡Pobre de mí, más sucio que esa porquería, por mis pecados!”; y hacia la boca del Puente, un serón abandonado a la suerte de unos perros, y se lo imaginó puesto de mortaja, y el cuerpo a la suerte de esos perros. Alguien a la salida de la puerta se le cruzó para que le regalara una bendición al ventorrillo de plátanos, y el padre, llamándolo para que se le acercara, le dijo que no se lo podía bendecir porque le podía ir

mal en el negocio. Y dirigiéndose al puente de madera, se topó con la gente que aprovechaba el frescor de la tarde fuera de las murallas, y varios niños entre la basura lo llamaron por el nombre de santo. Entonces, puso sus ojos sobre el inestable puente de San Francisco, y al cruzarlo, la bestia se asustó, con la caída de una tabla, zafándosele de las manos del acemilero, lo que levantó el alboroto entre los presentes que sabían de la imposibilidad del padre de contenerla sin las respectivas bridas. La bestia siguió su curso hacia la calle de La Media Luna, atravesando la ancha y baldía plaza del Matadero, sin que nadie la pudiera detener por el ronzal, y pasó cerca de la casa de doña Jerónima de Urbina, donde su esposo don Pedro de Estrada se asustó por la forma como corría la bestia agitando al aire y sobre las ancas, el manteo del padre Pedro Claver, como si la misma estuviera endemoniada, hasta que se detuvo por sí misma en la esquina de Castro, en la misma entrada de la calle de la Media Luna, donde lo esperaba la multitud que la iba a bloquear, lo que levantó el comentario de que todo había sido milagro.





# Epílogo

PREVIENDO SU HORA, EL PADRE PEDRO CLAVER LLAMÓ al hermano Nicolás González para hacerle entrega de todo lo que tenía en la alacena. El hermano sacó de ella todo lo que el padre había acumulado durante su vida apostólica, como cilicios, disciplinas, sogas, costales, cáñamo, boletines de confesión... Luego le mandó a redactar el acta, en la que le hacía entrega de los apuntes espirituales a los hermanos de Tunja. Por aparte, le regaló el oficio de la Inmaculada Concepción escrita en latín por el mismo hermano Alonso Rodríguez de su puño y letra, como el cuaderno de las saluciones al cuerpo de Cristo de san Bernardo. Le dio el libro que tenía a su lado, abierto sobre la estampa del Huerto, *Vita Domini Nostri Iesu Christi*, del padre Bartolomé Ricci; y señalando con la mano, los que tenía encima de la mesita: *Meditaciones de los misterios de nuestra santa fe en la práctica de la oración mental sobre ellos*, del padre Luis de la Puente; *Camino de perfección* y *Los avisos espirituales de santa Teresa de Jesús*, del padre Alonso de Andrade; *Libro de la guía de la virtud y de la*

*imitación de Nuestra Señora*, de Teresa de Jesús; por último, *Imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis; y señalando a la pared, el retrato del hermano Alonso Rodríguez. Le dijo:

–Llévatelo, antes de que se lo lleve la gente de aquí.

Al despuntar el alba, no quiso recibir el viático en la celda, sino que se hizo bajar al presbiterio para recibirlo por comunión. Era domingo, 6 de septiembre, del incierto año 54, entró en la capilla del Milagro y se despidió de la imagen con que había celebrado su primera misa el 19 de marzo de 1616, cuando tomó los hábitos de sacerdote, la misma que le regalaron al padre Alonso de Sandoval de su regreso de la provincia de Antioquia, y a la que se le tenía por milagrosa, porque en ella el rayo no le ofendió el rostro a la Virgen. En la sacristía le confesó al hermano Nicolás González la soledad que lo mataba, pero le renovó la promesa de encomendarlo en el más allá, como a los otros que estaban en la lista, a la ciudad y al claustro. Regresó a la celda, cansado y en silla de manos, pero esa misma tarde tuvo una repentina fiebre que obligó al médico Bartolomé de la Torre a prescribirle una friega de aceite de alcaparras en el vientre, para que los órganos pudieran restablecer sus flujos.

Al día siguiente, el hermano Nicolás González lo encontró sin habla, con los ojos al techo y las manos extendidas sobre la cama. Llamó al rector Juan de Arcos para que lo socorriera, y este llamó al padre Francisco Jimeno para que le diera la extremaunción; al poco de haberla recibido, los presentes comenzaron a llevarse las últimas pertenencias que tenía el padre en la celda: las estampas, los cuadros, el retablo, el último pañuelo empapado de sudor, el paño de la última sangría, el último diente que le habían sacado, y la poca ropa desgastada. Alguien, despistado, buscó entre los rincones del cuarto el Toisón de Oro que le dejó el marqués de Mancera, sin saber que

lo habían guardado con mucho celo, quedándose entonces el padre solo con la ropa puesta, los trapos de la cama y el crucifijo arriba de la cabecera de la cama. En eso, la ciudad empezó a moverse con la idea de que el santo moría, y comenzaron a llegar las primeras romerías de gente hacia el claustro, y que no dejaban de gritar, llorar y presagiar su pronta muerte. Entre ellos, el familiar del Santo Oficio, don Pedro Calderón Gallego, que encontró entre la confusión las pocas cosas que quedaron en la celda, un zapato, una media y el forro de una manga. A los pocos minutos, la multitud tuvo que abrirle paso a los pintores que vinieron a levantarle el retrato, uno contratado por doña Isabel de Urbina y el otro por un devoto anónimo, retratos de los que solo quedó una árida y larga descripción de sus rasgos, como rostro flaco y alargado, ojos grandes y melancólicos, lacrimales gruesos y encendidos, cejas gruesas y pobladas, entrecejo ceñudo, frente ancha y con entradas, nariz con arrugas a los lados, boca grande, labio inferior un poco caído, barba poblada y entrecana...

Entre los que estaban fuera del claustro, en la plazoleta de San Ignacio de Loyola, estaba Amete, pero con ganas de abridles otro debate teológico a los padres sobre la apocrifidad de los libros de Esdras en el Concilio de Trento, y se dio cuenta de que ya no estaba entonando los cánticos de su fe extraídos del Corán y que trataba sobre la muerte, “¡Él da la vida, Él da la muerte!”, “¡Creed, pues, en su Enviado, el Profeta de los gentiles!”, sino las coplas de Miguel Cid en favor de la Inmaculada Concepción, y el romancero en favor de la Santísima Trinidad, el mismo que le empleó el hermano Nicolás en el duelo de rimas en la plaza de la Inquisición. Pero lo que más le sorprendió al expresidiario eran las simpatías que se le iban despertando por el Crucifijo, y que sabía que Mahoma se lo prohibía, y su preocupación por el nuevo nombre cristiano que iría a tener,

y que sabía que ninguno de los suyos lo iba a llamar por ese nuevo nombre. Pero en la portería, se dio un repentino silencio cuando entró por la puerta el marqués de Montealegre, comandante de la recién llegada flota de La Armada, con todos los hombres de mar, con toda la caballería de España; subió con cuidado, tratando de no golpear la escalera de madera con sus zapatos de doble suela de cordobán, y todo el que lo veía pasar se sentía obligado a bajarle la cabeza, ya fuera por el impecable traje negro de costosas tintas que le llegaba debajo de la rodilla, por el brioso cuello alechugado, por el oscuro sombrero de copa, por el delicado bordado de la cruz de Borgoña, por la rica composición del rosario, por el vigoroso perfume de agua de romero con espliego y siete aromas más, o por el fino bastón de mando y la dorada espada al cinto; pero lo que más llenó de admiración fue cuando se le arrodilló al padre para besarle las manos y los pies, y para ponerle el rosario de alabastro que le colgaba del pecho, como si con ello se hubiera llevado también una parte de la misteriosa santidad del padre a punto de repartirse entre todos los presentes.

Llegó la noche, y a las nueve tocaron a silencio. Todas las luces, todas las voces, empezaron a apagarse como dentro y fuera del claustro. Varios miembros de la congregación se dedicaron a encomendarlo para su definitiva partida desde la oscura celda. Se dirigieron a la Sagrada Familia, José, María y Jesús; al fundador de la orden, Ignacio de Loyola; a su onomástico Pedro Apóstol; al hermano Alonso Rodríguez; a los santos negros Thomé, Lorenzo y Bartolomé; y por último a san Esteban, muy adorado en la casa de los Claver en la villa de Verdú...

Al día siguiente, 8 de septiembre, lo trasladaron al cuarto de enfermería. El día estuvo agitado con el estallido de la pólvora por las



fiestas de la Natividad de la Virgen, y a la medianoche, el hermano Nicolás González se asomó por la única ventana que daba al Levante para relacionar el misterio de ese día a punto de morir con la posición de los astros. Vio la estrella Aldebarán detrás de las Pléyades, Betelgeuse al lado de Orión, y quiso meditar sobre la configuración de ese punto en el cielo, pero se concentró en la parte oscura y empírea del mundo, la que suponía la morada del Señor, y creyó escuchar desde allá la música celestial de las altas esferas, y ver la apertura de una pequeña puerta cerca de la estrella Capella, por donde escapaba una vaga luz y una larga escalera de mármol que le llegaba a la ventana por donde observaba...

Se asustó y se acercó al lecho del padre para tomarle el pulso. Le puso el crucifijo delante de los ojos, lo llamó tres veces por su nombre, le acercó la antorcha al rostro, y lo vio tan hermoso como nunca en sus cuarenta años de compañía litúrgica, y lo declaró muerto. Alguien dudó y prefirió confirmarlo con la cercanía de un espejo a la nariz, o con la pinchada de uno de los pulgares del pie con alfiler, lo que conmovió al hermano Nicolás González que le pareció innecesario ese tipo de pruebas en un cuerpo santo, e invitó a todos a que se le acercaran a la antorcha para que constataran lo que les decía.

–Mirad la forma como descansa –continuaba–, como si estuviera durmiendo. Mirad la expresión del rostro, como si estuviera diciéndonos que todas las cosas que tenía que hacer las ha hecho ya, para la posteridad, y bien hechas. Y mirad el cambio que ha tenido el mismo, comúnmente pálido y macilento, a esplendoroso y bello. ¿Por qué? Porque el alma ha partido ya, y debe estar atravesando la larga escalera que lo separa de la suprema morada, y debe estar cantando desde ya los primeros maitines en el trono que soñó

el hermano Alonso Rodríguez, y debe estar gozando de la visión beatífica. Por consiguiente, murió limpio, sin congoja, sin ronquido, sin contorsión, y observad el buen olor que emana del cuerpo, similar al que dicen de los otros santos al morir...

Sin embargo, los religiosos no se convencieron, y prefirieron encomendarlo en latín. Al quedar el cuarto en silencio, el hermano Nicolás fue el primero en arrodillarse y en besarle los pies, y llamó a cada uno de ellos para que mirara el cambio que habían tenido los mismos, de acabados y macilentos, a bellos y blancos como el alabastro; de duros y rígidos, a suaves y muelles como la seda...

Consultó el martirologio romano y se dio cuenta de que ese día, 9 de septiembre, estaba consagrado a los mártires Doroteo y Gorgonio, pero no tenía tiempo para relacionarlos con la muerte del padre, por lo que se dispuso a guardar memoria de todas las cosas que irían a ocurrir a partir de ese momento, ya fuera para testificarlas en el proceso de beatificación y canonización del padre Pedro Claver, o para compilarlas en el nuevo libro de santos que se estaba redactando, el Acta sanctorum. Entonces, ocurrió el primer hecho extraordinario en el cuerpo del padre: sudaba. Cuando el hermano Nicolás González le fue a cambiar la camisa, la encontró empapada de sudor, lo que hizo creer que el cuerpo ya empezaba a dar las primeras manifestaciones de santidad, y cada uno de ellos empezó a secarle el sudor de la cara con sus propios pañuelos, mientras los otros, con tijeras en mano, empezaron a quitarle la ropa, las sábanas, el colchón y la funda; y no contentos con los retales que se repartieron, comenzaron a cortarles las uñas, e insatisfechos con lo que tenían, empezaron a cortarle el pelo de la cabeza, contra lo que no pudo hacer nada el hermano Nicolás para no afearle el aspecto. Pero en lo único que estuvieron de acuerdo todos, sin que se lo dijeran,

era en no cambiarle las bragas de costal por unas limpias y aromatzadas, como las que entregaba el claustro a los hermanos. Mientras lo revestían con los ornamentos sacerdotales, todos le pusieron por última vez medallas, cruces, estampas, y ya revestido, lo colocaron en el sobrio catafalco de la Compañía.



Al clarear el día, el prior de la Orden de San Agustín, fray Francisco Núñez, dio la orden de doblar las campanas de su iglesia desde el corazón de la ciudad amurallada, ubicada en el central barrio de Nuestra Señora de La Merced. A las ocho, llegaron los agustinos al cuarto de enfermería, le cantaron el responsorio y le celebraron la misa con vigilia, pues se tenía pensado que el entierro iba a ser para esa misma tarde. La ciudad comenzó a llenarse de ruidos, alabando al difunto en todos los idiomas presentes y en todas las formas imaginables, y la noticia se fue extendiendo fuera de los límites de las murallas, a pie, en bestia, en barco, o a través de los tambores de los negros que repetían la noticia en sus diversas lenguas cantarinas hasta llegar a los confines de la selva del Chocó y del Darién. Pero las puertas de la portería se cerraron en el acto cuando un grupo de niños y jóvenes en total desorden quisieron irrumpir por ella. El hermano Nicolás González, impresionado por el bullicio que armaron, le pidió al hermano portero que se la abriera antes de que la tumbaran a golpes, porque esa conmoción provenía de la mano de Dios que glorificaba de esa forma a sus dilectos siervos. En el forcejeo, llegaron los ilustres, entre ellos el juez, contador y oficial de Su Majestad Católica, don Pedro de Estrada, que le prometió regalarle al rector De Arcos toda la cera que se necesitara para la velación, pero el superior la rechazó alegando la

modestia de las pompas jesuitas. Más atrás, el honorable gobernador don Pedro Zapata de Mendoza, en ese entonces considerado como el “virrey del Caribe”, lo presionó para que aceptara las últimas disposiciones que había dictado el Cabildo, entre ellas, que el entierro debía ser para el día siguiente y no para esa misma tarde como estaba previsto; que la tumba debía estar en un sitio digno, y no en el piso como lo había pedido el mismo padre Pedro Claver, ni entre las tumbas de los padres como lo sugerían ellos mismos; que el cuerpo debía bajarse a la pequeña iglesia, para la vista de todos los que lo querían venerar en las distintas formas imaginables; que las honras debían estar precedidas por un elocuente orador que hiciera conmover al más escéptico de los asistentes; y más atrás apareció el presidente del Cabildo, don García de Zerpa y Loayza, corroborando las disposiciones, pero en el fondo arrepentido por la forma como maltrataba a los esclavos y por el poco interés que le prestó al milagro de los huevos rotos con una de sus esclavas en uno de los más concurridos carnavales.

Vinieron las primeras contiendas piadosas para ganarse las simpatías del difunto, y la primera, por la caja, la ganó doña Isabel de Urbina. La mandó a hacer en su propia casa con el ebanista más famoso, Alonso Hernández, y con los materiales más finos de la época –cedro, lama, pasamanos de oro y plata y almohada de pétalos de rosa–, contra la que el rector no pudo hacer nada a pesar de estar en contra de las normas de la pobreza. La segunda, por el catafalco, la ganó el fraile Juan Ortiz de la Maza, que mandó a traer el que empleaban los sacerdotes de su cofradía en la Catedral, de terciopelo y tarima de damasco.

A las tres, vino la contienda por las personas que debían cargar el catafalco a la pequeña iglesia. La ganaron los ilustres, contra el deseo de los esclavos de cargarlo. Cuando lo bajaron al patio enclaustrado

entre la multitud de luces encendidas, no lo entraron por la puerta lateral de la iglesia, y que lo conducía a la capilla del Milagro, sino que lo sacaron por la puerta de la portería, y afuera la multitud en el atrio empezó a gritar, “¡Santo! ¡Santo!” y a recolectar las primeras reliquias del entierro raspando con las uñas el terciopelo del catafalco. Al pasar el cuerpo por la pila bautismal, sucedió un hecho insólito del que solo fue testigo una sola persona: el mendigo Juan de Ribarola vio que el padre movía la mano fuera de la manga de su vestidura sacerdotal, apretando y aflojando la palma contra el cuerpo dos veces, y subió a las bancas para verificar lo que veía, y la vio apretar y aflojar tres veces más y tenderla sobre la palma, y estuvo a punto de gritar: “¡Milagro! ¡Milagro, señores! ¡El padre muerto abre y cierra la mano!” pero se abstuvo; primero, por el estropicio de la gente; segundo, por su condición baja, y porque nadie se lo iba a creer, por lo que esperó a que alguien la viera moverse y él sería el segundo en testificarlo, pero no fue así.

Estando el cuerpo delante del altar principal, el juez, contador y oficial de su majestad católica, don Pedro de Estrada, se le acercó con su prolija andadura servicial, se persignó, le besó los pies aún con las medias y los zapatos puestos, y le arregló la palma debajo del brazo izquierdo. Era la palma que simbolizaba el mártir, la que había mandado a hacer en forma especial doña Isabel a las monjas teresianas descalzas, aun cuando estuviera en contra de las costumbres jesuitas.

Mientras crecía la fila, el hermano Nicolás González retiraba los candeleros que podían quemar a los tributantes, y en la cola apareció el bachiller Bartolomé del Pilar que le cambió el bonete por del padre Pedro Claver, lo que provocó otro desorden, pues los de atrás empezaron a arrancarle al tándulo los ornamentos, los galones, las cintas y los arreglos de rosa. Entró de nuevo el marqués de Montealegre

envuelto con la fragancia de su propio bálsamo, le besó las manos y le puso el rosario, lo que impulsó al resto de oficiales de la Flota y de La Armada a hacer lo mismo con el padre. Y ocurrió lo que todos esperaban, la llegada del Provisor, y la conmoción fue grande, pues nadie quería perderse la forma como “el guardián de las almas” lo iba a honrar. Después de bajarse de la silla de manos y de santiguarse de rodillas en la entrada, se dirigió al túmulo en medio de la calle que le abría la multitud en la nave principal, y en medio de las voces que no dejaban de gritar, “¡Santo! ¡Santo!”, y se le arrodilló al padre de ambas piernas, sobre la bayeta extendida en el piso, y le besó las manos, pero no se atrevió a ponerle el rosario, lo que hizo surgir una breve disputa piadosa con el hermano Nicolás González para que se lo pusiera él, porque se sentía poco honrado para tal acto, a pesar de haber sido compañero de teología del padre Pedro Claver en la capital del Nuevo Reino de Granada, Santa Fe.

Al anoecer, la pequeña iglesia parecía reventarse con la gente que todavía llegaba de los alrededores, lo que obligó a los religiosos a aumentar el pie de fuerza. Alguien se puso a llorar a grandes voces por la pérdida de su único escudo contra el pecado, pero otros, interesados por otras cosas, comenzaron a gritar, “¡Reliquias! ¡Reliquias!”, y tumbaron la cruz alta y los candeleros de la cabecera, y se dedicaron al despojo de sus vestiduras, lo que obligó al hermano Nicolás González a defenderlas con la llama de una antorcha. Lo mismo hizo el padre Francisco Jimeno en el otro frente, y por mucho que trataron de contenerlos, la batalla parecía perdida, por lo que el hermano Nicolás les gritaba diciéndoles que se calmaran, que se mantuvieran quietos, porque esa noche no lo iban a enterrar, que si no, se verían obligados a guardar el cuerpo en la sacristía, y que ese comportamiento también ofendía al Santísimo resguardado en el misterioso tabernáculo

del altar. Sin embargo, el hermano Nicolás González se vio obligado a ceder, por lo que les extendió las manos del padre a los lados del féretro. Entonces, los desesperados devotos se las ponían en la cabeza, en el ojo, en el oído, en las quijadas, en las partes donde estaban achacados, incluso alguien trató de calmarse su dolor de muela introduciéndosela en la boca. Pero otro rompió el protocolo y se lanzó a los pies para quitarle los zapatos y las medias, lo que obligó al resto de padres a cubrirle el cuerpo con una gruesa manta de terciopelo, y a llevárselo a la sacristía. Pero el llanto y el clamor de todos, y que parecían reventar las paredes de la pequeña iglesia, obligaron a los padres a dejarlo en el túmulo, pero con la nueva disposición de que guardaran orden y cordura mientras lo descubrían y les extendía los brazos y los pies a los lados, pero que sin embargo disparó el desorden cuando un grupo de señoras empezó a quitarse los adornos de oro para hacerlos tocar al cuerpo del padre Pedro Claver, y otro de señores sus rosarios y sus espadas. En el tiempo que trataban de organizar la fila, la examante del fallecido secretario Juan de Uriarte, y después viuda del licenciado don Rodrigo de Oviedo y Luzón, doña Juana de Simancas, se abrió paso entre la agitada multitud, y puso a que su hija Francisca de Oviedo pusiera la mano del padre sobre las fuentes que nunca le cerraron en la base del cráneo desde que le sangraron la confusión de humores en la cabeza. Y todos los que besaban la mano tenían una historia por contar: eran mórbidas como la seda, y se podían llevar a cualquier parte; eran las manos de una persona viva, como lo confirmó el propio médico del claustro, don Bartolomé de la Torre; olían a bien y eran ágiles, a pesar del calor de la época, testificó el mismo bachiller Bartolomé del Pilar; y por las venas le corrían espíritus vitales, declaró un devoto...

A las nueve de la noche, llegó la formidable guardia del presidio con sus cotas de mallas, justo en el momento en que un grupo de personas le iban a cortar las manos y los pies con dagas y espadas, y el fraile Juan García de Sahagún había gritado de terror. Sonó la quiete para el sermón y la vigilia, lo que pareció calmar el ímpetu de las inquietantes voces. A la hora, cuando todo parecía estar sosegado, llegó doña Isabel de Urbina con mantilla y ropa de luto, y se le arrodilló para besarle la mano por segunda vez, y tal como lo habían dicho, aún estaban mórbidas como las de una persona viva, incluso calientitas, y no rígidas y frías como las de su difunto padre el capitán Juan de Urbina...

A la medianoche, con el mismo resplandor de los candeleros, estalló otro gran rumor: el cuerpo sudaba. El brote, tomado por milagroso, hizo que la muchedumbre sacara sus trapos, sus lienzos, sus pañuelos, para que se lo recogiera la guardia, como singular reliquia. El padre Francisco Jimeno, el hermano Antonio Osuna y el fraile Juan García de Sahagún empezaron a secárselo con mucho cuidado, lo mismo que el hermano Nicolás González que vio asombrado su continuo brote sobre la marchita frente, manteniéndola húmeda.

Amaneció y los pernoctados se vieron obligados a abrirles espacio a los que vinieron de los alrededores de la urbe y provincia. Esta vez vinieron los ciegos, los tuertos, los cojos, los mancos, los lisiados, los asmáticos, los quemados, los epilépticos e incluso los locos, y peleaban por besarle la mano o el pie, o porque el hermano Nicolás González les encendiera su vela con la candela del velatorio. Entre ellos, vino Amete para curarse de las dolencias por su antigua condición de bogavante, pero no se atrevió a acercársele al catafalco, ni alzar los brazos en señal de duelo en la fila, ni clamar la presencia de los cielos, pues sabía que no se lo iban a permitir, menos con el vestuario de



moro y la barba poblada, y porque pensaba que si le besaba la mano o el pie era como besárselos al mismo Crucificado... Detrás de él, por el contrario, lo hizo un biozo convencido de que el padre estaba en trance y el cuerpo ocupado por uno de los espíritus ancestrales de su lejana Verdú, lo que hizo demorar la fila a los lucumíes que comenzaron a hablar de la tardía salida de una de sus almas, lo que les explicaba su incorruptibilidad y su blandura, y quizás su máxima honradez para mantenerse en ese estado de quietud mortal para no hacer quedar mal a los padres y hermanos de la Compañía de Jesús con el velatorio y el entierro. Después llegaron los tan esperados rosarios que el hermano Nicolás González tocó al cuerpo y que después devolvió por turno a las monjas clarisas descalzas y a las monjas teresianas descalzas en sus respectivos sacos. Siendo las ocho, entraron los hermanos hospitalarios de San Juan de Dios, sin que se los hubiera podido invitar por la falta de tiempo, en cabeza del prior Jacinto de Hacha, que en medio del cansancio de todos, le cantó la misa con vigilia y el responsorio de rigor. Haciéndose de nuevo el ruido, vino el Cuerpo conformado por los maceros, los alabarderos, el gobernador, el lugarteniente, los jueces y el bargel, y a pocos pasos de ellos, el más ilustre de los ilustres en grado y nacimiento hasta ese momento y lugar, el marqués de Montealegre, con el mismo traje oscuro y la misma capa del mismo paño de duelo que le hacía crecer su grandeza nobiliaria... Entonces, vino la comunidad agustina que inició el oficio de los difuntos, y en medio de un extraño silencio, su prior dio la misa, mientras el fraile Miguel Bretón, mercedario, dio el sermón, con el que quiso recordar a los que estaban ahí presentes que la muerte, a pesar de todo, era otra forma de vida, como lo decía el mismo título del discurso, *Qui credirerit etiam si mortuus fueri vivet*, en el que enumeró, además, la forma como había muerto el

padre, viril y virgen. Tocaron la sexta y el calor era impresionante para el mediodía. Aparecieron los negros por castas, sobrepasando las cincuenta, cada casta precedida de su jefe y la vela encendida, y era tan grande el rumor, que apenas se podía oír el oficio de la sexta del prior. Cuando llegó la hora de conducir el cuerpo al sepulcro, las cosas se complicaron de nuevo: todo el mundo quería quitarle las vestiduras. Los alabarderos, por orden del gobernador Pedro Zapata de Mendoza, armaron un cordón de alabardas alrededor del cuerpo, lo que aprovecharon los ilustres para cargar el féretro, contra el deseo de los criados de que les honraran esa última oportunidad. Lo llevaban deprisa, a 31 pasos de la tumba, de la nave principal a la nave lateral de la capilla de la Expiración, contra la excitación de los que lloraban, gritaban, rezaban y se tiraban en el suelo, y cuando lo pusieron al lado de la caja de doña Isabel de Urbina, los empujones tumbaron la división de ladrillos que protegía el altar del Cristo de la Expiración. Nadie se entendía, y el alboroto creció cuando los maceros le quitaron las vestiduras y se las dieron al hermano Nicolás González que las iba a guardar en la sacristía. Una distinguida dama rompió el cordón de alabardas, y le suplicó la punta de ese hilo de plata que sobresalía de la casulla, y el hermano Nicolás González, conocido por su nobleza, se la dio, pero alborotó al resto de nobles y oficiales de La Armada que también le pidieron cualquier pedazo de la prenda, y no esperaron a que se la dieran en la sacristía, sino que la despedazaron ahí mismo con sus dagas y espadas, lo que aterrorizó al bachiller Bartolomé del Pilar que se enrolló la otra mitad en la cintura para escapar con ella a la sacristía, pero que varios de ellos se la agarraron por la punta y lo amenazaron con hacerlo girar como las ruedas de un molino... La prenda quedó hecha añicos, y el bachiller Del Pilar no tuvo otra opción que quedarse con un pedazo que posteriormente utilizó de casulla para su Niño Dios en casa.

Pero el entierro no avanzaba, y el hermano Nicolás González tuvo que ingeniárselas para distraer a la multitud que no dejaba meter el cuerpo en la caja. Tomó la almohada del padre Pedro Claver, la agitó en el aire, y prometió repartirla en el patio del claustro, al otro lado de la iglesia. Salió con ella por la puerta lateral, arrastrando tras de sí a la marejada voces que no dejaba de gritar la palabra, “¡Reliquias! ¡Reliquias!”, y encima del brocal del pozo les tiró la lana al aire, y todos la recogían con la mano, con el sombrero, con la capa o con las faldas de las negras... No contentos con lo que habían recogido, se volvieron al hermano Nicolás por la funda que luego despedazaron en el acto, a pesar de haber estado hecha de terciopelo. Pero nadie estaba contento con lo que tenía, así que regresaron por más reliquias a la iglesia, lo que obligó al hermano Nicolás González a cambiar de planes, esta vez les prometió repartirles los últimos boletines de confesión que el padre nunca alcanzó a entregar. Se fue a la sacristía por ellos y subió al púlpito para tirárselos al aire, y así los mantuvo entretenidos mientras realizaban el entierro, hasta que un grupo de desesperados creyentes subió por la escalera para repartirse las cajas vacías.

En ese tiempo, al padre le pusieron las vestiduras verdes, lo introdujeron en la caja, y lo salpicaron con agua bendita. Lo encomendaron, y alguien, como para no despertar ninguna sospecha de su muerte, lo cubrió con la delgada capa de cal viva, la misma cantidad con que preservaban los cadáveres de tierra caliente. El rector Juan de Arcos, tratando de controlar la situación, le echó llave al ataúd, y la guardó en la sotana, lo que pareció perder su importancia ante el palustre de los criados que comenzaron a preparar la mezcla para sellar la tumba. Se hizo un breve silencio, un silencio de pesadumbre en el que los principales empezaron a repartirse las hojas de la palma, siendo el primero en repartirlas el bargel. Se dieron las letanías de los santos, cuando de repente se dio otra

conmoción en el interior de la iglesia: el catafalco, de regreso a la Catedral, fue asaltado por otra turba que le destruyó la cabecera, lo que obligó al bachiller Bartolomé del Pilar, a la guardia del presidio y al fraile Juan Ortiz de la Maza a defenderlo con los codos. Y quedándose solo el hermano Nicolás González en una iglesia con más gente que en Jueves Santo, se preguntó por los últimos pecados que había cometido desde que le anunció su muerte, y tuvo la certeza de que él, como toda la comunidad, no pecaron porque el entierro hubiera sido pomposo y en un lugar diferente al lado del piso como lo deseaba el difunto padre, o porque hubieran olvidado meterle la lista de las personas que iba a interceder, sino porque habían olvidado aplicarle las indulgencias y las gracias que solían darles a sus compañeros de claustro cuando morían en su seno.

Pero no todo llegó aquí. Las reliquias, como las visitas a la tumba, produjeron toda una suerte de hechos tomados por extraordinarios. La palma, la estola, el manto, el rosario, el diente y los retratos resucitaron a un paciente en el hospital de San Sebastián; salvaron los dientes de un estudiante; el brazo de una mujer; los ojos de una niña; la vida de una mulequilla con las mandíbulas soldadas en el último instante de su mal de siete días; por lo que estos hechos, como otros que tampoco dejaron de ser extraordinarios, el de Amete que abjuró de su fe frente a la tumba, todo afeitado y vestido a la española, el del Colegio que salvó su segunda planta por orden del rey, se atribuyeron a las periódicas intercesiones que hacía desde arriba, en premio por la forma como había llevado la vida entre los mortales, como un verdadero esclavo del dolor.





Esta obra se terminó de imprimir en Medellín, Colombia.  
Octubre de 2015.

